

No Somos Novios

(Pero Ya Verás)



ANNE R. ABAND

NO SOMOS NOVIOS,
(pero ya verás)

FAMILIA CRESSWELL- DONOVAN 4

Anne R. Aband



© Anne R. Aband [2026]

Safe creative: 2608056640560

ISBN-13: 979-13-87990-94-7

Depósito legal: z1150-2026

Astera Ediciones

Todos los derechos reservados. Te pido por favor que descargues de forma legal este libro.

Es un gran esfuerzo de mucho tiempo y seguro que el karma te lo recompensa. Gracias.

Aquí estás de nuevo.

Mil gracias.

*Significa que sigues queriendo saber qué le pasa a esta cariñosa
y alocada familia con tantos hermanos.*

*Te confieso que yo tengo cinco hermanos y sí, el caos cuando
éramos pequeños estaba garantizado.*

¡Y me encantaba!

Disfruta.

ÍNDICE

Capítulo 1. Un contrato infernal
Capítulo 2. La mejor o peor noticia
Capítulo 3. Líos y conflictos no deseados
Capítulo 4. ¿Fingiendo?
Capítulo 5. Nos vamos conociendo
Capítulo 6. Noche de bodas
Capítulo 7. Inesperado
Capítulo 8. Pillada
Capítulo 9. ¿Revolcarse es revolcón?
Capítulo 10. Nueva en la convivencia
Capítulo 12. Celebremos todos juntos
Capítulo 13. ¿Por qué otra vez?
Capítulo 14. Y a veces, los sueños llegan
Capítulo 15. Coincidencias no casuales
Capítulo 16. Helados & calor
Capítulo 17. El malvado plan
Capítulo 18. De nuevo en Los Hamptons
Capítulo 19. ¿Y eso...?
Capítulo 20. Una sorpresa que no esperaba
Epílogo
Este no era mi plan (y tú tampoco)
Capítulo 1.
Agradecimientos
Otros libros que sé que te van a gustar

CAPÍTULO 1. UN CONTRATO INFERNAL

Leo



—Me da igual, vende la casa de Miami para pagarles.

—Has firmado un contrato. Los contratos se cumplen y lo sabes.

Leo caminó como un león enjaulado en la lujosa habitación del hotel de Las Vegas donde se alojaba. ¿Por qué había aceptado eso? Hacía días que su hermano Jacob se había casado por amor con Bella. Y su padre estaba enfermo.

—¿Acaso no entiendes mis circunstancias, Agatha?

—Leo, ¿cuánto tiempo llevamos trabajando juntos? ¿Cuatro años? No creo que haya tomado decisiones equivocadas o te haya aconsejado mal. Pero si te comprometes, debes cumplir. Si no lo haces, no volverán a contar contigo. Yo me quedaré sin curro y tú tendrás que ir a vivir con tu papá rico.

—No seas borde. Entiende que son circunstancias especiales.

Se sentó en la terraza que daba al parque, enfrente de su apartamento. Suspiró. Como se temía, conforme iba pasando el tiempo, salían nuevos creadores de contenido más jóvenes, más en

forma y que hacían otras cosas. Se veía venir. Por eso quería actuar o lo que fuera. Era una idea.

Agatha era una mujer de unos cuarenta y extremadamente eficiente. Golpeaba rítmicamente el bolígrafo sobre la mesa mientras lo miraba con paciencia. Había confiado en ella para todo lo que había hecho durante todos estos años, pero en ese momento no parecía comprenderlo. Al final, ella suspiró.

—Mira, puedo hablar con su agente y con... ella. Podríamos retrasarlo todo, unas semanas, un mes como mucho. Pero eso repercutirá en tus ingresos. Grabemos todo y lo sacamos más adelante. Hay que aprovechar el buen tiempo, la luz natural... todo eso.

—Tampoco me parece una buena idea. Debo pensar en mi familia...

—Es una decisión empresarial, Leo. Y lo necesitas. Tu audiencia ha bajado demasiado, por mucho que mostrases tu *six-pack* en la última grabación. La gente quiere otras cosas, no siempre lo mismo.

—Poco me queda entonces en este negocio. Estoy hartado. Me gusta viajar, hacer mi trabajo, mostrar los lugares perfectos para quedarse o visitar. No soy un mono de feria.

—Los creadores de contenido no son monos de feria, Leo. Parece mentira que seas tú el que digas eso.

Se mesó el cabello y asintió. —Sí, ha estado mal. Estoy muy... nervioso. Mi padre está mal. Joder. Debería haber ido más a menudo a casa.

—A veces el trabajo es así. Mi marido también se queja de mis viajes, pero no del dinero que llevo a casa. Y... bueno, posiblemente busquemos un bebé este año. Tal vez lo deje, Leo.

—¡No me digas eso! —exclamó él volviéndose alarmado.

—Quiero disfrutar un poco de mi futura familia. Y tal vez deberías hacer lo mismo.

—¿Con una vida falsa?

—No, Leo. Con alguien que te importe de verdad y no con las chicas con las que te acuestas y que solo buscan unos *likes* con tu foto.

—Y después de esta bronca... —susurró él apoyándose en la pared y cruzándose de brazos.

—No te estoy riñendo. Entiendo tu malestar, tu preocupación, pero o tomas las riendas ahora o te hundirás.

—Puede que sea mejor.

—Llevas diez años trabajando muchas horas, viajando a cualquier sitio, no querrás tirarlo todo por la borda.

—No —admitió masajeándose el puente de la nariz. Empezaba a tener dolor de cabeza.

—Mira, yo perdí a mi madre el año pasado y estuve muy mal, bien que lo sabes porque me ayudaste mucho. Y no digo que vayas a perder al tuyo, pero es que la vida sigue.

—Eso dice él también. No es solo eso, Agatha —dijo levantándose. Se apoyó en la barandilla de la terraza. Estaban en el piso cinco y desde ahí se veía la acera del parque, con familias paseando, niños correteando... normalidad. La verdad, estaba cansado de todo eso. Puede que ver a su hermano Jacob tan feliz y estable le hubiera removido demasiado la cabeza. Se volvió hacia ella—. Está bien, lo haremos a cambio de que se publique en un tiempo, esperaremos para ver qué tal está mi padre. No quedaría bien si él... si él... y yo...

—Eso es muy aceptable, Leo. Lo hablaré con ellos. Gracias —dijo aliviada. Se despidió con un abrazo y él se quedó mirando el exterior. Luego, subió la vista hacia la calle, había un hotel cerca del que hizo una reseña. También se había acostado con la chica de recepción. Una bonita noche, pero nada más. ¿Esa era su vida? ¿Ir de hotel en hotel? Se había recorrido casi una vez y media el mundo y sí, en realidad, se podría considerar que era un privilegiado. Mucha gente envidiaría su trabajo, su posición, que había ganado paso a paso, vídeo a vídeo, aprovechando para comenzar lo que heredó de su madre.

Su hermano Jacob lo había invertido en la galería, él en poder viajar, en comprarse una buena cámara. Pero eso había hecho que apenas parase en casa. Acabó los estudios y se marchó. Tenía ganas de comerse el mundo y lo cierto es que lo había hecho. Pero echaba

de menos esos momentos en familia, las risas, la intensidad de su hermano, pensó sonriendo, la sonrisa eterna de Charlie o la seriedad de Bella y Mack. Por supuesto, a Mini Villana. Y a sus padres, porque consideraba a Margot como una segunda madre.

Sopló cuando Agatha le envió un mensaje.

Todo arreglado. Mañana quedamos a las 19h. Te mandaré ubicación.

Bueno, pues ya estaba. Condenado para una buena temporada. Dio un golpe a la barandilla de frustración y se volvió a sentar en la terraza, a contemplar el atardecer. No quedaba otra.

CAPÍTULO 2. LA MEJOR O PEOR NOTICIA

Harper



Terminó de grabar en el restaurante donde se encontraba con un sentimiento de frustración. Había hecho fotos desde la cocina a la sala, baños incluidos, y no le gustó lo que vio. Por mucho que le pagasen, no iba a engañar a la gente que acudía a sus redes para obtener información. Una información veraz.

El dueño del restaurante y supuesto cocinero jefe, un tipo que parecía más un ejecutivo que un chef, se acercó a ella con una sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

—¿Qué tal, Harper? ¿Has disfrutado de la comida?

—Sinceramente, esperaba otra cosa.

El tipo cambió la expresión a una seria, incómoda. —¿Qué es lo que no te ha gustado?

Se sentó a su lado y ella se retiró sutilmente. Llevaba ocho años siendo creadora de contenido.. Al principio hacía vídeos de cremas o maquillaje, luego, empezó a cocinar platos que recordaba que hacía su padre y con los que se emocionaba. Hasta un día intervino su madre y eso le llevó, hacía unos dos años a ir a un restaurante y

mostrar desde la cocina cómo preparaban los platos. Se hizo viral y desde entonces, su agente empezó a aceptar colaboraciones de otros lugares. Solo que este, en Nueva York, no le gustaba. Y menos, el dueño, que parecía ser un ejecutivo de Wall Street. Un ejecutivo venido a menos, eso sí.

—Primero, la cocina estaba sucia. Los aceites de las distintas freidoras estaban oscuros, hace tiempo que no los cambiáis. Y en general, tus empleados no parecían muy... limpios. En cuanto a la comida, no es tan sofisticada como subís en redes. No me habéis puesto nada de lo que supuestamente ofrecéis en las imágenes.

—Eso fue algo puntual. Antes teníamos otro cocinero, pero estás siendo muy dura, Harper. Te pago mucho y no eres un crítico culinario, que yo sepa.

Ella se puso rígida. —No lo soy, desde luego, pero tengo ojos en la cara. Le diré a mi agente que te devuelva el dinero y te pagaré lo que he comido hoy, aunque sea poco. No aceptaré tu colaboración, a menos de que cambies un poco.

—No hace falta que pagues la comida. Pero devuélveme mi dinero. Eres muy poco profesional.

—Al contrario. Soy profesional. No puedo recomendar a mis seguidores algo que da pena. Me marchó.

Cogió sus cosas y salió a la calle, enfadada. Claro que no era una crítica culinaria, pero su padre había sido cocinero y sabía perfectamente cómo debían de estar las cosas en una cocina. Además, durante años lo ayudó en su restaurante, hasta que se puso a trabajar como creadora de contenido. Él siempre le decía que lo más importante de una cocina es que estuviera limpia y lo siguiente, tratar bien los alimentos. Cocinar con amor, solía decir, era el secreto.

Llamó a su agente y le contó lo sucedido. Aunque se disgustó y protestó, le dijo que haría la devolución. Eran varios miles y eso le haría daño a su economía, porque acababa de comprarse un apartamento en Nueva York. No importaba, debía ser honesta consigo misma. Se puso la gorra, las gafas y se entretuvo mirando un escaparate de una galería de arte. Un tipo rubio y con coleta

estaba montando unos cuadros. Otro moreno salió con un martillo en la mano. ¿Era Leo Donovan? Miró bien, no, creía que no. En alguna ocasión vio en sus redes que tenía un gemelo y que se dedicaba al arte. Eso debía de ser.

Seguía en redes a Leo porque su agente se lo aconsejó. Tal vez podrían trabajar juntos en algún momento. Él viajaba por todo el mundo, visitando hoteles y hacía rutas turísticas. Ella se dedicaba a ir a restaurantes de todo el país. Sí, era un posible colaborador. Además, sus comentarios solían ser bastante honestos, quizá con cierta ironía graciosa, no como esos creadores que decían que todo estaba bien. Eso sí le gustaba.

Aprovechó para llamar a su madre. Ella vivía en Jersey, en una casita con jardín que le compró en cuanto ganó el dinero suficiente. Le encantaba el jardín y solía cultivar un pequeño huerto de hierbas aromáticas y verduras, tal vez en memoria de su padre.

—Mamá, ¿te pillo mal?

—No, cariño, estaba cortando hierba seca. ¿Todo bien?

—Regular. El restaurante estaba muy sucio y los platos más regulares que buenos. He renunciado a la colaboración.

—Vaya, lo siento. ¿Y eso no te perjudicará?

—Más lo hará si digo que algo es bueno cuando no lo es. Tranquila. Todo bien, solo llamaba para ver qué tal estabas.

—Bien. Tu tía no hace más que decirme que debería ir a un crucero de esos de mayores, pero no sé...

—No tienes que ir a la busca y captura de un marido, como hace ella. Pero puedes divertirte, conocer gente. Ya hace cuatro años, mamá.

—Y lo echo de menos cada día. Está bien. Me iré con tu tía, le diré a mi vecina que me riegue las plantas, así no tienes que venir tú.

—No me importa. De todas formas, quizá haga una pausa.

—Ya sabía que te pasaba algo.

—No, no es eso. Pero tengo varias colaboraciones sin publicar, así que eso me permite tomarme unos días.

—¿No querías ir a Las Vegas? Era el sueño de papá, ver uno de esos espectáculos.

—Íbamos a ir juntas.

—Cuando vuelva del crucero, iremos otra vez. Pero si te adelantas, podrías ir viendo lo que está bien y lo que no merece la pena.

—Está bien, iré. Total, tampoco es que tenga otra cosa que hacer.

—Cariño, si quieres puedo quedarme en casa, no ir al crucero y así vienes a pasar unos días.

—De eso nada. Ha sido ese tipo desagradable, nada más. Ya se me ha pasado. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, Harper.

Sonrió cuando se acercó a la oficina de representaciones donde llevaban su carrera, además de otras. Su agente y amigo, Kevin, la esperaba con una gran sonrisa.

—Vaya, no pareces muy disgustado por haber tenido que devolver la colaboración.

Él negó, con un suave movimiento de mano. —Tengo algo mejor, algo que te va a hacer volar en redes. Acabo de cerrarlo.

—Sorpréndeme —dijo sentándose. Su manager le puso un café en la mano.

—Vas a hacer una colaboración con Leo Donovan. Acabo de hablar con su agente. Te vas a Las Vegas.

Harper se quedó estupefacta. ¿Existían las casualidades o solo ocurría en novelas predecibles?

—Explícame un poco más.

Kevin aplaudió emocionado y se sentó sobre la mesa. Cruzó sus largas piernas en sus estilosos vaqueros Armani y abrió las manos aparatosamente. Eso solo lo hacía cuando la noticia era grandiosa.

—Estamos valorando varias opciones. La que más nos gusta es que tú y Donovan vayáis a hacer un tour por varios lugares, él como creador de contenido especializado en hoteles y excursiones, tú valorarás las cocinas, las comidas, todo eso. Pero tenemos otras

ideas que habrá que hablarlas —dijo algo receloso. Ella se dio cuenta.

—No me parece mal. Es una buena idea.

—Lo sé. Pero lo que va a hacer que vuestras dos cuentas exploten es lo que he hablado con Agatha, su agente.

—Vamos, suéltalo de una vez. —Ahí estaba.

—¡Os vais a casar! —exclamó con una risa emocionada.

Ella se lo quedó mirando. Movi6 la cabeza, por si no había escuchado bien. Luego abrió la boca. No dijo nada.

—¿No es una pasada? —dijo Kevin aplaudiendo.

CAPÍTULO 3. LÍOS Y CONFLICTOS NO DESEADOS

Leo



La cita era a las siete en un hotel del centro, en una sala de reuniones privada. Agatha le había contado lo que ambos agentes habían pensado y se quedó de piedra. Jamás habría podido pensar que se iba a casar por un motivo puramente comercial. ¿En qué estaba pensando Agatha?

Había estado mirando las redes de Harper, su futura novia. O esposa.

—Mierda —exclamó cuando subía por el ascensor. Se había retrasado a propósito y Agatha le dijo que lo esperaban arriba, en la planta diecisiete, oficina tres. Si se enteraba su familia iba a poner el grito en el cielo. Su padre lo miraría con un pequeño gesto de decepción. Él nunca se había vendido a grandes corporativas que querían que dejase de grabar ciertos documentales comprometidos que denunciaban el estado de la selva tropical o de la sabana africana.

Y lo mismo pasaría con el resto de la familia: Margot llamaría de inmediato a su abogado y Jacob se preocuparía mucho, como Mack y Bella. Quizá Charlie pudiera comprenderlo. De Mini Villana mejor no hablábamos.

Sopló otra vez a la imagen del espejo. Camiseta ajustada de su último anuncio, pantalones vaqueros, sueltos, el cabello convenientemente despeinado. Una imagen que había construido como sus abdominales, y de quien estaba hasta las pelotas.

Tal vez si surgiera algún tipo de actuación, algún cameo en otra película que no fuera la de su hermano... podría dedicarse en serio a ser actor, dejar de correr por el mundo y de paso centrarse en su familia.

Y se alegraba porque ellos fueran felices, y a la vez sentía que se estaba perdiendo quizá los últimos años de vida de su padre.

Resopló de nuevo cuando el ascensor se paró en la planta adecuada. Salió, buscando la oficina y enseguida llegó allí. Tal vez este trabajo sirviera para darse un respiro. Si conseguían con ese dichoso tour ganar un par de millones de seguidores cada uno y más anunciantes, se daba por satisfecho.

La puerta estaba abierta, así que entró sin llamar. Agatha y un hombre de color con el pelo azul turquesa se tomaban una copa en la terraza, riendo y brindando. Se quedó quieto, mirándolos con el ceño fruncido.

—Parece que los únicos que lo disfrutan son ellos, ¿no?

Se giró. Allí estaba ella.

—Hola, Harper, encantado —dijo, pero no le salió la sonrisa que debería mostrar a su futura esposa. Ella era preciosa, no tenía queja, delgada y más bien baja, pero su rostro era regular, ojos grandes, azules, cabello artísticamente peinado.

—Qué, ¿has comprado la vaca?

Él se quedó perplejo, pero luego comprendió y sacó media sonrisa. Bien por ella.

—Todavía no. ¿Crees que me dará una cornada?

—Depende. ¿Estoy en tu rango de tías aceptables?

Él movió la cabeza asintiendo, sorprendido.

—Por lo que veo te gusta esto tan poco como a mí. ¿Y yo estoy en tu rango?

—Sí y sí. Mira, Leo, esto es una colaboración comercial. Acabemos cuanto antes.

—Le dije a Agatha lo de mi padre.

—Ah, sí, lo siento. No hay problema en retrasarlo lo que necesites, aunque si... ocurriera algo, sería una faena, no solo para ti. Yo diría que es mejor lanzarlo ya.

—Joder, Harper. Yo...

—Leo, por fin —dijo Agatha entrando en la sala, seguida del hombre—. Ya veo que has conocido a Harper. Míralos, Kevin, hacen una pareja preciosa.

—Sin duda, Agatha. Son perfectos. Estoy deseando hacerles un robado.

—¿Un robado? —dijeron los dos a la vez.

Agatha y Kevin se miraron y aplaudieron.

—Si hablan a la vez y todo. Debemos buscar un hashtag para ambos, qué tal Harpleo o Leoharper... no me convencen —dijo Kevin.

Leo alzó la ceja y se fue hacia una bandeja donde había agua y se sirvió un vaso bien frío. Dio un trago largo y casi escupió. Buscó el baño y Harper señaló una puerta. Corriendo, fue al lavabo a escupir.

—¿Qué coj...?

Empezó a toser y alguien le pasó un vaso para beber agua del grifo. Cuando se incorporó, el espejo le devolvió un rostro enrojecido. Harper lo miraba divertida.

—No sabía que le dabas a la ginebra de esa forma. ¿Mi futuro marido es un alcohólico?

—Joder, no —contestó entre toses—. Pensé que era agua. ¿A quién se le ocurre?

—Kevin, que dice que así la ginebra respira. Y es de las caras, no veas la cara que ha puesto cuando ha escuchado que ibas al baño para escupirla.

—No me la iba a beber.

—Bueno, vamos a ver qué dicen. Tu agente te ha conseguido un par de botellines de agua.

Salió después de ella. Su hermoso trasero en forma de corazón le gustó. Claro que no se iba a liar. Solo era trabajo.

Kevin lo miro con la misma mala cara que él mientras Agatha le daba un botellín de agua aguantándose la risa. Lo cogió con brusquedad. Esto estaba tocándole las narices.

—Vamos al lío —dijo sentándose alrededor de la mesa.

Harper se puso frente a él, al lado de Kevin y Agatha se sentó a su lado. Esta tomó la palabra.

—Si estáis de acuerdo con seguir con lo de la boda, hemos estado pensando que sería muy chulo hacer un robado y pillaros acarameladitos en el balcón de algún hotel. Imaginad, lo veo así. Leo va a hacer la reseña de tal hotel. Harper del restaurante de la planta baja y luego compartís habitación. Que no sea una planta demasiado alta para poder hacer las fotos. Ya vosotros habréis compartido vuestras reseñas y la gente empezará a preguntarse o lo haremos nosotros con cuentas falsas si estáis juntos porque las fotos serán en lugares muy similares. Después, alguien os robará esa foto y no sé si se casen antes o no. ¿Qué opinas, Kevin? ¿Será creíble?

—He pensado algo que sería la bomba. Hacemos el robado, ellos salen admitiéndolo y todos monos en las redes, empieza a subir como la espuma y luego damos el golpe de gracia, volviéndolos a pillar saliendo de una capilla con un ramo de flores. Que Harper podía tocarse el vientre así dando a enten...

—Kevin, para —dijo ella enfadada—. Os estáis dejando llevar demasiado, sin preguntarnos a nosotros. Que sí, que ya quedamos en... todo este teatrillo, pero lo de un posible embarazo, ahí te has pasado.

—Estoy de acuerdo —dijo Leo—. Robado, vale, boda, es lo que he firmado, pero hasta ahí. Joder, cada vez me parece una idea peor.

—No lo es —dijo Agatha—, y luego, os lloverán las ofertas para que vayáis a lugares chulos donde hablar de hotel y restaurante. Podéis estar así seis meses y...

—¿Seis meses? —protestó Leo— ¿Con ella a todas partes?

—Hombre, gracias, tampoco es que tú seas ningún chollo, bebedor de ginebra.

—Joder, ya te he dicho que...

—Basta, niños —dijo Kevin—. Recordad que estáis aquí por la pasta. Ambos. Así que dejaos de monsergas de niños malcriados.

—No soy un niño malcriado.

—Ni yo una niñata.

—Lo sabemos —calmó Agatha—, de hecho, la gente os admira justo por eso, porque ninguno de los dos venís de familias prósperas, aunque cuando tu padre se casó con Margot Cresswell, bueno, ya se sabe. Pero tú has empezado desde cero y ellos te han visto cuando te metías en hoteles con cucarachas o dormías al raso. Y a Harper igual. Ella estuvo trabajando mucho tiempo en un restaurante, hasta que empezó a hacer vídeos y luego a hacer reseñas. Los dos sois personas que a base de trabajo habéis llegado donde estáis. De hecho, he pensado que se podía rescatar algún que otro vídeo de cuando empezasteis. Internet es olvido puro y quiero que tengan esa opinión de vosotros.

—Eres una genia, Agatha.

Los dos agentes chocaron las palmas. Él frunció el ceño, Harper jugaba con un bolígrafo sobre la mesa.

—Haremos una cosa, aprovechamos el buen tiempo en las Vegas para hacer todo esto. No importa que se lance dentro de unas semanas, o cuando puedas, Leo. Pero ahora tienes hueco, entre la grabación de la peli y tus eventos familiares.

—Puede —admitió.

—En una semana lo tenemos todo preparado. Os mandamos a Las Vegas, incluso podríais fingir que os habéis encontrado... esa sería otra idea. No importa, os diremos qué hacer. Os alojaréis en una suite en el hotel y...

—¿En la misma? —preguntó Harper.

—A ver, cariño, si quieres que te pillen con este hombre, no vas a hacer que salte de balcón a balcón.

—Mira, no estaría mal —dijo Harper. Leo la miró enfadado. Antes de que pudiera hablar, Agatha lo miró con su cara de callar bocas.

—Tenéis que compartir la suite, pero nos arreglaremos para buscar una con dos habitaciones, para que ambos podáis haceros fotos solos, de momento. Y luego haremos algunas más cuando estéis juntos, en plan *selfis* íntimos.

—¿Qué tipo de intimidad?

—Durmiendo en la cama, abrazados, besándoos.

Leo se llevó la mano a la cara. O sea, no le importaba besar a Harper, era bonita y sus labios apetecibles, pero tenía la sensación de que esto iba a salir muy mal.

—Si no queda otra, lo haremos, pero Donovan, nada de roces inadecuados.

—Lo mismo digo, nada de meterme mano.

Ella dio un respingo, pero asintió.

—Bien, pues está claro. Viajáis a Las Vegas, preparamos el robado y mientras hacéis el trabajo de siempre. Y una vez que tengamos el robado, deberéis admitir en redes que estáis juntos... cuando sea y para ello necesitaremos esos *selfis* íntimos —insistió.

Leo volvió a resoplar.

—¿Puedo irme ya?

—Sí, prepara la maleta, mañana sales en avión.

Asintió y con un leve saludo, se despidió de todos. No es que quisiera ser antipático, pero ¿de verdad tenía que hacer esta estupidez para conseguir seguidores y patrocinadores? Empezaba a tocarle la moral.

Le sonó un mensaje, Jacob. Lo llamó de inmediato.

—¿Ha pasado algo?

—No es grave, pero deberías volver, Leo. Le están jodiendo a Charlie y Bella se ha cabreado.

—Estoy en la ciudad, en dos horas vuelvo. ¿Es lo del hijo de puta ese, no?

—Sí. Están sacando los trapos sucios de gente del rodaje y mucho me temo que la tomen con nosotros. Deberías ir a casa, yo no me atrevo a viajar con Bella.

—Llego en unas horas.

Cuando llegó le pusieron al tanto de toda la movida. Se alegró de que Charlie se hubiera liado con la pelirroja, pero no de todo el follón. A la mañana siguiente, ocurrió el desastre y Bella acabó en el hospital, con un ataque de ansiedad. Él se quedó porque su padre también estaba muy afectado.

Cuando su padre se estabilizó, acudió a ver a sus hermanos. Charlie y Ruby estaban ya en el hospital puesto que residían en la ciudad y él acudió con Mack y Lorelai. Sentía una furia tremenda por ese malnacido que estaba jodiendo a su familia.

Por suerte, todo estaba quedando en un susto y ella estaba poniendo la maquinaria legal a trabajar.

—Voy a llamar a mamá para decirle que estamos bien y de paso hablar de esto. Anda, id a tomar un café. Mi marido se queda.

—Sí, jefa —dijo Leo con una sonrisa. Al menos seguía siendo ella. Todos salieron de la habitación y fueron hacia la cafetería. Lo cierto es que les vendría bien. Mack y Lorelai habían llegado conduciendo y no habían desayunado.

Pidieron cafés y algo para picar y se sentaron alrededor de la mesa. Leo seguía mirando su móvil y Charlie se asomó a su pantalla mientras los demás iban a por la comida. Había una chica rubia posando delante de un plato de comida.

—¿Y esa chica?

—Ah, nada, un próximo trabajo, sin más. Ayer... quedé con ella. Me sorprendió cómo era.

—En buen o mal sentido.

—Todavía estoy intentando averiguarlo. ¿Y tú y la pelirroja? —preguntó mirándola cuando volvía del lavabo.

—Parece que sí, Leo. Parece que estamos juntos.

Los vio sentarse juntos y lanzarse esas miradas tiernas. Al final, Ruby le explicó todo. Si ese cabronazo supiera que lo de Harper y él iba a ser una farsa, también lo sacaría. Deberían prevenir el acoso de la prensa.

Al final, se enteró de que Mack y Lorelai iban a vivir juntos y que incluso Ruby se iba a mudar al cutre apartamento de Charlie. Sus sentimientos fluían del desánimo a la alegría por su familia.

Jacob se acercó con Bella en una silla de ruedas. —Le dan de alta a cambio de que se esté echada como poco cinco días sin moverse. Así que nos iremos a los Hamptons.

—Una buena idea, podré vigilarte —dijo Mack. Bella rodó los ojos, pero asintió. Todos se fueron marchando. Mack y Lorelai acompañarían a la pareja.

—Tengo cosas que hacer, pero procuraré ir el fin de semana a veros.

Se despidió y volvió a su elegante apartamento. No era como el de Bella, pero estaba muy orgulloso. Le pidió a su agente inmobiliario que vendiera definitivamente la casa de Miami que todavía no había terminado de pagar, porque quería quedarse cerca y si... alguien necesitaba dinero, aunque Margot estaba forrada, él también quería contribuir en lo que fuera. Y al día siguiente... a Las Vegas.

CAPÍTULO 4. ¿FINGIENDO?

Harper



No se podía creer que ese tipo fuera tan... no tenía ni palabras. Se despidió de Agatha cuando se fue y Kevin la acompañó hasta el ascensor.

—Mira, cariño, ya sé que es algo extraño y que eres demasiado honrada como para engañar a la gente, pero ¿lo has visto? Está muy bien y si te das un revolcón pues tampoco pasará nada.

—No pienso, Kevin. Y sí, ya sé que mucha gente hace esto continuamente, eso no significa que me guste.

—A grandes males, grandes remedios. El tipo del restaurante ha reaccionado mal, anda poniendo malos comentarios sobre ti, aunque yo me ocuparé de todo. Arréglalo con esto y luego serás libre para hacer lo que te dé la gana. Nos vemos mañana en el avión.

—Qué remedio.

Se fue a su precioso apartamento en Manhattan y empacó bikinis, ropa más y menos informal, algún vestido elegante, por si iban a cenar y...

—¡Maldita sea!

Abrió el cajón donde guardaba la ropa interior más sensual para echarla en la maleta. Si tenía que hacer fotos, al menos serían

favorecedoras. Supuso que tendría que besarlo. No es que Leo Donovan fuera desagradable y olía muy bien. Pero de ahí a compartir saliva... era otra cosa. Tal vez podrían disimular. Hacer como si se besaban. O se notaría.

Se sentó en su sofá y volvió a mirar las redes de Leo. Buscó los vídeos más antiguos y sí, así era. Había dormido en lugares infames y realmente con bichos y cucarachas. Se veía más joven, pero con mucha ilusión y fuerza. En otro vídeo, más reciente, bailaba con la que debía de ser su hermana pequeña, en la boda de su gemelo. Y cantaban. No lo hacía tan mal, la verdad.

Se veía un tipo risueño, divertido, nada que ver con el que había conocido, pero lo comprendía. A ninguno de los dos le gustaba la idea, pero los dos la necesitaban.

—Pues ya está, lo haremos lo mejor posible.

Kevin la esperaba en el aeropuerto y subieron al avión. Ella a veces se ponía peluca para viajar, pero no esta vez, porque su agente había sacado primera clase. Lo miró con una ceja levantada y él se encogió de hombros.

—Chica, hagámoslo con clase. Y te tienes que hacer fotos viajando. También ayuda.

Resopló, se retocó el maquillaje y sonrió a su teléfono. Se hizo algunos *selfies* y luego Kevin le hizo otras fotografías mientras ella fingía dormir con el antifaz, o cuando tecleaba en su iPad, y en cualquier otra pose que se le ocurrió. Luego, se sentaron a descansar y comer.

El hotel era de lujo, sin duda. Kevin la acompañó a la suite donde había dos habitaciones con baño propio y una salita común. Él no había llegado, así que eligió una de ellas. Kevin le dio un beso y las instrucciones y se marchó.

Se suponía que esa noche deberían aparecer en el balcón de la suite, cerca, tal vez con poca ropa y besándose. Luego, se meterían dentro de la habitación y fundido en negro. No era difícil. Y cuando saliera, debería explicarle todo a su madre. Por suerte, se había ido

por fin de crucero con su tía. Eso le daba algo de margen, aunque en realidad, no sabía cuándo iban a publicarlo.

Deshizo la maleta. La idea era que esa noche antes de ese robado iría al restaurante del hotel para hacer su reseña. Esperaba que al menos fuera aceptable. Se dio una ducha y se envolvió con el albornoz, echándose en la cama. No supo si se había quedado dormida cuando escuchó la puerta abrirse y se asustó. Salió corriendo y lo vio entrar, con una maleta. Él la miró de arriba abajo. Se dio cuenta de que tenía el albornoz algo abierto, se tapó y volvió a su habitación, cerrando la puerta.

—Hola a ti también —escuchó por detrás. Se vistió de prisa y salió. Él tenía la puerta abierta y había dejado la maleta sobre la cama.

—Ey, hola, Leo. Lo siento, me había quedado dormida.

—No pasa nada, es que he tenido mal día.

—¿Problemas familiares?

Se sobresaltó y luego se encogió de hombros.

—Sí, pero todo se arreglará. Solo que este finde tengo que volver a casa, así que tendremos que hacerlo en cinco días. Ya se lo he dicho a Agatha.

—Me parece bien. Cinco días es perfecto.

—Bien. Tendré que grabar la suite para mi canal. Deberías esconderte o algo, no queremos hacer spoiler, ¿no?

—Sí, claro. Si quieres me meto en el baño por si te apetece poner algo de que tienes una suite con dos habitaciones. Tal vez podrías dejar ver sin querer algo de mi ropa.

—¿Ropa interior sexy? —preguntó con una sonrisa.

—No, Leo Donovan. Ropa sin más.

—Vale. Pues métete en el baño.

No tenía que enfadarse, él hacía su trabajo. Otra cosa que él se comportase de esa forma. Se encerró en el baño y empezó a maquillarse, de todas formas, tenía que hacerlo para el robado y luego para la cena en el restaurante. Sacó el rizador y se arregló la melena. Sí, disfrutaba con esos preliminares y también de investigar los lugares. Había hecho los deberes y sabía que el chef era un

hombre joven, y atractivo, que empezó a trabajar en el negocio familiar, luego, con mucho esfuerzo, fue a estudiar a diferentes escuelas gastronómicas y acabó en ese prestigioso hotel de las vegas. Quería hacerle una entrevista, no solo la reseña y a Kevin le había parecido muy bien.

Lo escuchó hablar con ese tono animado y burlón, irónico, que tanto le caracterizaba. Debía de ser así, aunque no se lo había demostrado. Al rato, llamó a su puerta.

—Terminado. Gracias por darme el espacio.

—De nada, Leo. Es tu trabajo.

—Debería hacer unas cuantas grabaciones por el hotel, pero quizá se nos haga tarde.

—Me ha dicho Kevin que venía sobre las siete.

—No tardará. ¿Qué te... vas a poner?

—He traído lencería y también algún camisón corto, o una camiseta, no sé. ¿Tú?

—Según dice Agatha, solo un pantalón corto. Somos personas objeto, Harper.

Ella se echó a reír.

—Ni que lo digas. ¿Y si salgo en ropa interior y me dejas tu camiseta? En plan tipo romántico presta la ropa a su chica porque tiene frío.

—Bien pensado. Me gusta la idea. Soy romántico, aunque no lo creas.

—No importa lo que seas, Leo, solo que lo finjas.

Él asintió y como llamaron a la puerta, fue a abrir. Kevin, Agatha y su fotógrafo entraron en la suite. Ella les explicó la idea y ellos aplaudieron. El fotógrafo les indicó el lugar perfecto donde deberían ponerse para la mejor toma. Luego, se fue para colocarse en otra habitación de hotel donde se veía todo.

—Anda, id a cambiaros —dijo Kevin.

Ella se puso un culote y un sujetador de encaje que transparentaba ligeramente, pero como era de noche, pensó que no se vería nada. Leo salió con la camiseta y el pantalón del pijama puestos.

—Vamos, chicos, tenéis que ensayar un poco o saldrá muy cutre —dijo Kevin. Ambos resoplaron.

—Mira, Leo, te pones apoyado en la barandilla, así como pensativo mirando el paisaje. Luego se acerca ella en ropa interior, tú te vuelves, la miras, te quitas la camiseta, ella se la pone y os abrazáis, tal vez si no os importa podéis besaros. Pensad que es como en una película.

—Y si a Harper no le importa, le metes mano.

—¡Kevin!

—No haré nada que ella no quiera, digáis lo que digáis —contestó Leo enfadado.

—Está bien, Leo. Yo también te meteré mano.

Él sonrió y asintió. —Párame si lo necesitas. Quedamos en una palabra clave. Y entonces yo me quedo quieto.

—Buena idea. ¿Qué te parece... pastel?

—¿Pastel? Vale. Paso de ensayar, eso sí, vamos a ello y si sale mal, repetimos. Pero si sale a la primera, pues ya está.

—Estoy de acuerdo.

—Qué bien que estéis de acuerdo en todo. Bueno, pues nos vamos con el fotógrafo. Suerte, chicos.

Se marcharon. Ellos se quedaron mirando.

—Estás preciosa y muy sexy, Harper. Espero no molestarte.

—Pensemos que es una película, como la que has hecho con tu hermano.

Sonrió y se le vio un pequeño hoyuelo. —Eso estuvo más que bien. Me gustaría dedicarme a ello.

—Nunca se sabe. ¿Empezamos?

Asintió y se fue fuera. Tal y como estaba de ánimo le saldría muy bien eso de estar pensativo. Lo observó colocarse en el lugar adecuado. Había escuchado algunas cosas de su familia, líos legales..., y también leído. Kevin se informó sobre ello y le hizo dudar si era el adecuado para eso, pero ya habían firmado el contrato.

Se revolvió un poco el cabello y salió al balcón. Él se giró y la recibió con una sonrisa deslumbrante y la tomó de la cintura. Ella

apoyó la mano en el pecho y se estremeció. Ahí iba. Se quitó la camiseta, con tal mala suerte que le dio con el codo en la nariz y empezó a sangrar. Ella fue corriendo al baño y él con la camiseta en la mano, la siguió.

Se lavó y se colocó sentada, con la cabeza hacia atrás.

—No hacia atrás, no. Según mi madrastra, hay que colocarse hacia delante y apretar.

Él le apretó la nariz con su enorme mano mientras ella se sentaba en el váter medio mareada. Ah, sí, la sangre no le gustaba. Su móvil sonó y Leo dejó su nariz y se acercó corriendo a cogerlo, volviendo a apretarle.

—Nada, que sin querer le he dado un codazo. Un poco de sangre. Está bien. Sí. Dadnos unos minutos. Lo siento, Harper, joder, qué desastre. A ver, déjame ver. Levanta.

Se levantó, algo mareada y él la agarró de la cintura. Su mano era cálida. La miró con detenimiento y luego cogió una toalla, la humedeció y limpió su rostro con cuidado.

—Creo que ya no sale. Es que de pequeña solía sangrar a menudo, por eso no me gusta, la verdad.

—Ya se ha pasado. Si estás bien, seguimos. Si quieres dejarlo, lo hacemos.

—No, no. Sigamos. Ten cuidado solo.

—Vale.

Avisó por mensaje a Kevin y volvieron a empezar.

Él se giró cuando ella salió y la tomó de la cintura, acariciándola con el pulgar. Luego ella apoyó las dos manos en su pecho y él se agachó para besarla en la mejilla, cerca de la boca. Desde fuera, parecería que era en los labios. Ella se abrazó el cuerpo y él dio un paso atrás, se quitó la camiseta con mucho cuidado y se la ofreció. Ella la aceptó con una sonrisa encantadora y se la puso. Leo sacó con cuidado su cabello y se acercó a ella. La tomó de la cintura y ella pasó los brazos por su nuca, acariciándola.

—¿Te parece que te bese, Harper?

—Sí, adelante. Bien.

Se agachó, agarrándola del trasero. Sabía que eso también se vería porque el balcón era de cristal. Sus labios atraparon su boca. Eran cálidos, suaves y la abrió sin poder evitarlo. Él lo tomó como una señal y se introdujo en ella. ¿Qué le estaba pasando? Demasiadas sensaciones. Ronroneó y se apretó a él. Su erección era más que latente y él dejó de besarla para acercarse a su oreja.

—¿Quieres pastel?

—No... no todavía —jadeo.

Él metió la mano por debajo de la camiseta y acarició su espalda. Ella estaba poniéndose tan excitada como él.

—Ahora te voy a coger en brazos —dijo él en su cuello. Ella asintió con un gemido.

Él la tomó del culo y ella enroscó las piernas en su cintura. Antes de meterse dentro, la puso contra la pared, mostrando su espalda a la cámara. Se movió un poco contra su cuello y luego la abrazó y la metió dentro, hasta la habitación.

Siguió besándola y la echó en la cama. Ella estaba demasiado excitada para parar y los besos de Leo estaban arrasando la poca cordura que le quedaba. Él descendió la mano para acariciar su muslo y entonces... Llamaron a la puerta.

—Joder, lo siento, Harper. Ve a abrir, por favor. Tengo que ir... al baño.

Ella se levantó, sofocada y abrió la puerta. Kevin y Agatha entraron. Serios. Confundidos.

—¿Leo está...?

—En el baño. Ahora sale. ¿Habéis podido... hacer fotos?

—Veréis... ha habido un problema de lo más tonto. El idiota del fotógrafo... en fin, si no fuera porque no tenemos a mano otro, lo despediría.

Leo salió, recién duchado. Los miró y luego a ella.

—¿Qué ha pasado?

—Que se le ha olvidado meter la tarjeta de memoria. Hay que... repetir.

—No me jodas, Agatha.

—Si os salió tan bien. Imaginaos que es un primer ensayo. Hacedlo igual.

Leo se llevó las manos a la cabeza, revolviéndose el cabello. No pudo evitar mirar su pantalón y, o se había dado una ducha fría o se había... descargado.

—Venga, vale, pero aseguraros, joder, que no somos putos monos de feria.

Se fueron y la miró. Ella se encogió de hombros.

—Siento haberme empalmado. Yo...

—Es normal, Leo. Yo también me he excitado. No pasa nada. Que no te apure.

—Vale, si me devuelves la camiseta, comenzamos.

—Sí, perdona.

Sintió que su mirada la devoraba cuando se la quitó y se sonrojó. O sea, no le importaría nada darse un revolcón con él. Aunque tal vez no fuera demasiado profesional.

Lo vio otra vez pensativo en la barandilla y ella se acercó. Puso las manos en su pecho y él en la cintura. Entonces, lo miró a los ojos y apretó los labios. Oh, no. Soltó una carcajada. Él la miró extrañado y también se echó a reír. Era todo tan ridículo.

Después, volvieron a empezar, se quitó la camiseta y se la dejó a ella. Acarició su rostro, apartándole el cabello y ella se dejó. Estaba relajada. Sus manos ascendieron por el pecho trabajado de Leo y luego acarició su barba incipiente.

—No me ha dado tiempo a afeitarme. ¿Te pincho?

—No importa, Leo. ¿Sabes que tienes unos ojazos increíbles?

—Eso dicen en mis redes. Lo malo, que no soy exclusivo.

Ella lo miró sin comprender.

—Tengo un gemelo, aunque yo soy el guapo.

Ella sonrió y se acercó a él. —Deberías besarme, Leo. Solo porque tú quieres y yo también.

—Me encantará.

Se acercó despacio. Si antes el beso le había parecido sensual, pero correcto, ahora abrasaba sus labios. Ambos gimieron cuando él pasó las manos por la cintura y la levantó, se sorprendió de su

dureza cuando se colocó delante de ella y también cuando la llevó dentro en volandas. Oh, sí, lo quería. Quería hacerlo. Pero él la dejó en el suelo y la miró, con el rostro serio.

—Creo que ya estará. Y si no, para otro día.

Cerró la puerta y se metió en la habitación. Ella se quedó paralizada, excitada y sorprendida. Llamaron a la puerta. Los dos agentes aplaudían.

Agatha miró hacia la puerta.

—Ya está, ¿no?

—Está. Genial. Os dejamos descansar.

—Yo tengo que bajar al restaurante.

—Sí, claro. Mañana hablamos. Buenas noches.

Agatha empujó a Kevin y se marcharon. Ella se vistió y se acercó a la puerta.

—Leo, tengo que ir al restaurante, a lo mío. ¿Estás bien?

—Sí, yo también debo visitar algunos sitios. Ya nos veremos.

—Vale.

Salió un poco confusa. No sabía qué le había pasado a Leo y se sentía mal por él. ¿Se había tenido que... desahogar? ¿Dar una ducha? Ella había tenido la tentación de hacerlo, pero se limitó a lavarse, iba ya mal de tiempo. Solo tenía clara una cosa.

Los besos de Leo Donovan habían sido los más sensuales de su vida.

CAPÍTULO 5. NOS VAMOS CONOCIENDO

Leo



Si la primera vez se remojó con agua fría, la segunda tuvo que meterse a la ducha y desahogarse. No pudo ni salir, ni mirarlos a la cara.

¿Por qué se había excitado como un adolescente salido? No sabía qué pensaría Harper de él, aunque dijera que a ella también le había pasado. Debería haberle pedido prestado a Charlie esa tela especial que se puso en sus partes cuando hizo las escenas de cama.

Estaba muy cabreado consigo mismo, porque besar a Harper le había gustado demasiado y no quería que llegase a más. Llamó a su hermano para preguntar por todos.

—Jacob, ¿cómo va por ahí?

—Si supieras, Bella está bastante irascible, no puede moverse y como no le dejamos ni mirar el ordenador, nos lleva de cráneo. Hasta Mini Villana ha desaparecido.

—Joder, lo siento. Ya sabes como es. ¿Y si le dejáis hacer algo?

—No estoy seguro, no quiero estresarla.

—¿Y Charlie?

—Mejor, luego vienen. ¿Qué tal te va por donde quiera que estés?

—Estoy en Las Vegas, en un hotel muy lujoso. Mi representante me consiguió un patrocinio bastante ventajoso. Aunque he pensado publicarlo más adelante, por lo de papá.

—No seas tonto. Papá está bien. O sea, no está bien del todo, pero no debes parar tu vida por... esto. Haz lo que tengas que hacer, Leo. Nunca se sabe y, además, puede que se recupere.

—Me gusta tu optimismo, pero ¿recuerdas?, ya perdimos a mamá.

—Y Bella a su padre. Nadie sabe cuándo le toca. No puedes hundirte por ello.

—Lo sé. Cada hora que paso fuera de Los Hamptons pienso que él se va a ir. Y encima, este trabajo.

—¿Qué ocurre? No pareces contento.

—Bah, solo es por... algunas cosas que no me encantan. No pasa nada. Tengo que salir, tío. Debo visitar un club y el jardín por la noche. Empezaré a colgar cosas mañana. Ya verás dónde estoy.

—Qué pena me das, hermano. Aquí con el jaleo que tenemos y tú tan tranquilo.

—Lo sé, te doy mucha pena. En serio, Jacob, avísame a cualquier hora si tengo que ir y dales un beso a todos, especialmente a papá.

—Eso está hecho. Tranquilo, yo te cubro.

—Lo sé. Te quiero, hermano.

—Sí que estás mal, tío. Si en algún momento quieres hablar, me dices. O si no Mini Villana te llamará Mr. Intenso a ti.

Se echó a reír y colgaron. Hablar con su hermano siempre le animaba. Se arregló más tranquilo y salió a la noche. Debía comer algo si iba a tomar alguna copa. Agatha le había dado una lista de sitios donde comer, porque en el hotel no podía hacerlo, por si lo pillaban con ella. Resopló de nuevo. Era distinta a como se la había imaginado, porque en sus redes parecía muy natural, pero no pensó que fuera tan apasionada. O eso creía. Tal vez estaba actuando.

Sin hambre, se dirigió al club Pelicano, donde hizo su grabación. Le invitaron a un par de copas y documentó todo. Incluso un par de

chicas se le acercaron y lo reconocieron. Posó con ellas. Se notaba que una quería llevárselo al hotel, pero si hacía eso, su farsa se iba a descubrir. Siguió en otro club y otras dos copas. Hacía tiempo que no bebía tanto y aunque no estaba borracho, se sentía flotar.

Regresó al hotel y algo mareado, subió a la habitación. Mañana enviaría los vídeos al editor. Se fue quitando la ropa, los zapatos, hasta quedarse desnudo y cayó en la cama boca abajo. No escuchó nada hasta que la luz le despertó. Alguien estaba clavándole el dedo en la espalda.

—Sophie, joder, no es el momento.

—No soy Sophie, soy Harper y estás desnudo en mi cama.

Abrió el ojo, luego el otro. Tenía una sábana tapando su culo. Ella lo miraba, divertida.

—Joder, lo siento. Ayer no cené y yo qué sé.

—Nada, tranquilo. Al menos no has roncado.

—Me... o sea, si me levanto no llevo nada y... ¿me prestas tu sábana?

—Resulta que no puedo dejártela porque solo... bueno, solo llevo unas braguitas.

—¿Y qué hacemos?

—¿Un *selfie*? Aprovechando las circunstancias.

—Um... vale. ¿Qué hago?

—Se me ocurre. Me echo tapada y tú te pones en mi cuello apoyado, como si estuvieras dormido. Luego abres los ojos y miras a la cámara, somnoliento.

—Eso no me va a costar nada. Estoy muerto. Hace mucho que no tomaba ese tipo de cócteles.

—Venga, arrástrate como un cocodrilo.

Se echó a reír y así lo hizo. Ella giró la cabeza discretamente y se colocó sobre la sábana, boca abajo, mientras ella cogía el móvil de la mesilla. Él apoyó la cabeza cerca de la suya y su rostro quedó casi pegado a su hombro.

—Cierra los ojos que voy y luego los abres lentamente como si te hubieras despertado de resaca.

—Me he despertado de resaca.

—Mejor.

Ella empezó a tomar fotos, él abrió los ojos lentamente, la miró, luego a la cámara, sonrió y bajó los labios hasta el hombro, depositando un suave beso. Luego, sonrió con picardía y pasó el brazo desnudo sobre su cintura, para ponerse un poco encima de ella, lo que hizo que se echara a reír y él alargó la mano hacia el móvil, como si quisiera pararlo, hasta que cayó al suelo.

Estaba sobre ella, respirando agitado. Ella lo miró, sus labios estaban abiertos y no sabía si lo estaba invitando a besarla. Pero no era el momento ni debía hacerlo. Se deslizó hacia atrás.

—Lo siento, Harper. Me ducho. ¿Hoy tienes trabajo?

—Sí, otro lugar a las afueras.

—¿Ayer te fue bien?

—Mejor que bien. El cocinero me... invitó a salir, pero con esto del contrato, no me pareció bien.

—Puedes volver a verlo en poco tiempo. Si el chico merece la pena. O sea, si sois discretos, a mí no me importa.

—Lo... pensaré. Gracias, Leo. Eres un buen tío.

Se marchó de la habitación sin mirar atrás. Ese día debía visitar un parque acuático y le apetecía menos que nada. Mandó un mensaje a su hermano y él le contestó que todo iba bien. Más tarde los llamaría.

Se vistió y metió en la mochila el bañador de turno. Cuando salió, la encontró ya arreglada, tomando un zumo mientras veía las fotos del móvil.

—Ven, Leo, ¿qué opinas?

Se agachó junto a ella, oliendo su dulce perfume. Se parecía a las rosas que cultivaba su padre en Los Hamptons. Las fotos eran muy naturales. Sus caras de risa parecían auténticas. Tal vez lo fueran.

—En esta foto se te ve un poco el culo. Es cuando pasaste el brazo por encima de mí, se me desvió el móvil. ¿La envió o no?

—No es mucho, podría soportarlo. Están muy bien, Harper. Creo que cualquiera se lo creería.

—Esto... Kevin me ha mandado un mensaje para lo de la boda. Será mañana. Joder. No sé si... esto es lo que debemos hacer. ¿Todo por la fama?

—Ya. Es lo que me pregunto yo cada día, Harper. Tal vez una vez que acabemos con esto salgan nuevas oportunidades. ¿Te ves haciendo esto toda la vida?

—La verdad es que no. En un tiempo, me gustaría trabajar en un restaurante de verdad, aprender de algún chef y olvidarme de las redes. No me veo con diez años más viajando de aquí para allá. Y me gustaría tener una familia, ser madre. Soy hija única y siempre he anhelado hermanos.

—Yo tengo cinco y tampoco es para tanto —dijo él con una sonrisa.

—¿Cinco? ¡Qué maravilla!

—No creas, a veces es muy pesado —dijo, pero no dejó de sonreír.

—¿Y tú, Leo? ¿Seguirías con la interpretación?

—Me gustaría, pero es un tema complicado. Ser actor es una carrera de fondo.

—Al menos tienes un buen físico. Eso es un plus.

—Sí, para que me den papeles en una película romántica, como a mi hermano. Y no digo que sea algo malo, pero dicen que, si te encasillas en algo así, es complicado salir. Habrá otras formas de subsistir, supongo. ¿Qué tal ser director de hotel?

—Es una opción, Leo. Puede que te venga bien estar por aquí para aclararte. Es un lugar único.

—Era una broma. No me siento preparado. En fin, si todo falla, mi madrastra puede darme trabajo, aunque sea para limpiar la oficina.

—No digas eso, Leo —contestó ella tomándole de la mano—, eres un hombre con recursos y habilidades, capaz de hacer lo que te propongas.

—Gracias por tu confianza, aunque no la merezca. Mira qué he tenido que hacer.

—¿El qué? ¿Liarte conmigo? Ya sé que es impostado, pero...

—Lo siento, no sé ni lo que digo. Será mejor que me vaya antes de cagarla más. Perdona, Harper. Supongo que tengo demasiadas cosas en la cabeza. Hoy empezaré a publicar sobre el hotel.

—Vale.

Se marchó porque ella volvió a su móvil. Bien por él, ahora había metido la pata con ella y se había enfadado. Mientras bajaba por el ascensor, subió los vídeos al servidor donde el editor los cogería. Luego se los mandarían ya en el formato adecuado y con subtítulos y él los colgaría con el texto.

La sonrisa de redes apareció en su cara. Un coche lo recogía para llevarlo al otro lado. Se bañó, usó la cámara acuática, fingió que se divertía y se hizo muchas fotos. Comió en uno de los chiringuitos, pensando en Harper. No sabía cuáles eran sus gustos gastronómicos, pero pensaba preguntarle. En realidad, no se conocían tanto y debían hacerlo, aunque Agatha le hubiera pasado una ficha con datos sobre ella, igual que debía de tener la suya, pero no era lo mismo. Quería escucharlo de sus labios.

En realidad, quería atraparlos y volver a escuchar su suave gemido. Pagó la comida y llamó al coche para recoger. Debía disculparse con ella.

CAPÍTULO 6. NOCHE DE BODAS

Harper



Que sí, que ya sabía que a ambos se le había impuesto ese contrato y que ninguno tenía ganas, pero después de... esos besos, esos roces, pensó que él estaría por la labor. O si no, ¿por qué se había excitado tanto?

Cuando el día anterior lo vio entrar mareado, con los ojos vidriosos y después de quitarse la ropa tirarse a su cama, se dio un buen susto. Y a la vez, suspiró. A pesar de estar pensando en la tal Sophie. El cuerpo de Leo Donovan era muy aceptable, más que eso. Era demasiado atractivo como para obviarlo. Se quedó dormido y ella le echó la sábana. Estuvo tentada de largarse a su cama, pero le estaba gustando verlo dormir. Movía las cejas como si estuviera viendo o hablando con alguien y al final, embelesada, se había quedado dormida.

Quizá estaba confuso por ello.

Y ella también lo estaba.

Cuando bajó al restaurante, le enseñaron la cocina, los hornos de vapor, las diferentes zonas, el cuarto frío, los almacenes. Ella fue

haciendo fotos y se dio cuenta de que estaba limpio y no por su visita. Estaba limpio de verdad.

El chef se presentó. Se llamaba Mark y su historia, contada por él mismo, le conmovió. Se habían sentado en una esquina de la cocina y solo con el trípode, había grabado la entrevista. Era un chico moreno, piel tostada, ojos carbón que parecían devorarla. Sus manos eran sensuales y se sintió atraída por él.

Después, le hizo poner un gorro de cocina, algo que apreció, todos lo llevaban, se lavaron las manos y le puso un cuchillo para cortar un par de patatas. Ella ya había mostrado en redes que lo manejaba bien, pero entonces él se puso detrás, y sin acercarse mucho, la tomó de la mano y se la dirigió por un momento. El trípode lo estaba grabando todo y pensó que iba a ser una buena toma.

Mark se apartó con una sonrisa y cuando acabaron, le preguntó si podrían verse en otro momento, fuera del restaurante. En dos días tenía la mañana libre.

—No sé si podré, Mark, pero tengo tu teléfono.

—Me encantaría verte, Harper, aunque si no puedes, lo entiendo.

Se despidieron con un suave beso en la mejilla que le afectó, pero tuvo que reconocer que no tanto como los besos apasionados de Leo.

Ya no quiso salir, volvió al hotel. La habitación estaba vacía, así que se desmaquilló y editó los vídeos. El de ellos usando el cuchillo era bastante sensual, pensó en poner un fragmento en cámara lenta. Le mandó el borrador a Kevin y él la llamó enseguida.

—Dios santo, eres puro fuego, Harper. Ese chico, el cocinero, se te comía con la mirada, pero no habrás hecho nada... o sea, el contrato...

—Tranquilo, no hay nada. Aunque es cierto que me invitó a salir.

—Por favor no metas la pata.

—No lo haré, Kevin. Pero... no sé.

—Ya... tienes dudas. Veremos qué tal va y si no fuera bien, podemos reorientar tu carrera.

—Eres un ángel, Kevin. ¿Vosotros bien?

—Mejor que bien, la ceremonia está casi preparada. Agatha y yo hemos hablado y lo mismo nos montamos una agencia juntos. Es una crack.

—Mira por dónde. Me alegro, Kevin. Me voy a dormir.

—¿Leo ha vuelto?

—No, creo que iba a algún club.

—Ah, sí, cierto. Qué ganas de que destapéis vuestro amor, así podréis salir juntos.

—Ya, sí. Buenas noches, Kevin.

Colgó. Tendría que darle muchas explicaciones a su madre y luego... ¿cómo lo iban a hacer? Ambos vivían en Nueva York, así que se tendrían que dejar ver o tal vez viajar. Le caía bien, pero iba a ser demasiado.

Y luego, verlo desnudo le había revuelto la cabeza.

Al día siguiente, se fue a su próxima cita con un sentimiento de confusión. Era un restaurante oriental que le pareció estupendo. No estaba tan limpio como el del hotel, pero pasó con nota la comida, la bebida y, sobre todo, la amabilidad. Justo eso era lo que ella quería, un lugar donde la gente fuera feliz comiendo y eso se notaba, no había más que ver a las familias que reían a su alrededor. Se fijó en un hombre que se daba un aire a Leo. Iba con su esposa y dos niños. Una estampa perfecta. Sintió el deseo de hacer una fotografía, pero eran menores y no les había pedido permiso, así que solo se empapó de sus gestos, de su complicidad. ¿Tan difícil era encontrar a alguien que la quisiera de verdad?

—No seas tonta, Harper —se dijo. Ya lo había intentado y había salido mal. Klein había tonteado con ella, la había halagado y poco a poco, se ganó su confianza. Ella sintió que no era algo interesado, tenía más o menos el mismo nivel de seguidores que ella e incluso a Kevin le pareció una relación bonita.

Pero después de seis meses, él debió pensar que estar con una cantante era mucho mejor partido que una simple creadora de contenido y se enteró por las redes que él ya estaba con ella.

Fue bastante horrible y durante unos días apenas pudo contestar comentarios, pero lo hizo su agente con mucho estilo, así que él quedó como el malo de la película. Tampoco quería eso. Solo algo normal. Tal vez era mejor encontrar a alguien de fuera de este mundo.

No a Leo Donovan, claro.

Debía ponerse seria con él. Suspiró cuando abonó la cuenta y todavía hizo algunas fotos más del exterior. Kevin la llamó.

—Harper, ya deberías haber vuelto al hotel, hay que arreglarte. La peluquera llega en cinco minutos y ni te imaginas lo que me ha costado conseguirla. Es de lo mejor.

—Estoy a veinte minutos. Cogeré un taxi. ¿Leo ya está?

—Sí, en la ducha, creo. Se ha puesto colorado por estar al sol así que tendrán que maquillarle. Este chico...

Ella suspiró y su agente también.

—Estamos a punto de arrepentirnos. O sea, no me parece mal tío, pero he estado hablando con Agatha del futuro. Lo cierto es que nos pareció una idea brillante, pero tenías razón. ¿Y luego qué?

—No importa, la gente va y viene. Puedo romper en dos meses y ya está. No será mucho.

—Está bien. Tengo el papeleo legal también preparado.

—Gracias. Llego pronto.

Silbó para parar un taxi y le pidió que la llevara de vuelta al hotel. Claro que se arrepentía, o al menos de la parte molesta de estar expuesta. Pero ni con eso iban a poder. Necesitaba ese trabajo de momento y haría lo que fuera para conservarlo. Y por lo que había visto, Leo también.

Así que era una elección fácil. O eso suponía.

Bajó en el hotel y subió a la suite. Nada más entrar, Kevin la secuestró hacia su habitación y la sentó en una silla. Le quitaron la ropa hasta dejarla en interior y le pusieron una bata de seda. Alguien empezó a tirar de su cabello.

—Ya no hay tiempo de que te duches.

—Lo hice esta mañana.

—Perfecto. Estate quieta, dame el móvil y relájate. No queremos una novia estresada.

El fotógrafo estaba haciendo fotos aquí y allá. Ella estaba un poco nerviosa y apenas sonreía, hasta que Kevin le hizo el gesto con dos dedos en la comisura de su boca. Ella lo hizo, estaba acostumbrada a ello. Llamaron a la puerta de la habitación.

Leo llevaba la camisa abierta y el pantalón sin terminar de abrochar. Iba descalzo. El fotógrafo no se perdió detalle.

—Aunque Agatha ha dicho que no debía verte, quería asegurarme de que estás bien, de que... seguimos.

—Seguimos —dijo ella y por un momento, su sonrisa se volvió genuina al ver la preocupación en el rostro de su futuro marido. Él asintió.

—Bien. Nos vemos... enseguida.

Sacaron al fotógrafo para empezar a vestirla. El vestido era sencillo, blanco crudo y de tirantes. Una firma muy famosa se lo había cedido y eso era importante. Hablaba de la confianza de las marcas por ella. O eso decía Kevin.

Una vez que la maquillaron y la dejaron perfecta, salieron al salón de la suite. Leo ya se había marchado, así que posó, mirando la cálida luz del atardecer. Y sin su madre. Se iba a disgustar. Le temblaron las manos cuando se apoyó en la barandilla, mirando al horizonte. Debería decirle que era una boda falsa. Pero eso sería más adelante.

—Estás tan preciosa que Donovan va a babear mucho más cuando te vea.

—¿Por qué dices eso?

—No, por nada.

—Es un hombre joven y yo... le agrado, nada más. Mejor que sea así, ¿no crees?

La maquilladora se acercó para los últimos retoques y le dio un suave toque con la brocha en la nariz para que dejara de fruncir el ceño.

—Desde luego. Vámonos. El novio espera.

Se montaron en una limusina blanca. Kevin no había escatimado en gastos, y el fotógrafo los seguía desde un coche, otro hombre del equipo grababa. Kevin la tomó de la mano.

—Serán unas semanas, Harper. Piensa en lo que vas a ganar.

—Mi madre se disgustará.

—Lo entenderá y te ama. Me gusta ese hombre, es honesto, aunque había escuchado que tenía un humor impredecible. Supongo que está muy preocupado por su familia.

—Sí, se ve afectado.

—Esta noche debéis miraros con amor de verdad, mi compañera se lo habrá dicho a él. Rozaros, besaros, reíros, ser cómplices. Si no es creíble, todo esto no habrá servido para nada. Eso sí... yo...

Lo miró porque él parecía apurado. Llegaron a la capilla donde se iban a casar y él la tomó de la mano.

—No te enamores, Harper. No vuelvas a sufrir.

Ella asintió con el estómago encogido. Por supuesto que no iba a hacer semejante estupidez.

Entró discretamente con Kevin y el fotógrafo no dejó ni un solo detalle de sus expresiones, así que se esmeró por sonreír con calidez. Recordaba esos momentos en los que cocinaba pizzas caseras con su padre, cuando su madre sacaba el mantel de cuadros y lo extendía por el suelo. Ella fue feliz en esa época. Y entonces, lo vio.

Llevaba una camisa blanca, sin corbata, pantalones claros e iba artísticamente despeinado. Tenía un ramo de flores de color rosa suave en la mano. Miró las suyas, estaban vacías. El ramo lo debía tener ella y casi se le escapó la risa. Él se encogió de hombros y se lo dio. No le soltó la mano. Ellos se miraron. Desde luego, él actuaba muy bien. Incluso se podía creer que él la amaba. Se retrajo para escuchar al oficiante y recordó las palabras de Kevin. No se iba a enamorar. No iba a sufrir.

—...y ya puede besar a la novia.

Ni se había enterado. Se giró de forma automática. Él acarició su rostro con mucha ternura y se acercó despacio, sosteniéndola. El beso fue suave, ligero y delicado, como si se fuera a romper. Ella

apoyó la mano con el anillo sobre la suya y abrió un poco la boca, dándole permiso, algo que él aprovechó.

Pero enseguida, se retiró con una sonrisa. Kevin y Agatha aplaudieron. ¿Pues no estaban llorando?

—¿Qué es lo siguiente? —preguntó él con fastidio, ya sin esa expresión cálida.

—Varias fotos de posado en rincones elegidos de la ciudad y luego una cena íntima en un reservado, a dormir y quizá alguna foto en el balcón, quitándole el vestido.

—Creo que eso no será necesario —dijo Leo. Ella suspiró. Sí. Pasaba de volverse a mostrar en ropa interior.

El tour comenzó por distintos lugares típicos y acabó en el restaurante del hotel, en una pequeña sala reservada. Hicieron fotos y los dejaron solos. Ella se quitó los zapatos, dolorida.

—¿Demasiado tacón?

—Sí, es porque como eres tan alto, no quedaríamos bien en las fotografías.

—Déjame que te dé un masaje en los pies antes de cenar. No hay nadie que nos vea.

—No es necesario, Leo. Me valen las miraditas de antes. Eres un actor estupendo.

Él carraspeó, incómodo. —Tú tampoco lo haces mal. Pero en serio. Cuando mi madrastra estaba embarazada de Sophie, se le hinchaban los tobillos y, después de que viniera de trabajar, Charlie y yo nos turnábamos para darle friegas.

—¿Sophie es tu hermana? Creo que la nombraste mientras dormías.

Él movió la silla y se puso frente a ella, tomó sus piernas y las colocó en su regazo.

—Sí, es mi hermana pequeña. Cuando vamos a su casa, entra en nuestra habitación y se pone a saltar en la cama. Lo lleva haciendo toda su vida. Es hija de mi padre y mi madrastra, el punto de unión de las dos familias, por decirlo así.

—Háblame de tus otros hermanos —dijo ella cerrando los ojos con placer ante el masaje.

—Como hermano de padre y madre, solo está mi gemelo, Jacob. Sophie es medio hermana y luego están Mack, Bella y Charlie, pero la verdad, es como si también lo fueran. No para mi hermano Jacob, claro. Él se ha casado con Bella. Siempre estuvieron enamorados, supongo.

—Eso os daría problemas.

—¿No lees la prensa?

Ella negó.

—Los dio, pero tanto Margot como su hija tienen abogados para dar y vender y acallaron esos rumores asquerosos.

—Lo siento, Leo. Y... ¿tu padre?

—Tiene cáncer. Mack está buscando terapias alternativas, según me enteré, pero todavía no quieren dar nada por sentado —suspiró—. Tal vez debería haber estado más cerca de mi familia.

Siguió con el masaje, concentrado y mirando sus piernas. Ella se quedó callada. Sí. Esa sensación de pérdida la tenía con su padre. Aunque él la animaba para que viajase e hiciera su trabajo. Estaba muy orgulloso.

—Leo, creo que a tu padre no le gustaría que estuvieras en casa, mirando su cara, mientras dejas la vida pasar. Mi padre también falleció y siempre me animaba a que hiciera mis cosas, sobre todo porque tenemos un tiempo finito.

—Lo sé. Jacob también me dice algo así.

Llamaron a la puerta y entró el camarero. Ella bajó los pies y se colocaron en su sitio. Les pusieron el primer plato y se retiraron.

—Entonces, tu padre murió.

—Sí, era cocinero. Y mi madre se quedó desolada, ambas lo hicimos. Era un hombre buenísimo y me enseñó muchas cosas. Cuando empecé a hacer reseñas de restaurantes fue como si lo recuperase de alguna forma —Ella movió la verdura de un lado al otro—. Igual te parece una tontería.

—No, no lo es. Mi padre nos llevaba a los rodajes cuando teníamos vacaciones o era en un lugar poco peligroso. Pero sí, fuimos a la selva brasileña, por ejemplo, cuando hizo un documental sobre la deforestación. Jacob se sentaba para dibujar aquello, yo iba

detrás de la cámara. Me gustaba eso de viajar y a veces le daba ideas a mi padre.

—Ya te iban las cámaras entonces.

—Pero más por detrás, solo que mira, aquí estoy.

—¿Y no te has planteado seguir los pasos de tu padre?

—Creo que no. Me picó lo de actuar, aunque está complicado. Agatha trabaja mano a mano con la agente de Charlie, el hijo de mi madrastra, para ver si encuentran algún papel para mí, aunque sea corto. Supongo que cuando se estrene la película habrá más posibilidades.

—¿Participaste mucho?

—No, la verdad, fue algo muy corto, pocas escenas, pero yo qué sé.

Les retiraron el primer plato y les trajeron el segundo. Leo la miró muy serio.

—Y a partir de mañana, ¿qué vamos a hacer, Harper? Porque yo quiero ir a ver a mi familia. Me refiero a ir sin ti.

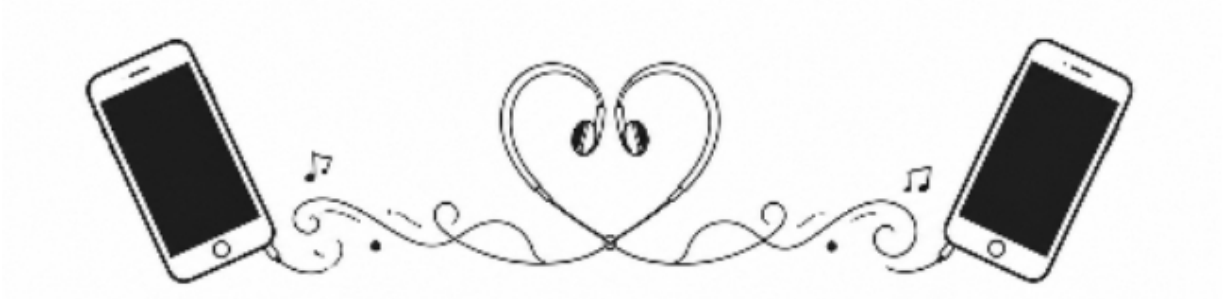
—Ya. Lo entiendo. Sin problema.

Terminó de comer, y no quiso postre. Se levantaron y volvieron al hotel. Luego, se hicieron alguna foto más y cada uno se fue a su cama. Ella suspiró. No es que esperase mucho más, pero...

—Vaya mierda de noche de bodas.

CAPÍTULO 7. INESPERADO

Leo



Casi no pudo dormir. Hablar con Harper le hizo pensar en su familia y en lo que pensarían sobre la estupidez que había cometido. No por ella, sino por ellos.

La escuchó dar vueltas y él se quedó quieto, intentando dormirse. Al día siguiente, sobre las diez, les trajeron el desayuno. Tocaba fotos de nuevo. Sonrieron, ella se sentó sobre sus rodillas, ambos en albornoz. Estaba tan afectado que ni siquiera se excitó, a pesar de que había puesto sus labios en el hombro, o entrevió su escote. Sonreía, mecánicamente, intentando hacerlo lo mejor posible.

Los dos siguientes días hicieron muchas cosas juntos. A pesar de que la tarde de la boda habían hablado en confianza, él dejó de hacerlo. No quería implicarse. Y ella, sin duda, tampoco.

Kevin y Agatha solo les pedían que sonrieran, que estuvieran cariñosos y pensó que tal vez le serviría para practicar su actuación. Y no es que le desagradase Harper, sino esa mierda de idea.

Por fin, el viernes se despidieron. Ella volvía a Nueva York, él a Los Hamptons, donde se quedaría el fin de semana y después,

tenían previsto varias apariciones, porque el lunes ya iban a publicar lo de la boda.

—Pásalo bien con tu familia —dijo ella algo tensa. Supuso que la había ofendido. Pero ¿qué esperaba?

—Dale un beso, hombre. Despediros en condiciones —dijo Kevin.

Él se agachó sonriendo y la tomó de su rostro. Le dio un suave beso que no incluyó lengua y luego en la punta de la nariz. Ella soltó una risita y después se fueron cada uno por su lado.

Llegó a Nueva York y decidió pasarse a buscar a Charlie, necesitaba hablar con él y como Jacob le había dado sus llaves, las recogió junto con el correo y llegó a su piso. Cuando entró, la pelirroja, que solo llevaba ropa interior, se dio un susto de muerte.

—Hola, Ruby, me alegro de verte en estas circunstancias.

—Leo, ¿no sabes llamar? —contestó ella sin taparse. Él la admiró. Estaba bien buena. Ella refunfuñó y fue a ponerse una camiseta.

—¿Charlie?

—Dormido.

Él preparó el café. Se alegraba por su hermano, pero hubiera querido hablar con él a solas. Escuchó la puerta y salió Charlie en pelotas.

—¡Joder! ¡Tápate, tío! Te tengo muy visto, no es necesario.

—Leo, ¿qué haces aquí? —preguntó indeciso. Ruby le pasó una chaqueta. Tenía el ceño fruncido.

—Aquí el *influencer* ha entrado con una llave...

—Que mi hermano me dio. Por si acaso.

—Yo no te la di. Esa llave la tenía Bella.

—Ya, pero Jacob me la dio. Se me ha estropeado el coche y como sabía que ibas para los Hamptons me he pasado. Lo que no sabía que me encontraría a una sirena en pelotas.

—Eres un tipo muy imbécil. No te pareces a tu hermano.

—Eso dicen —dijo serio, pero luego retomó la compostura—. Al menos he traído croissants. Y mientras tu novia se ha vestido, he preparado café. La verdad es que si tu madre viera el sitio donde vives, le daría un ataque.

—Y tú te vas a callar la boca.

—A sus órdenes.

Se sentó con toda su cara en el sofá y Charlie, bufando, fue a vestirse. Ruby entró detrás. Los escuchó hablar. Claro que se había presentado sin avisar, pero tampoco sabía que estaría acompañado.

Salieron. Se había levantado y miraba por la ventana con una taza de café en la mano.

—Al menos tienes buenas vistas.

—No es nada comparable con tu casita de Miami.

—Ah, eso. La he vendido. O sea, está en una agencia para venderla. En realidad... bueno, da igual. ¿Os queda mucho? Me apetece ver cómo están Bella y el bebé.

—Sí, estamos enseguida, en que desayunemos.

Notó la mirada de su hermano y supo que no se estaba comportando bien. Él no se lo merecía, pero estaba demasiado tenso. Y verlos a ellos tan felices no le ayudaba.

Se metió en la parte trasera del coche con las bolsas, se puso las gafas de sol y esperó, mirando por la ventana.

—Hemos decidido terminar la película, a pesar de todo, quizá Lauren te llame.

—Vale.

—¿Qué te pasa? Tú no eres así —dijo Charlie mirándolo por el retrovisor.

—Tendrá mal de amores —dijo Ruby. Bufó, pero no contestó. Una vez que llegaron, se bajó con rapidez y desapareció en la casa.

Saludó rápido a todos y fue directo a ver a su padre. Margot estaba con él y también Jacob, que cuando lo vio, le dio un abrazo y se fue con Bella, que estaba enfurruñada en el sofá.

Sintió que el alma se le caía a los pies. Su padre tenía bastante mal aspecto, aun así, charlaron un rato de todo y de nada. Hasta que ya no pudo aguantar más y con la excusa de ver a los demás, se alejó por el jardín. Margot pasó cerca y le dio un suave abrazo. Él la miró con todo el dolor del mundo.

—Recomponete, Leo. Podrías ir preparando la barbacoa, si te apetece.

Él no habló, porque las lágrimas pugnaban por salir y asintió. Poco a poco, fue recuperando su habitual humor, porque tenía que seguir siendo él. Cuando ya tenía todo preparado, empezó a preparar las mesas. Fastidiado, vio que ninguno de sus hermanos salía. Claro, estaban con sus chicas. Se asomó al salón.

—No pienso hacer yo solo la barbacoa, que lo sepáis.

Mack y Charlie se dieron por aludidos, y todos fueron saliendo al jardín. Extendieron los toldos para evitar el sol fuerte y empezaron a bromear entre ellos. Aprovechó para tirarle algunas pullitas a todos, nadie se quedó libre y escondió sus preocupaciones debajo de la máscara de siempre.

Pero tenía que reconocer que, a pesar de que su padre se veía pálido y ojeroso, lo estaba pasando muy bien. Estar con la familia calmaba su ansiedad. Y hasta ahora no se había dado cuenta.

—¿Haremos una hoguera nocturna? Podemos asar malvaviscos —dijo Sophie cuando todos se habían ido colocando en hamacas por el jardín. Su madre negó.

—Hoy no, cariño. Tal vez mañana.

Supo que era por su padre. Lo ayudaron a acostarse y Mack, Lorelai, Charlie, Ruby y él se fueron a La Sirena a tomar algo. Leo miró a Jacob, pero se negó a dejar a Bella por mucho que ella insistiera. Ya habría tiempo de hablar con su hermano.

Se acababa el verano y se notaba que había menos turistas por la zona. Era más tiempo de residentes y gente que trabajaba por ahí, aunque para él, era el mejor momento del año. Las parejitas caminaban agarradas de la cintura, pero no lo excluyeron.

—Hace poco tuvimos un mal rollo en el sitio donde vamos. Y encima lo de la tormenta, cuando se cayó una pared, fue muy fuerte.

—Ya la han reconstruido —dijo él. Había seguido la reparación casi en directo—, lo he visto en redes.

—¿Qué pasó?

Lorelai le hizo un resumen mientras caminaban hacia el bar. Ruby se sorprendió.

—Ese Bob es un indeseable. Algún día alguien le dará lo que se merece —dijo él enfadado.

—Son los típicos matones —comentó Ruby—, gente que solo quiere hacer mal porque sí. En cuanto le plantas cara, van a molestar a otro, lamentablemente.

—Y los hay en todas partes —dijo Lorelai.

Entraron en el pub. La pared que se había caído estaba sin pintar, pero el lugar seguía lleno. Ben se acercó a ellos. Tenía mala cara.

—Hola, chicos, ¿qué tal?

—Deduzco que Stella no te ha recibido bien —dijo Lorelai preocupada.

—No. Y me he cansado. No puedo hacer que yo le guste a ella, así que me largo por una temporada. Además, he tenido una oferta de trabajo. Después de la inauguración me iré un par de semanas.

—Lo siento, Ben —dijo dándole un toque en la espalda al socio de su gemelo—, a veces no se tiene la misma suerte que estos dos.

Ben se marchó. No sabía por qué se empeñaba en intentar algo con Stella cuando claramente ella no estaba interesada. Nunca lo estuvo en ninguno de ellos y no por intentarlo. Ella era preciosa y parecía tener suficiente carácter para ser interesante. Se acercó a la barra a por bebidas y Mack lo acompañó. Al menos, el doctorcito estaba menos serio ahora que salía con esa preciosa pediatra. Le tocó en el brazo y se giraron hacia la puerta. Siete tipos bastante siniestros entraban y se colocaban al final de la barra, apoyados en ella. Varios de ellos los miraban fijamente. Volvieron a la mesa de sus hermanos.

—Esa gente tiene mala pinta —dijo Ruby. Charlie envió un mensaje a Ben que lo leyó enseguida y asintió. Se acercó a su hermano.

—Igual vienen a por Mack, Lorelai. Por lo que me habéis contado... si por él su agresor fue a la cárcel... Deberíamos llamar a la policía.

—Voy.

—Deberíamos irnos, Mack.

—Somos más. Está Ben y sus dos amigos, nosotros tres...

—Y yo, Mack. Te aseguro que estoy entrenada —dijo Ruby.

—Esperemos que no sea necesario —dijo Charlie—. Comportémonos de forma normal.

Al poco rato, apareció el sheriff con un ayudante y entraron a tomarse un agua. Él se acercó a la mesa y habló con ellos. Protestaron, pero acabaron marchándose. Respiraron aliviados. Luego, se acercó a ellos.

—Estaban de paso, pero no os fieis. No me han dado buena sensación. El juicio se celebra la semana que viene y eres el principal testigo, Mack.

—Pero no el único.

—Lo sé, pero esta gente, a saber. Y tampoco estoy seguro de que esté relacionado. Solo tened cuidado. Llamadme si pasa cualquier cosa. Me quedaré por la zona.

—Gracias, sheriff —dijo Mack serio.

—Deberíamos irnos —comentó Charlie. Ben se acercó y lo pusieron al corriente.

—Os acompañamos a vuestra casa, Mack, sin problema.

Se marcharon enseguida. De todas formas, tampoco les apetecía estar más tiempo en el bar. Leo caminó con Charlie y Ruby hacia casa, sabiendo que Ben, antiguo policía, iba a escoltar a Mack y Lorelai a la suya.

Charlie se puso a su lado. —Te pasa algo, tío. Cuéntame.

—Me quedo un poco atrás, así habláis —comentó Ruby con delicadeza.

—Verás, tío, es que creo que he hecho algo que no debería... Y ahora no sé por dónde salir.

—¿Qué ocurre? ¿Tan malo es? ¿Está relacionado con tu trabajo o con alguna chica?

—Buf, demasiadas preguntas, pero te diré que...

Escucharon un ruido. Ruby se había girado hacia la maleza y vieron un tipo que salía de detrás con un bate de béisbol. Luego, dos más. Ella se echó a correr gritando que se fueran.

Cuando se giraron, dos de los tipos del bar se pusieron por delante de ellos. Ruby había llegado hasta donde estaban y se voltearon, enfrentados a ellos.

—Tíos, os han visto en el bar, diría que vais directos a la cárcel si nos hacéis algo —dijo Charlie, intentando calmarlos.

—Como si fuera la primera vez —dijo uno riéndose—. Sois muy gallitos cuando estáis rodeados. Además, nos das igual. Es ella la que tiene que aprender la lección.

Se quedó pálido, su hermano jadeó y se enfrentó al tipo.

—¿Os ha mandado Rubens?

—Ni idea de quién es ese tipo. Solo que esta pelirroja debe aprender una lección y se la vamos a enseñar con gusto. Depende de vosotros si queréis salir bien o mal. Os podéis ir.

—Está bien, toda vuestra, ni siquiera somos nada —se le ocurrió decir. Había que pensar rápido y ese tipo de respuesta les chocaría. Pero Charlie lo miró horrorizado. Arrastró a su hermano, pero este se resistió.

—¿Qué coño haces? —gritó con furia. Los tipos parecían divertirse y les dieron la espalda, rodeando a Ruby. Leo lo miró con intención y le dio un puñetazo por detrás al más cercano. Entonces Charlie se dio cuenta de su verdadera intención.

Ruby sacó su pierna a trabajar y dejó a uno sin aliento con una patada en las pelotas. Cogió el bate que había soltado y comenzó a golpear. En minutos, estaban los tres de pie, agitados, con sangre en la cara, pero enteros.

—Llamo al sheriff —dijo Leo. Iba cojeando. Charlie se acercó a ella y la abrazó.

—Joder, amor. Lo siento. No teníamos que haber venido.

—¿Estás bien? ¿Herido?

—Magullado, ¿tú?

—Bien.

—Ya he llamado al...

Leo los miró y se cayó tan largo como era. Ruby lo examinó y vio un fuerte golpe en la cabeza que sangraba. Charlie, nervioso, llamó a una ambulancia.

—No es... no es nada —murmuró él, entrando y saliendo de la inconsciencia. Escuchó sirenas, sintió la mano de su hermano, luego alguien lo examinó. Iba y venía. Su hermano se colocó a su lado y le decía que se tranquilizase. Durmió un rato y alguien le abrió los ojos. Protestó y Mack sonrió.

—¿Cómo estás, gruñón?

—Me duele un puto huevo la cabeza.

—Ya es él —respiró aliviado Mack que después de tomarle las constantes, salió supuso que a comentar a la familia.

Enseguida entraron Margot y su gemelo, que le dio un abrazo.

—Tranquilo, tío, estoy bien.

—No quiero quedarme sin el padrino de mi hijo.

Él parpadeó, emocionado. Margot le dio un abrazo también. Finalmente, Jacob se quedó con él, aunque insistió que tenía que cuidar de su esposa. Su hermano se negó a irse.

—Estará bien, tiene toda una familia por esclavizar.

Se echaron a reír, aunque Leo se tocó la cabeza. Dolía y mucho.

—Me alegro de verte tan feliz, Jacob. Estabais hechos el uno para el otro, a pesar de ser una mandona.

—Sí, pero es mi mandona. Es dulce cuando estamos solos, supongo que en la familia tiene que demostrar que sigue siendo Bella.

—Me parece bien, si a ti te gusta.

—Pero tú estás más serio y quizá más borde de lo habitual, Leo.

—Papá me preocupa.

—Ya. Mack me dijo que Lorelai y él han estado revisando las nuevas terapias que hay por el mercado. Llevan idea de probar alguna y papá está de acuerdo.

—¿Y si fuera a peor?

—Pero ya va a peor, Leo. Se... se apaga.

Se apretaron de las manos y asintieron. Habían perdido a una madre, no querían perder a un padre. No todavía.

—¿Y los demás? ¿Sophie?

—Está asustada, aunque no quiere reconocerlo. La verdad es que hemos tenido un verano muy agitado, Leo.

Después de un día más de hospital, ya se encontraba mejor. Agatha le había llamado y le pidió que se hiciera algunas fotos en el hospital, que eso siempre daba puntos. A pesar de su reticencia a ello, acabó haciéndolas y las mandó a su editor por si las mejoraba. Más tarde, le dieron el alta, Mack y Lorelai pasaron a despedirse y su hermano lo llevó a Los Hamptons. Charlie se había vuelto al rodaje y solo estaban Bella y Sophie, que lo recibió con los ojos rojos.

—Estoy bien, peque. De verdad. Aunque Jacob dice que me he quedado un poco más tonto de lo que soy.

Ella se volvió a su gemelo que puso cara de sorpresa. Llevaba el dedo de reñir por delante.

—No te atrevas a decir esas cosas de Leo. Él no es tonto y no lo será. Nunca.

—Oye, que se lo ha inventado, Mini Villana. Ya sabes cómo es.

Leo se sentó en el sillón y abrió los brazos. Ella se sentó junto a él y se apretó a su cuello, temblando.

—Me dais muchos sustos, jolines y a los papás también.

—No es nuestra culpa, peque. Quizá estamos en el lugar menos adecuado.

—Pues te voy a castigar, no ia todos! Os castigaré sin salir.

—Cariño, eso no es posible —dijo su madre sentándose a su lado—. A veces ocurren cosas feas fuera de casa, pero quedarte dentro no es la solución.

—Estudiaré artes marciales como Ruby.

—Eso está muy bien —dijo Leo—. ¿Me podrías traer un vaso de agua?

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. —Espero que no te aproveches de tu herida.

Se aguantó la risa y Margot aprovechó para abrazarlo.

—¿Estás bien?

—Me duele la cabeza, pero bien. ¿Papá?

—Duerme, luego te ayudamos a subir a verlo. El juicio por agresión de esos malnacidos será en una semana más o menos. Tal

vez así todo se acabe. Los voy a empapelar hasta que se pudran en la cárcel.

—No sé, no resultó nadie demasiado herido...

—¿Te parece poco tu conmoción? Ha venido un agente del FBI y nos ha dicho que son parte de una agencia que se dedica a dar palizas, a asustar a la gente. Los van a coger por los huevos.

—¡Mamá! ¡Has dicho una palabrota! —exclamó Sophie con el vaso de agua en la mano. Luego, sonrió—, pero me gusta.

Se le hacía bastante complicado estar en la cama sin moverse. Consiguió un sitio en el jardín, donde nadie lo molestaba y de vez en cuando ponía un post. Agatha había atrasado con bastante disgusto el tema de la boda porque no pegaba demasiado después de esto, pero no había contactado con Harper. Ni siquiera le había preguntado qué tal estaba e imaginaba que lo sabía.

Su humor se había vuelto insoportable y entre él y su impaciente esposa, Jacob parecía bastante estresado.

Al menos, Charlie y Ruby volvían para el fin de semana. Escuchó a su hermano abrazarlo cuando entraba.

—Menos mal que habéis venido, esto es un infierno —dijo Jacob sin preocuparle que tanto Bella, que había salido de su despacho a saludar, como él, que estaba en la terraza, lo escucharan.

Sophie llegó corriendo y saltó en brazos de Charlie. Los escuchó hablar. Seguro que Jacob se quejaba de sus hermanos. Al menos, su padre había respondido bien a la terapia experimental. Poco a poco, iba recobrando el color y había dejado de estar conectado a una botella de oxígeno.

Se cambió mientras todos se saludaban, en parte, quería estar solo por unos momentos y luego salió al porche. Llevaba la cabeza vendada y Charlie, que estaba con su padre, se levantó a abrazarlo.

—¿Qué tal te encuentras?

—Me duele la cabeza, la verdad, pero no hay daños graves.

—Pensé que habría suerte y te cambiaría la personalidad —dijo Jacob. Se echaron a reír, pero Leo lo miró mal.

—No tendrás esa suerte, capullo.

Bella salió y su marido se levantó enseguida para cederle su sitio. Ella refunfuñó, pero sonrió a Charlie y a Ruby.

—Qué bueno veros ¡Qué ganas tengo de que me den el alta!

—Pronto, ¿no? —preguntó Ruby. Bella asintió.

—Gracias a Dios —murmuró Sophie, pero ella la escuchó y la niña se volvió poniendo su cara angelical, así que todos se echaron a reír.

—Aunque es verdad que aquí se está de maravilla. Esta tranquilidad... no tiene precio.

—Ya sabes que estamos a pocas millas de la casa. Podemos venir, si papá y tu madre aceptan, casi todos los fines de semana, hasta que nazca... él. Díselo, Bella.

Todos la miraron y ella sonrió. —Hemos pensado el nombre del bebé. Se llamará Alexander por mi padre y Richard por ti. Así que Richard Alexander Donovan Cresswell.

Richard tragó saliva, Sophie se puso a aplaudir y más de uno soltó una lágrima.

—Pero yo lo llamaré Alex. Es un nombre demasiado largo —dijo Sophie.

—Rebautizado queda —rio Charlie.

Llamaron a la puerta principal y Jacob se levantó a abrirla. —Serán Mack, Lorelai y Fran.

Sophie se levantó para recibirlos y Charlie a por algo de beber. No escucharon mucho ruido y se volvieron hacia la puerta. Jacob estaba pálido y lo miraba y Sophie enfurruñada. Entonces la vio.

—¿Qué coj...? —preguntó al verla.

—Hola, esposito, aquí estoy, para cuidarte.

Todos la miraron y luego a Leo.

—¿Qué es esto, hijo? —preguntó Richard.

—Harper, ¿qué haces aquí?

—Visitarte.

—Hablemos dentro —contestó él. La tomó del brazo y la llevó a su habitación.

CAPÍTULO 8. PILLADA

Harper



Se fue de Las Vegas bastante disgustada. Y, aun así, estuvo posteando sus reseñas como siempre. Solo que necesitaba desconectar.

—Kevin, me voy unos días a una casita en la montaña. Estaré fuera de cobertura.

—Pero haz fotos. Mientras, publicaremos alguna cosa que tenemos guardada.

—Vale.

Alquiló un bungalow en un parque natural cercano. Se fue con el coche y pasó unos días tranquila, leyendo, paseando por la naturaleza. No tenía cobertura, pero cuando bajó al pueblo para comprar algo de comer, vio todos los mensajes. Alterada, se sentó en una cafetería para ir leyéndolos.

Su madre estaba bien, en el crucero con su tía. Le había enviado algunas fotos y ella aprovechó para enviarle las suyas y decirle que estaba muy bien. Pero lo de Kevin era otra cosa. Solo ponía que lo llamase lo antes posible y esto había sido hacía como tres días.

Lo llamó.

—Por dios santo, ya era hora Harper, casi envió a la guardia nacional.

—¿Estás bien? ¿Ocurre algo malo?

—Sí. A Leo lo atracaron y ha estado en el hospital.

—¿Cómo está?

—Conmoción cerebral, me ha dicho Agatha, pero ya ha salido. Está en Los Hamptons con su familia.

—Bueno, me alegro de que esté mejor. ¿Ya está?

—No, qué va. Resulta que unos turistas os hicieron algunas fotos en el balcón, cuando hacíamos el robado y aunque un amigo de una agencia las ha retenido, pero no será por mucho. Y entonces, todo se descubrirá y a la mierda.

—¿A la mierda?

—Mira, lo primero, que nadie entenderá cómo, si estás casada con él, no te encuentras acompañando a tu marido. Y luego, nos van a joder la exclusiva. Así que en el momento que lo publiquen, que lo harán, tienes que estar allí, con él.

—Pero está con su familia. No pinto nada.

—¿Entonces, todo lo que hemos hecho no va a servir? Piensa en tu carrera, Harper. Te vas allí, estás unos días, luego podéis volver a su apartamento o al tuyo y dentro de un par de semanas, si queréis, rompemos.

Ella bufó, incómoda. La despedida no había sido buena, pero no le quedaba otro remedio.

—No volveré a hacer nada igual, Kevin. Cada vez me parece peor idea.

—Solo que ya está hecho. Haz las maletas y preséntate en su casa.

—¿Sin avisar?

—Sí, mejor así. Y prepárate porque os van a rodear los paparazzi. Tal vez debáis dejar a su familia aparte, Agatha me ha dicho que están con líos de juicios.

—Pues precisamente es cuando tendremos que estar. No creo que Leo quiera irse y si tengo que estar con él, estaré. Menos mal que mi madre sigue de crucero.

Bastante malhumorada, volvió para recoger las cosas y después de hacer una maleta pequeña, condujo hacia Los Hamptons. Kevin le había pasado las indicaciones de la casa Cresswell y cuando la vio, se quedó atónita. Eso no era una casa, era una mansión. Dos pisos, un enorme jardín, muelle. ¿Qué narices hacía ella allí?

Le abrieron la puerta con una sonrisa, pero cuando les dijo quién era, abrieron la boca sin decir nada más. Estaba claro que él no les había dicho nada. La acompañaron hasta el porche. De maravilla, estaba toda la familia allí. Bueno, no había forma fácil de decirlo, así que se armó de valor.

—¿Qué coj...? —preguntó al verla.

—Hola, esposito, aquí estoy, para cuidarte.

Se giraron como uno solo a mirarla y luego a él. A pesar de llevar una venda en la cabeza, tenía buen aspecto, si no contábamos su rostro enfadado. El hombre mayor, que supuso que era su padre, se volvió hacia él.

—¿Qué es esto, hijo? —preguntó Richard. Él no contestó y se levantó para enfrentarla.

—Harper, ¿qué haces aquí?

—Visitarte.

—Hablemos dentro —contestó él. La tomó del brazo y la llevó a su habitación, casi a empujones.

—Despacio, hombre.

—¿Qué cojones haces aquí? Esto no estaba hablado.

—Esto y muchas otras cosas, Leo.

La metió dentro de la habitación y cerró la puerta.

—¿Qué te has creído? ¿A qué viene esto?

—He venido a ver cómo estás.

—Como si te importase.

—No lo sabía, Leo. Te hubiera preguntado. He estado aislada en una casa de campo retirada, pensando.

—¿Y la mejor idea que has tenido es presentarte en casa de mi familia como mi esposa?

—Porque nos han pillado. ¿No te lo ha dicho Agatha?

—Quería hablar conmigo, pero le dije que me dejara tranquilo unos días.

—Bien, pues Kevin me dijo que iban a publicar unas fotos nuestras en el balcón y que esto se llenaría de fotografías. Tenía que estar contigo.

—Joder, mierda.

Se sentó en la cama y ella se quedó de pie, sin decir nada. Él parecía cabreado, así que se puso a mirar por la ventana. Daba al lago y, desde luego, el paisaje era arrebatador. Entendía por qué le gustaba quedarse en este lugar.

—Mira, Leo. Lo siento. Cada vez me arrepiento más de haber hecho esto. Podemos anularlo y decir que ha sido un rollo y que nos han pillado. Incluso aunque nuestros agentes no estén de acuerdo.

—Has dicho delante de mi familia que eres mi esposa, Harper. Podrías haberte presentado como una amiga que viene a verme.

—Cierto. En eso he sido torpe.

Él la miró, muy serio.

—Bueno, pues ahora te jodes. Y vas a hacerte pasar por mi esposa de verdad, vamos a actuar delante de mi familia hasta que todo esto se pase. Porque estamos en un momento delicado.

—¿Tu padre?

—Gracias a dios, mi padre está mejor, pero vamos a ir a un juicio por la agresión y es más de lo que parece. Joder, Harper, no podía ser más inoportuno.

—¿Yo soy inoportuna? —preguntó ella con las lágrimas casi a punto de salir. Él la miró y se levantó.

—Lo siento, pero de verdad que no es el momento. Nos dieron una paliza gente mala, que buscaba a la novia de Charlie, que es testigo de alguien bastante importante. Querían asustarla. Y detrás de eso hay un entramado que alcanza más lejos. En realidad, no es bueno que estés aquí, por ti.

—En lo bueno y en lo malo, ¿no? Pero si de verdad crees que estorbo, me iré. Solo que no será creíble que estemos casados...

—No quiero decirle a mi familia que es mentira. No ahora que tienen tantas cosas en la cabeza. Por favor. Cuando todo acabe,

cuando volvamos a casa... entonces ya se lo explicaré.

—Por supuesto, Leo. Es lo menos que puedo hacer. Lo siento, debería haberlo pensado mejor, pero estaba tan cabreada...

—Ya. Es verdad, no deberíamos haber hecho esta tontería, y si nos iban mal las cuentas, pues mira, a tomar por culo.

—Leo. Creo que tu familia estará esperando una explicación. Deberíamos estar de acuerdo.

—Está bien. Podemos decir que nos conocemos desde hace meses y que nos hemos ido enamorando poco a poco, pero que hicimos un viaje juntos y nos dio por casarnos. Luego, pasó todo y aquí estás.

—Me parece bien.

—Mi hermanastra y la esposa de mi padre no son tontas. Cualquier cosa les hará sospechar. Y Sophie te vigilará. No estás acostumbrada a una hermana pequeña como ella.

Harper no pudo evitar sonreír.

—Tampoco será tan difícil.

—¿Por qué crees que la llamamos Mini Villana? Mira, sé natural y ya está. Ellos saben que no soy de los que están todo el día pegado a su pareja... aunque en realidad, jamás les traje a nadie en serio.

—No puedo creerlo. ¿Nunca les has presentado a alguna novia?

—He tenido mis rollos y Jacob ha conocido a una o dos. Pero en la familia, nunca.

Se masajeó las sienes y entonces alguien aporreó la puerta.

—Leo, que salgáis. Papá y los demás están nerviosos. Ya os achucharéis esta noche.

Siguió una carcajada de Jacob y Leo frunció el ceño.

—He sido el que los ha puteado por comprometerse, así que se tomarán la venganza conmigo. A ti te respetarán, tranquila.

—Sé defenderme.

—Dame la mano y vamos.

—A escena —dijo ella. Él bufó. Abrió la puerta y salieron de nuevo al porche.

—Familia, es verdad. Nos casamos la semana pasada. Ella es Harper.

—Hola —dijo a toda una familia atónita.

La esposa de su padre se levantó y fue hacia ella con una sonrisa cortés. La abrazó.

—Bienvenida a la familia, Harper, aunque todavía estamos en *shock*, nadie sabía que Leo tenía novia.

—Lo entiendo, señora Donovan.

—Ah, de eso nada. Solo Margot. Te los presento.

Fue nombrando a todos y según lo hacían, se levantaban para saludarla. Cuando llegó a Sophie, notó su escrutinio. Luego miró a Leo y le sacó la lengua.

—Oye, Mini Villana, no te pases.

—No te voy a hablar, porque cuando alguien se casa, me invita a la boda y más si es mi hermano. Eso está muy feo.

—Vámonos dentro —dijo Charlie y se los llevó a todos. Se quedaron con los padres.

—Sentaos, por favor —dijo Richard. La observaba, todos lo hacían.

—Leo, quizá... podemos hablar —empezó Margot.

—No te preocupes, tenemos un acuerdo prematrimonial. Sé que ha sido muy precipitado y pensábamos comentarlo cuando todo esto del juicio acabase, pero Harper estaba preocupada por mí y, además... bueno, nos casamos en Las Vegas y nos hicieron unas fotos...

—Leo, ¿esto ha sido por tus seguidores? —preguntó su padre.

—No. Entiendo que es extraño.

—Señores Donovan...

—Richard, por favor.

—Ha sido muy rápido y tal vez no hemos tomado la mejor decisión. Pero ambos estamos felices de ello. Mi madre tampoco lo sabe, está de crucero. Supongo que estará igual de sorprendida.

Leo apretó su mano y le sonrió.

—No es que no apreciemos que Leo esté enamorado y pareces una chica estupenda. Es... la sorpresa.

—Margot, tú te casaste con papá en meses.

—En eso tiene razón, cariño. Nos enamoramos muy rápido, y mira el resto, Mack, Charlie... ellos también han sido de encontrar a la persona adecuada y saber que lo era al instante casi.

—Sí, tienes razón, Richard. Perdona, Harper. Es solo...

—Lo entiendo perfectamente. Cuando vuelva mi madre también deberemos explicarle.

—Lo haremos, amor —dijo Leo estrechándole la mano. Richard sonrió y también ella. Habían pasado el primer filtro.

—Ahora, enfréntate con tus hermanos, porque después de todo lo que te has metido con ellos por emparejarse, se van a vengar.

—¿Ves? Te lo dije. Y... hay otra cosa. Puesto que Harper es también una creadora de contenido y saldrán las fotos... quizá vengan paparazzi.

—Lo que nos faltaba —dijo Margot con una expresión de contrariedad—. Sabes que estamos en un momento delicado, hijo.

—Ya, pero igualmente iban a venir.

—Está bien, lo afrontaremos como la familia unida que somos —dijo Richard—. Menos mal que ya tienes cama de matrimonio en tu habitación. Te quedarás, ¿verdad?

—Unos días. Esperaremos a que todo se tranquilice para volver a Nueva York.

—Pues bienvenida otra vez a la familia, Harper.

Más relajados, entraron en la cocina, donde escucharon un ruido de pasos corriendo. Leo bufó. Allí estaban todos, recién sentados alrededor de la mesa, haciendo como si no pasara nada.

—Habéis estado escuchando, pues ya lo sabéis. Ella se queda unos días, mientras me recupero.

—El que se reía de nosotros por estar enamorados —dijo Charlie.

—El que decía que era un intenso —dijo Jacob.

—Tú siempre eres intenso —comentó Sophie. Había llorado—, aun así, me he perdido la boda de mi hermano. No me parece bien.

—Organizaremos una fiesta en el jardín —dijo Richard dándole un abrazo—, como si se hubieran casado en casa, como Bella. Y bailaremos todos juntos.

—¡Sí! —exclamó entusiasmada Sophie.

—Siéntate, Harper —dijo la hermana embarazada—, que este tío es incapaz de decirte que lo hagas. Tráenos algo de beber, anda.

Leo la soltó de la mano y se sentó con ellas. La mujer pelirroja, Ruby, se puso a su lado.

—Yo también soy una nueva incorporación a la familia. No te preocupes, dan un poco de miedo al principio.

—Supongo que no estoy acostumbrada a tantos hermanos. Soy hija única.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué más?

Sophie estaba con un cuaderno abierto y Leo, al verla, bufó. Pero Jacob le dio una colleja y siguieron preparando algo de aperitivo y para picar. La puerta de la casa se abrió y Sophie dejó sus cosas y fue corriendo a recibir a los recién llegados.

—Mack, Lorelai, Leo se ha casado en secreto.

Harper suspiró. Bella le dio la mano.

—Te acostumbrarás. Está escribiendo un libro sobre la familia. Entonces... ¿lleváis mucho tiempo saliendo?

Y ahí estaba el interrogatorio. Suerte que le había contado algunas cosas.

—Unos meses. Supongo que no es como vosotros que os enamorasteis desde jóvenes.

—En eso te doy la razón. Ruby y Charlie también se enamoraron en poco tiempo. Y Mack, que es el que aparece por la puerta con el rostro serio.

—Mack, mi... Harper —dijo Leo poniéndose con rapidez a su lado, como si la quisiera proteger—. Ellos son Mack, Lorelai y Fran.

El recién llegado puso la misma cara que su madre. Pero la mujer, de aspecto latino y con una gran sonrisa, la abrazó con cariño. Un niño de unos seis años pasó corriendo y le dio la mano a Sophie.

—Bienvenida a esta bendita locura —dijo Lorelai—, ¿así que casados?

—Sí, la semana pasada. Antes de todo el ataque y eso. Iba a ser... secreto de momento, pero bueno, todo se ha precipitado.

—Enhorabuena a los dos —dijo Mack serio. Lorelai le dio un codazo y sonrió, le dio otro y abrazó a Leo, luego a Harper.

—Mi hombre tiene unas reacciones emocionales de una ameba.

Se echaron a reír y él se encogió de hombros. Luego, todos pasaron a la cocina. No había sitio para sentarse y la mayoría de los hermanos se quedaron de pie. Ruby le hizo sitio y Lorelai se puso a su lado. Enseguida comenzó a sentirse cómoda a pesar del barullo y del constante escrutinio de las dos hermanas.

—Entonces, ¿creadora de contenido? —preguntó Ruby.

—Sí, me especializo en restaurantes, así nos conocimos, íbamos a colaborar en un viaje gastronómico y bueno, así se quedó. En el fondo, me encantaría trabajar en un restaurante, mi padre era cocinero.

—Lo perdiste... lo siento. Pero oye, mi hermano va a abrir uno justo al lado de la galería de arte de Jacob, y después de la inauguración del primo de Lorelai, picaremos algo, ellos harán el cáterin y tal vez puedas ver el restaurante. No te digo que hagas una reseña si no te gusta, pero quizá...

—Estaré encantada, Ruby. Ahora somos familia.

Ella sonrió y Lorelai la volvió a abrazar. Ella era la cariñosa de la familia. Ruby también parecía amable, pero más distante. Bella era controladora y Sophie, curiosa. Aunque sentía que estaba dolida por no haber celebrado la boda con ellos. Sacó su móvil.

—Sophie, nos hicieron fotos de la boda, ¿quieres verlas? Tu hermano estaba muy guapo.

—Yo también quiero verlas —dijo Bella.

—¿Y si las pongo en el proyector? —dijo Charlie. Esto se les iba de las manos. Miró a Leo, pero estaba distraído, hablando con Mack y Jacob. Asintió.

Enseguida el hermano actor trajo un proyector portátil y conectó su móvil. Había guardado las fotos que se tomaron en una carpeta aparte, incluidas las del fotógrafo, así que conectó la presentación.

Ella aparecía arreglándose, peinándose, seria, luego sonriendo. Leo aparecía con la camisa, mirándola con intensidad, recordó que

fue cuando le preguntó si quería seguir adelante. Leo y los demás se acercaron. La miró, confundido y se puso detrás de ella.

—Tienes cara de tonto, chaval —dijo Jacob en la foto que estaban en el altar, dándole el ramo. Se escuchó algún suspiro.

Luego las fotos pasaron a aquellas que se tomaron cuando amaneció con resaca, desnudo en su hombro, intentó pasarlas, pero se quedó pausada en la que se veía medio culo de Leo.

Los hermanos abuchearon entre risas y ella quitó el móvil, pero la imagen se quedó congelada en la pantalla.

—Joder —exclamó Leo. Se echaron a reír.

—Creo que todos te hemos visto el culo muchas veces, hijo —comentó Richard, tapándose la boca de la risa—. Las fotos son muy bonitas, chicos. Un precioso recuerdo. Pero mañana vamos a organizar una no boda, si no os importa.

—Pues... claro —dijo Leo apretando el hombro de Harper.

—Desde luego, aunque no tengo un vestido.

—Puedo dejarte el mío de boda, está aquí.

—Eres más alta, Bella —comentó Leo.

—Entonces nos vamos de compras —dijo Margot—. Ahora mismo.

—No es necesario, señora... Margot. Cualquier cosa estará bien.

—Pero nos hace ilusión a todos. Por favor, Harper —dijo mirando de reojo a Sophie que la miraba con los ojos brillantes. Asintió.

—Claro, vamos a ello.

Leo la miró preocupado, pero todos se levantaron dispuestos como una organización. Bella empezó a dar órdenes.

—Los chicos, a montar el altar, todo lo que usamos está en un rincón del estudio de Jacob. Sillas, lazos y demás lo vais poniendo en el jardín. Yo me quedaré aquí organizando.

—Yo ayudo a los chicos y por supuesto te maquillaré. Pero ir de compras no es lo mío.

—Iremos con Lorelai y mamá, no te preocupes.

Sophie le tendió la mano y se levantó. Lorelai le dio un cariñoso apretón y Margot fue a cambiarse. Leo la llevó aparte.

—Ten cuidado, Mini Villana es muy astuta.

—Joder, Leo, que no soy idiota.

—Lo sé. Y... gracias por esto. Nos vendrá bien después de tantos disgustos un momento de alegría para toda la familia.

—Suerte con tu hermana la tirana —dijo riéndose. Leo acarició su rostro.

—Venga, tío dale un beso, si total ya te hemos visto el culo —dijo Jacob dándole un puñetazo—, y que sepas que me voy a reír en tu cara toda la mañana.

Él resopló, pero se acercó a ella y le dio un suave beso en los labios.

—Nos vemos luego —dijo persiguiendo a Jacob para darle una colleja. Se lo quedó mirando extrañada. Leo cambiaba mucho cuando estaba con su familia.

—Son dos críos —dijo Sophie extendiendo su mano—, es que cuando se ponen los dos a decir tonterías... y anda que si empieza Charlie, no veas.

—Ya me doy cuenta, ya.

—Es una locura de casa, por eso y porque mi hija está en plan mandona, mejor nos vamos.

Margot, Lorelai, Sophie y ella se montaron en un elegante coche que sin duda pertenecía a la madre. Ella conducía con precisión.

—Antes de que digas nada sobre las compras, que sepas que las voy a pagar yo todas porque soy la madre del novio.

—Pero...

Lorelai le tomó del brazo y negó. —No te molestes, a Margot no le gana nadie a discutir. Déjate llevar —acabó susurrando. Sophie, que se sentaba de copiloto, se volvió y les guiñó el ojo.

Bueno, supuso que era lo correcto. Lo aceptaría, aunque ojalá estuviera su madre con ella. La echaba mucho de menos, claro.

—¿Quieres invitar a alguien, Harper? ¿Tu madre?

—Mi madre y mi tía están de crucero, no tengo más familia aquí, aparte de mi representante, que es como un amigo, pero anda por la ciudad, trabajando. Así que está bien.

—¿Y amigas?

—Bueno, las que tengo en la ciudad no creo que sean amigas de verdad.

—¿No tienes amigas? —exclamó Sophie volviéndose asombrada.

—A veces en el mundo de la creación de contenidos hay poca confianza, pero tengo un par de amigas que son sinceras, pero viven a miles de kilómetros. Nos vemos por vídeo llamada.

—Pues no te preocupes, que ahora somos tus amigas de aquí —dijo Sophie—. Lorelai es médico de niños, para cuando mi hermano y tú tengáis. Ruby es maquilladora y lo hace de maravilla, mi hermana Bella es un poco mandona, pero tiene ojos de cordero cuando mira a mi hermano Jacob y mamá es mamá, pero es buena con la familia.

—Mmm, gracias, hija. Supongo. Pero sí, tiene razón. Estamos aquí para lo que necesites, Harper.

Aparcó en una plaza en el centro. Ella estaba bastante callada porque... porque se horrorizaba de mentir a una familia tan maravillosa. Y se iban a gastar dinero en ella. Pero anotaría los gastos y se los devolvería cuando... cuando todo acabase.

Las cuatro fueron directas a una tienda muy elegante. Algunos periodistas estaban por ahí, rezagados, a la caza. Los reconoció enseguida y les hizo entrar en la tienda de prisa.

—Hay fotógrafos, quizá periodistas. No deberíamos haber venido.

—Si piensan por un solo momento que me van a acobardar, lo tienen bastante difícil. Harper, no me conoces, aunque quizá Leo te haya hablado de mí. He cerrado fusiones de millones de dólares con ejecutivos y varios CEO que pensaban que, porque era mujer, me iban a amedrentar. No lo hicieron. En cuanto a este puñado de sensacionalistas, en el momento en el que salga algo perjudicial de mi familia, en la que tú ya estás incluida desde esta mañana, los hundiré en la mierda de donde han salido.

—¡Mamá! Has dicho esa palabra que no me dejas decir —protestó Sophie. Lorelai sonreía y ella no pudo evitarlo. Era como una madre pantera.

—Por supuesto, estoy totalmente de acuerdo. He vivido de cerca los comentarios de odio y no suelen afectarme, pero si se meten con

mi familia, eso es otra cosa.

—Me gustas, Harper —dijo Margot acercándose al mostrador—. Buenos días, Maryann, quiero ropa para mi nueva chica.

—Claro que sí, es preciosa. ¿Qué necesitáis?

—Un vestido de no boda —dijo Sophie. La dependienta la miró extrañada, pero luego sonrió.

—Venid, tengo algo que os va a fascinar.

Las llevó por un almacén que estaba fuera de la vista del público hasta el caballete de su talla.

—Dios mío, esto es un sueño... —dijo Harper rozando con cuidado los vestidos.

—Tengo una colección privada que suelo comprar para mis clientas especiales. A veces son diseñadoras locales, otras, europeas y no tienen por qué ser terriblemente caras. Solo son vestidos especiales. Mira si encuentras alguno.

—¿Puedo grabar? Soy creadora de contenido.

—Sí, claro, adelante.

Ella deslizó la mano por algunos vestidos, hipnotizada. Lorelai cogió su móvil para grabarla mirándolos y entonces su mano llegó a uno. Lo paró. Lo descolgó y pensó que era el adecuado. Color azul claro, le recordaba a los ojos de Leo. De tirantes y con vuelo, espalda al descubierto, largo, pero no con cola. Miró a la dueña.

—Es perfecto para ti, Pruébatelo.

Le señaló el probador y enseguida se lo puso. Se recogió el cabello en un moño anudado y salió, nerviosa.

Margot se quedó callada, pero Lorelai y Sophie comenzaron a aplaudir. Sophie cogió el móvil y la grabó. Estaba emocionada.

—No se lo voy a mandar a Leo, no te preocupes, mamá.

Dio una vuelta y la tela, que hacía aguas azules, se movió unida a su cuerpo.

—Es un Dior vintage y parece que está hecho para ti —dijo la encargada.

—¿Te gusta? —preguntó Margot emocionada.

Ella asintió, sin poder decir nada más.

—Ponlo en mi cuenta. Y las sandalias.

Fue a decir algo, porque eran varios miles, pero Margot negó con la cabeza. Aceptó. Lo menos que podía hacer es no contrariar a la familia.

Luego se fueron a tomar un café en un lugar apartado, en una calle lateral, con la bolsa en la mano. Sophie también había insistido en comprar diademas azules para todas las chicas.

—¿Qué queréis, chicas? —preguntó la camarera dándole un beso a Sophie.

—Café solo —dijo Lorelai. Margot se apuntó, Sophie pidió un vaso de leche fría y ella un té frío.

—Muchas gracias, Margot, el vestido es un sueño.

—Voy a encargarme un ramo de rosas que predomine el azul, ¿te parece bien? Si quieres elegirlo, adelante.

—No, es perfecto. Siento mucho haberos disgustado —dijo, mirando a Sophie, sobre todo. Ella hizo un gesto con la mano.

—Qué va. Es que... me gustan las bodas de mis hermanos. Un día se casará Lorelai y Mack y otro Charlie y Ruby, pero la verdad, no pensábamos que Leo se casara. No es que haya ido con muchas chicas.

Lorelai se echó a reír. —Eso no lo sabes. Tu hermano es adulto.

—¿A que no hemos conocido a otras novias, mamá?

—Eso es verdad. Nunca nos ha presentado a nadie, Harper. Eres la primera. Y eso significa que puedes ser la última.

—Nunca se sabe —suspiró ella. Lorelai le echó una mano.

—Es cierto, las relaciones están hechas para durar cuando hay amor, pero a veces pasan cosas y no todas tienen por qué ser malas.

Sophie se quedó pensativa y Harper se sintió mal. Quiso entretenerla.

—¿Sabes que una vez me dieron albóndigas de grillos en un restaurante? —dijo y Sophie abrió los ojos, asombrada. Margot la miró, agradecida. La niña sacó su cuaderno y esperó.

—Cuéntame, por favor.

—No creas que fue en un país exótico, sino en un restaurante asiático en Minesota que decían que era experimental.

La niña tomaba notas.

—El caso es que me las ofrecieron, tenían un nombre extraño, pero me dije, hay que probar de todo.

—¿Estaban buenas? —preguntó Margot algo asqueada.

—Sí, sabían bien, pero crujían cuando las mordías.

Sophie abrió la boca asombrada, pero Lorelai se marchó corriendo al baño con la mano en la boca. Harper se levantó tras ella.

Cuando entró, vomitaba el desayuno.

—Ay, lo siento, lo siento mucho.

Le pasó una toalla de papel y ella se lavó la cara y las manos.

—¿Estás bien? Lo siento, de verdad —volvió a disculparse.

—Ay, diosito. No esperaba esto tan pronto. Pero entregarse al sexo con tanta frecuencia es lo que tiene.

—¿Estás embarazada?

—Creo que sí. A Mack le va a dar un ataque.

—Con lo que parece que te ama, será un ataque de amor.

—Tengo que comprar un test en una farmacia, ¿me cubres?

—Desde luego. Madre mía, menudo notición para la familia. No te preocupes, yo lo compraré y te lo doy en la casa.

—Con Fran me pasaba también, había algunas cosas que me hacían vomitar al instante.

—No volveré a hablar de ciertos... alimentos, te lo prometo.

—No tienes culpa. Será mejor que volvamos y disimulemos. No quiero decir nada porque Sophie se emocionará demasiado. Además, es Mack quien debe saberlo primero.

—Sin problema.

Le dio un abrazo. Cuando salieron, Margot las miró, pero ellas solo sonrieron y le quitaron importancia. De camino al coche, Harper vio una farmacia.

—¿Os importa esperarme un momento? Tengo que comprar algo.

—Claro, nos quedamos en el coche.

Lorelai la miró agradecida. Cruzó la calle rápido y entró en la farmacia. Detrás entraron dos jóvenes y ni los miró. Compró dos test de embarazo, por si acaso y los metió en el bolso. Luego, se fueron

hacia el coche. Cuando llegaron, se los pasó a Lorelai con disimulo y fue a dejar el vestido en la habitación de Leo, pero Sophie y Margot la acompañaron fuera, al jardín.

—Jacob tiene un estudio donde pinta y Bella se vistió allí cuando se casó. Lo hemos puesto bonito y se quedó así, con un gran espejo, flores. Ya verás.

Sophie la tomó de la mano y caminaron dos minutos hasta lo que parecía un invernadero. Estaba lleno de cuadros y caballetes, también había equipos de gimnasia y una zona decorada con flores artificiales, con una pequeña plataforma y dos espejos, para verse por delante y de espaldas. Ella abrió la boca asombrada.

—Esto es precioso, no tengo palabras.

—Lo decoramos Bella y yo —dijo Sophie orgullosa.

Colgaron el vestido en un lado para evitar que se arrugase. Harper suspiró.

—Sophie, anda, adelántate, que tengo que hablar con la novia.

—Vale, mamá. Cosas de mayores. Ya tengo ganas de cumplir por lo menos catorce y que me incluyáis en todas las conversaciones.

Se marchó canturreando y Margot se quedó sola con ella. Harper se había puesto nerviosa y quería confesarle todo, aunque no debía.

—Leo es... bueno, es Leo. Supongo que sabrás que desde bien joven se fue de viaje para documentar el mundo... pero pienso que fue una huida hacia delante. Entiéndeme lo que quiero decirte. Lo amo, como a todos ellos. Solo que no es de los que se comprometen, ¿sabes? Por eso, me preguntaba si, al final, todo esto es algo... comercial para ambos. Y perdona si te ofendo.

Ella fue a contestar, pero Margot la paró.

—No, prefiero que no me digas nada, Harper. A lo que voy es que amo a esta familia de una forma absoluta. Y si hipotéticamente hubierais hecho algo así, sería con consentimiento de ambos, lo que me parece perfecto. Solo que, llegado el caso de romper, si llega, procurad que sea suave, por Sophie, por los demás. Solo te pido eso, Harper.

Se marchó, dejándola sola, pensativa y con lágrimas en los ojos. Se sentía como un gusano. Ni siquiera había podido rebatirla.

Salió, caminando sin rumbo y llegó a un muelle donde se mecía un barco de tamaño mediano. Le sonaba haberlo visto en las redes de Leo. Se sentó, aunque no le llegaban los pies al agua. Gusano era lo mejor que podía decirse. Todo lo habían hecho por los seguidores. Suspiró, con las manos entrelazadas, mirando hacia el fondo del lago y a punto de echarse a llorar.

Sin embargo, el lago, calmado y con un oleaje suave, la tranquilizó. Escuchó unos pasos y Leo se sentó a su lado.

—Has encontrado nuestro rincón de pensar.

—Eso parece.

—¿Qué tal el vestido?

—Precioso. Margot lo ha pagado sin discusión —dijo sin mirarlo a la cara.

—Bueno, ella es así. Pero te pasa algo más.

—No. Nada —dijo. Había decidido no contárselo porque si no, tal vez él se sentiría peor—. Es que tu familia es encantadora y me siento abrumada por lo bien que me han recibido.

—Ya, siendo una farsa, claro.

Pasó el brazo por sus hombros y la apretó a él. Ella se limpió una lágrima.

—Siento haber sido tan borde, Harper. Me sorprendió, pero hiciste bien. Es que todo lo relativo a mi familia es...

—Tuyo. Lo sé. Quieres protegerlos de todo. Yo haría lo mismo con la mía.

—Y no quiero que sufran. He estado hablando con mi hermano, aunque no le he dicho nada y me jode mentirle. Se ha extrañado de mi enamoramiento repentino, pero tenemos a Mack y Charlie como excusa, ellos se enamoraron así de rápido. Por eso, lo nuestro también cuele.

—Ya. ¿Se han metido mucho con la foto del culo?

—Todo el tiempo. Ni te imaginas. Ahora me llaman *Culoman*. ¿Tú te crees?

Ella lo miró y soltó una carcajada. Él la apretó con afecto.

—Creo que deberíamos prepararnos unos votos o algo así. Hacerlo emotivo, porque si no a mi hermana pequeña le dará un

ataque.

—No quiero hacerles daño.

—Lo sé. Yo tampoco. Dejemos pasar unos días, a ver qué pasa, ¿vale?

El sonido del teléfono la sobresaltó. Kevin. Y Leo también recibió un mensaje de Agatha.

—¿Y ahora qué? —dijo con fastidio. Abrió la aplicación. Ambos tenían las mismas fotos. Una, en el balcón de Las Vegas y la otra en la farmacia con un test de embarazo.

Leo la miró y ella negó.

—No era para mí. No estoy embarazada.

—Madre mía, se van a pensar que sí. Mi familia. O sea, siempre he querido tener hijos, pero.... Joder.

—Que no, Leo, que ayer estuve con mi periodo. Y no hemos hecho nada, ni cuando llegaste bebido y te desnudaste. No quería decírtelo, pero eran para Lorelai.

—Madre mía, eso es un notición para Mack. Volvamos a casa, minimicemos daños.

—Quizá no lo hayan visto.

Pero al llegar al jardín, de la mano, Sophie fue corriendo a abrazarlos y luego se puso en la barriga de Harper a decir cosas bonitas.

—Lo siento, pero se ha puesto muy nerviosa —dijo Margot recogiénola—, hija, no sabemos si van a tener un bebé. Tranquila.

—Pasemos dentro.

Toda la familia estaba reunida en la cocina, unos sentados, otros de pie. Miró a Lorelai y ella le guiñó un ojo.

—Hijo, ¿es cierto?

—Siento deciros que no, no vamos a tener un bebé —dijo Leo. Sophie lo miró decepcionada.

—Eso no era para Harper, sino para mí. Le pedí que los comprara —se volvió hacia Mack—, lo siento, doctorcito, te lo iba a decir luego, pero vas a ser papá.

Él se quedó quieto, sin reaccionar.

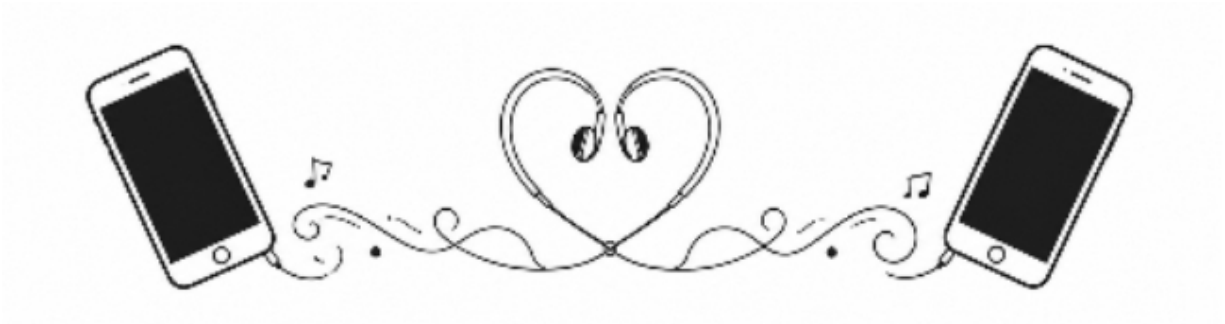
—Ay, diosito, que le ha dado un síncope.

Pero luego sonrió y abrazó a Lorelai, dándole un beso que los hizo abuchear y aplaudir a partes iguales. Todos corrieron a felicitarlos. Leo incluido.

Harper se quedó mirándolos e hizo algunas fotos, era un momento que todos querrían recordar. Pero ella... solo se sentía como una farsante.

CAPÍTULO 9. ¿REVOLCARSE ES REVOLCÓN?

Leo



Llegó la hora de acostarse. El jardín ya estaba totalmente adornado en tiempo récord gracias a las órdenes de Bella y el apoyo de su lugarteniente Sophie, encargada de transmitir las órdenes de la jefa a todos. Ellos solo habían estado obedeciendo y, aunque no iban a tener invitados, sí que acudirían algunos amigos.

Subieron a las habitaciones, Jacob y Bella se dirigieron a la de Mack donde dormían por el momento. Él se giró hacia su hermano.

—Recuerda que estás con una conmoción, no te agites demasiado.

Harper se volvió, nerviosa y él fulminó con la mirada a Jacob.

—Como cuando te encerrabas con Bella y os escuchaba suspirar. Es patético, Jacob.

—Basta los dos —dijo Bella—. A la cama. Buenas noches, Harper y disculpa por el coeficiente emocional de los gemelos. Son majos, pero a veces vuelven a los dieciséis.

Harper sonrió y entraron en la habitación. Le mostró donde podía dejar sus cosas y el baño. Una vez que ella se había puesto el pijama, se quedó de pie, mirándolo. Él abrió la cama y le dejó sitio.

—Supongo que no te importa. Quedaría raro si durmiera en el sofá.

—Claro, Leo. Oye, siento de verdad haberme presentado así. En mi cabeza salía de otra forma.

—Ya está hecho. A dormir. Mañana nos vamos a casar de nuevo —suspiró él.

Se metió dentro con él. No pudo evitar oler el suave perfume de su crema y se recostó con los brazos doblados bajo su cabeza. Ella se giró hacia él.

—Tu familia es genial, pero me siento horrible.

—Lo sé. Yo también, no creas.

—Al menos tu padre está mejor. ¿Cómo llevas la cabeza?

—Mejor. Te voy a contar más sobre lo que pasó para que estés preparada, sobre el acoso que le hicieron a Ruby, las peleas y el juicio.

Se lo fue contando mientras ella asentía escuchando atenta. Poco a poco se fue sentando frente a él y puso la mano sobre su estómago, acariciándolo, y su cuerpo comenzó a reaccionar. Dobló las dos piernas y dejó de hablar. Su mente ya no coordinaba. Solo miraba sus labios al decir palabras de consuelo, su rostro apenado y la forma graciosa en la que inclinaba la cabeza, como si de esa manera pudiera escuchar mejor. Ella se acercó un poco más y lo miró.

—¿Qué te pasa? ¿Te entristece hablar de esto? ¿Te encuentras bien?

Y él hizo una estupidez. La rodeó por la cintura y la atrajo a su pecho. Ella se quedó quieta, sorprendida. Sus labios estaban a la distancia de una respiración.

—Leo, ¿qué?

Después llegó la segunda. Se acercó y la besó. No porque tuviera que hacerlo o porque hubiera una cámara. La deseaba. Posó sus labios con suavidad y ella apoyó sus manos en el pecho, pero no se

apartó. Sintió que ella se giraba para acomodarse sobre él y abrió la boca. El beso profundizó y Harper no se retiró, así que la colocó sobre él. Sus piernas entre las suyas y notaría sin duda lo excitado que estaba. Pero ella se retiró, deprisa, golpeándole con el muslo en un punto sensible. Él gimió y luego le dio una punzada en la cabeza. Ella se levantó de la cama, llevándose la sábana y se enredó, cayéndose al suelo de culo.

Llamaron a la puerta y entró Jacob sin avisar. Los miró. Leo levantó las piernas y él una ceja. Se giró.

—Están bien, tranquilos. Juegos nocturnos.

Escuchó unas risitas de alguien del pasillo y lanzó la almohada con fuerza a su hermano, que cerró la puerta.

—Joder, no se puede tener intimidad en esta casa —dijo en alto. Todavía escuchó algunas risas.

Se levantó y ayudó a Harper a desenredarse de las sábanas. Ella estaba sonrojada.

—Lo siento, Leo. Ha sido una reacción desproporcionada.

Tomó su mano y la levantó hasta quedar cerca de él. Retiró el cabello revuelto de su cara detrás de la oreja y sonrió.

—Vamos a tener bromas sobre esto durante mucho tiempo, ¿lo sabes?

—Eso veo. En realidad, ha sido gracioso.

Y, de repente, ella soltó una carcajada. Él la miró y se echó a reír también. Se acostaron el uno al lado del otro, mirándose de frente.

—No siento haberte besado porque me apetecía, Harper y no puedo evitar excitarme, eres preciosa y te deseo. Pero entiendo muy bien que no quieras hacer nada, implicarte... más, por decirlo así y no volveré a hacerlo, excepto supongo que mañana, cuando nos no casemos, que nos pedirán un beso.

—Gracias, Leo. Entiendo muy bien que te excites porque yo también lo he hecho, pero me da miedo colgarme de ti sabiendo que esto es un contrato y que es temporal. Me pareces un tío muy atractivo y desde luego que podría acostarme contigo. No digo que sea enamoradiza, pero tienes muchas razones para que lo haga. Y, sinceramente, no quiero estropear lo que tenemos.

Leo asintió, en silencio.

—Si tuviera que enamorarme de alguien, sería muy parecida a ti. Preciosa, inteligente, con una gran personalidad, y otras muchas cualidades que tienes. Lo mejor, que les has caído a mi familia de maravilla. Pero como dices, si... ocurriera eso de acostarnos y gustarnos más, sería raro.

—Sí mejor nos dormimos. Además, te puede doler la cabeza.

—Sí. Descansa. Gracias, Harper, por todo.

—Vale... sí. Gracias también.

Se quedó boca arriba mirando al techo y de vez en cuando la escuchaba suspirar hasta que se debió dormir. Claro que era una mala idea acostarse con ella porque si ella decía que no quería quedarse colgada, para él ya era tarde. Había empezado a gustarle mucho y eso era una putada.

CAPÍTULO 10. NUEVA EN LA CONVIVENCIA

Harper



Le costó dormirse mucho, pero lo consiguió. Se despertó de lado y Leo estaba detrás, haciendo la cucharita. Respiraba hondo, por lo que pensó que estaba dormido. Su brazo torneado estaba en su cintura, debajo de la camiseta y cerca de su pecho. Su culo estaba pegado a él y sin duda, haría una buena tienda de campaña. Intentó moverse, pero el brazo de Leo era pesado y la agarraba fuerte.

Él se metió en su cuello y le dio un beso. ¿No habían dicho que nada de carantoñas en privado? Suspiró y la llamó.

—Será mejor que me sueltes, Leo.

Él se apretó más a ella. MoviÓ la cabeza como pudo. Él tenía los ojos cerrados. ¿Pues no se estaba frotando dormido?

Se separó, pero él la atrajo hacia sí. Entonces lo decidió, le dio un suave codazo para soltarse, pero nada. Era como un muerto de noventa kilos que no había manera de mover. Se retorció para volverse hacia él y Leo se acomodó en su cuello, besándolo y poniendo su piel erizada. Sería fácil dejarse llevar y ella también tenía ganas, pero... no era eso lo que habían hablado. Lo apartó con

algo más de brusquedad y él protestó. Cogió su mano para retirársela. ¿En serio pesaba tanto un brazo humano?

Acabó sentada en la cama, casi sudando y mirándolo dormir. Él murmuró algo que no llegó a entender y logró apartarse. Se giró y extendió el brazo, parecía buscarla, pero se levantó, cogió la toalla y salió corriendo a la ducha. Una vez acabó se envolvió el cabello para secárselo y comenzó a cepillarlo. Enseguida llamaron a la puerta. No estaba acostumbrada a compartir baño, así que abrió, algo molesta. Bella sonrió apurada.

—Me hago pis, lo siento.

—Ah, tranquila, me voy.

Cogió su ropa y se fue a la habitación. Cuando entró, Leo estaba desnudo, vistiéndose. Se quedó con la boca abierta. O sea, ya había visto su cuerpo, pero cada vez le gustaba más. Él se volvió, dándole una buena perspectiva de su hermoso culo.

—Tu hermana tenía que ir al baño.

—Sí, claro. Es lo que tiene compartir casa. Vístete, no me giro.

—Tengo que darme crema y eso. Tardaré un poco.

—Entonces me visto yo y te espero abajo.

—Por favor.

Se vistió con un pantalón suelto y una camiseta. Luego, se revolvió el cabello y salió con una sonrisa. Ella suspiró. ¿Por qué le estaba empezando a gustar demasiado esta convivencia? Incluso esa parte juguetona que tenía al relacionarse con sus hermanos. Ella jamás había vivido algo así y le parecía gracioso. Un poco agobiante, pero agradable.

Se dio sus cremas y se puso unos shorts y una camiseta. No sabía qué tipo de ropa vestirían, pero le parecía que no eran tan formales como se suponía en una familia tan adinerada. Casi le entraron sudores.

Kevin le envió un mensaje.

Voy para allá, para tu no boda. Menos mal que me lo contó Agatha.

Es que ha sido muy repentino y estabas trabajando.

Nena, ¿ir a la mansión Cresswell y ver cómo viven esos ricachones? No me lo perdería por nada del mundo.

Son muy normales, Kevin, pero claro, vente. Creo que lo quieren hacer por la tarde, sobre las seis, cuando el sol esté bajando. Ni te imaginas lo que han organizado.

Por cierto, hoy salen las imágenes de la boda de Las Vegas. El robado que hicimos salió anoche. No sé si lo has visto.

La verdad es que no. Estoy algo desconectada.

Pues ha sido la monda. Tienes como diez mil seguidores más en unas horas y creo que Leo algo parecido. Con la boda arrasaremos.

Sí, vale, muy bien.

¿No te alegras?

Estas personas son encantadoras. No me gusta haberlas engañado. Ojalá no hubiéramos hecho esto.

Serán unas semanas, Harper. Leo les explicará.

Me sigo sintiendo muy incómoda.

Esto te alegrará. Nos han contactado una agencia para comprar unas fotos vuestras paseando por Los Hamptons. Algo romántico. Imagino que Agatha se lo habrá dicho a Leo.

Bufó impaciente.

Lo hablaré con él.

Es una de las grandes, Harper. No es bueno negarse. Serán quince minutos de paseo y vosotros a vuestro aire. Y... ¿cómo se lo ha tomado Leo?

No le gustó que me presentara de repente y sin avisar, pero hemos quedado en seguir con la farsa. Por su familia.

Buenos chicos. Nos vemos pronto.

Colgó y salió de la habitación, casi tropezándose con Jacob, que la saludó con una sonrisa tímida.

—Soy Jacob —dijo levantando las manos y dando un paso atrás.

—Aunque seáis gemelos, sois muy distintos. ¿O acaso Bella se confundiría con Leo?

—Por supuesto que no.

—Ya me has contestado.

Bajó delante con una sonrisa. Empezaba a cogerle el gustito a las bromas familiares. En la cocina había mucho lío. Charlie, el hermano actor estaba haciendo tortitas y Leo andaba preparando la mesa. Le sonrió al verla y le indicó un asiento libre al lado de Bella que estaba quemándose al comer una de las tortitas.

—No se lo digas a mi marido, pero las de mi hermano Charlie son insuperables.

Ruby soltó una carcajada. Ellos habían dormido en casa de Mack, pero ya estaban allí a primera hora.

—¿Qué le voy a hacer? Todo por mi sobrino.

Sophie entró corriendo con Fran y se sentaron frente a las chicas. Vio al padre pasar por la puerta de la terraza. Sus hijos se callaron. Bella se limpió las lágrimas. Supuso que pensar que iba a morir y verlo de nuevo más o menos bien era todo un alivio. Ojalá le hubiera pasado eso a ella. Bajó el rostro concentrándose en el café que le había traído Leo. Sintió una mano que acariciaba su nuca y lo miró. Él la miraba como si supiera lo que ella sentía.

Mack y Lorelai entraron en la cocina. Abrazaron a la doctora con alegría y Bella le hizo sentarse a su lado.

—Ven aquí, compañera de embarazo. Prueba las tortitas de Charlie, son lo mejor para nosotras.

—Oye... —protestó Jacob. Ella le mandó un beso y Leo le dio una colleja. Se puso detrás de Harper apoyado en la encimera con un café y una tortita.

Charlie dejó un plato lleno en medio y todos se lanzaron. Leo se metió entre ella y Ruby y pilló un par para ambas.

—Esto es la ley de la selva, si no os dais prisa, desaparecen y más con dos embarazadas.

—Eres malvado, Leo —dijo Bella cogiendo otra.

—Bueno, ¿cuál es el plan? —preguntó Richard mirando a Bella. Ella se aclaró la boca con la infusión y empezó a hablar.

—Leo ha dicho que tenían compromisos publicitarios por la mañana, así que podemos hacer la ceremonia por la tarde, y de

paso, nos da más tiempo a preparar algunos detalles más, si a la novia le parece bien.

—Carta blanca, Bella.

Ella sonrió satisfecha.

—Tenéis el día libre, una vez que ayudéis con todo, y a las seis nos ponemos guapos y hacemos la fiesta. Luego mamá y yo hemos contratado un cáterin para picar; lo traerán sobre las ocho, y un DJ para bailar.

Sophie aplaudió escandalosa y Harper, que iba a protestar, se quedó callada. En el fondo, todos lo hacían por la hermana pequeña. Sonrió y asintió. Bella vocalizó un gracias cuando su hermana pequeña miraba al otro lado.

—Si has terminado, ¿vamos a pasear por la playa? —preguntó Leo.

Ella se levantó. —Muchas gracias por el desayuno. Las tortitas estaban espectaculares, Charlie.

Él le hizo un saludo militar y le guiñó el ojo. Leo le dio la mano y salieron por la puerta del jardín. Cuando ya estaban alejados, él se giró, mirándola a los ojos.

—Muchas gracias por todo esto, Margot me dijo que Sophie estaba muy disgustada. Ella llora muy pocas veces y se dio un buen berrinche.

—Lo siento de verdad. Es una niña monísima.

—Ya. Esta mañana me ha dicho que le encantabas. Joder, se va a llevar un buen chasco.

—No pensamos del todo en las repercusiones.

—Kevin te ha dicho lo de las fotos en la playa, ¿no?

—Sí. ¿Has quedado en algo?

—Nada del otro mundo. Paseemos y que seamos naturales. Desde este lado no nos verán los paparazzi, creo. Aunque tampoco hay tantos. Imagino que cuando publiquen lo de la boda aumentarán.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó cuando llegaban a la playa. A esas horas no había demasiada gente.

—Si te parece paseamos, nos paramos, nos sentamos en la arena, puedo besarte si no te importa... esas cosas.

—Claro, me parece bien. Hagamos teatrillo.

—Eso.

Se quedó callado y continuaron caminando hasta el centro de la arena. Como en esa zona no había nadie, se descalzaron y metieron los pies en el agua. Él la tomó de los hombros, la apretó a él y le besó en la coronilla. Ella levantó la cara y Leo se agachó para darle un suave beso. Tampoco iban a montar una película porno, desde luego.

Después se sentaron y se quedaron callados, mirando el mar. Él levantó el brazo y ella se refugió en su pecho.

—Este lugar es precioso, Leo. Es un privilegio vivir aquí.

—Me compré una casa en Miami. Quería algo así, algo mío, pero no puedo compararlo, aunque las aguas sean más cálidas o cristalinas. Esto para mí es hogar.

—¿Vas a comprarte una casa aquí?

—Me lo estoy planteando. No quiero vivir siempre en casa de mis padres y, de todas formas, tengo mi apartamento en la ciudad. Pero volver aquí siempre me tranquiliza. Creo que me he cansado de viajar tanto.

—¿Y qué quieres hacer?

—Lo más cojonudo es que con la edad que tengo, no lo sé. ¿No te parece patético?

Ella se volvió y negó con la cabeza.

—No me parece mal, Leo. Estás en un momento de cambio. Es posible que yo también, aunque todavía no estoy segura de qué haré. Sé que esto no será. El precio que estamos pagando por los seguidores no me parece justo, sobre todo para tu familia.

—Entonces, ¿te montarás un restaurante o algo así?

—No lo creo. No me siento preparada. Hoy cualquiera puede pensar que, si no tiene trabajo, puede montarse un bar, pero la verdad es que se necesita mucha formación para ello.

—Pero tu padre era cocinero. Dijiste que le ayudabas.

—Aun así. Preferiría empezar desde cero y dentro de unos años, ¿quién sabe?

—Me alegro de que tengas un plan más o menos claro.

—Déjame ayudarte a pensar. Querías ser actor, ¿no?

—Quería. Pero mira lo difícil que lo tiene Charlie.

—Quizá puedas acceder más fácilmente por tus seguidores.

—Agatha está hablando con la representante de Charlie y de momento no han podido conseguir nada.

—No es cuestión de semanas, Leo —dijo ella riéndose.

—Te voy a besar otra vez, ¿vale?

—Sí, claro.

Él se acercó y esta vez el beso no fue tan suave. Él la tomó del rostro y profundizó un poco más. Sabía a café y canela. Ella se relamió al separarse. Se la quedó mirando.

—Si haces eso, tendré que cogerte al hombro y llevarte a nuestro barco.

—¿Barco?

—Sí, en el muelle. Un lugar para estar a solas.

Ella soltó una risita nerviosa. —Mejor seguimos con las opciones. Si no fueras actor y no te dedicaras a viajar por todo el mundo, ¿qué te gustaría hacer?

Él miró hacia el mar, sin contestar. Ella se acercó y pasó una mano por su cabello, apoyándose en su hombro.

—Algo vendrá, Leo. Mientras, nuestros seguidores han aumentado y seguramente te salga algún contrato para visitar un sitio maravilloso que causará la envidia de muchos.

—Sí, supongo. Oye, Harper. En serio, me gusta besarte. Mucho.

Él la miró fijamente.

—Si a ti no te gusta, podemos...

—No, que va, me gusta. Pero me preocupa.

—¿Qué te parece si disfrutamos de este fin de semana? De la fiesta, de la no boda, de la familia... Yo me encuentro mejor y podemos ir a la ciudad. Bella y Jacob también volverán y los demás

también irán a sus ocupaciones. Solo son dos días en los que no tenemos que pensar. ¿Te parece bien?

—Me parece muy bien. Dos días. Después volvemos y preparamos un plan.

—Gracias de nuevo, Harper. Entonces, ¿puedo besarte a menudo estos dos días? —preguntó con una sonrisa traviesa. Ella asintió y él se lanzó entre risas y la tiró al suelo, llenándola de arena.

Le dio un beso y se levantó, estirando la mano para que ella la cogiera. Le sacudió el trasero con algo más que una caricia y ella sacudió el pelo.

—Veo que quieres pelea, Leo. Y la tendrás.

Él se echó a correr entre risas y comenzó a perseguirlo. Se notaba que él se retenía, sabía que estaba en forma. Así, corriendo y riéndose, llegaron al jardín. Bella estaba echada en una hamaca con una limonada en la mesa y un cuaderno donde tomaba notas. Jacob se sentaba con ella, mirando lo que había escrito.

—¿Tienes bikini? Bella podría dejarte uno. La piscina está de vicio.

—Vale.

—Jacob, dale a la esposa de tu hermano mi bikini azul, es perfecto para ella —dijo Bella que estaba echada en la sombra.

—Vamos, a ver si lo encuentro —dijo el gemelo. Leo también iba a buscar un bañador.

Lo siguió algo alterada. Su corazón palpitaba alocado por los besos de Leo y por un momento, deseó que todo esto fuera verdad.

Capítulo 11. La no despedida de solteros

Leo

Bajó rápido y Bella lo llamó. Miró hacia la casa, pero Harper no estaba por ahí así que se sentó junto a ella.

—Puede que Jacob tarde en encontrar el bikini. Oye, Leo. Te veo bien, aunque me parece que todo ha sido muy precipitado. Mamá me dijo que teníais un contrato prenupcial y eso me hace pensar que no fue una idea loca, sino algo premeditado.

—A veces pasan estas cosas.

—Y luego las fotos de la boda. Acaban de salir y son preciosas, pero... joder, Leo, júrame que no es una boda falsa porque si es así nos vas a romper el corazón. A Mini Villana, sobre todo.

—Al principio fue algo así, pero ahora ya no sé qué pensar —acabó confesando él—, pero por favor, no se lo digas a nadie.

—Maldita sea, Leo, ¿en qué pensabas? ¿En qué pensabais ambos? Porque Harper me parece una chica estupenda. No creo que tuvieseis ninguna necesidad económica.

—Bella, si quieres a esta familia más vale que tengas la boca cerrada, incluso con mi hermano. Al menos este fin de semana.

—¿Y qué vais a hacer luego? ¿Romper? ¿Volveros a hacer fotos disgustados y llorando por las esquinas? En serio, Leo. Pensaba que eras más sutil.

Chasqueó la lengua y se echó en la hamaca con los ojos cerrados. ¿Cómo había podido pensar que engañaría a las dos mujeres más inteligentes que conocía?

—Todo se ha precipitado, el ataque, el juicio... no teníamos nada de esto planeado. Cuando volvamos a la ciudad, hablaremos y pensaremos en algo bien. Dame este fin de semana en paz.

—O... hay otra opción, Leo —dijo ella incorporándose y mirándolo con media sonrisa.

—Ilumíname.

—Creo que te gusta de verdad. Y por las miraditas que te echa y que no creo que sean fingidas, tú también. ¿Por qué no la conquistas de un modo impresionante para que ella caiga rendida a tus pies?

—Por Dios, Bella, lees demasiadas novelas románticas. La cosa no va a así.

—¿Por qué no? Dame una buena razón.

—Porque ambos estamos haciéndolo por nuestra carrera sin ningún otro interés personal.

—A otro niño con ese cuento, Leo. Que tenemos ojos en la cara. ¿Ya te has acostado con ella?

—Bella, joder.

—Vale, eso es que no. Pues si eres parecido a tu hermano y no quiero pensar en ello demasiado, serás muy aceptable para ella. Y puaj, no quiero pensar en ti con... en fin. Ya me entiendes. El barco sigue libre. De hecho, lo tendrás a tu disposición con una botella de champán y algo para picar para esta noche. Jacob se ha encargado de dejaros también otros elementos de aseo y de... bueno, condones.

—Joder, Bella, me cortas todo el rollo.

—Es que nosotros no los vamos a necesitar de momento y si no se usan, caducan. Bueno, que después de la boda te la llevas en el barco y ahí la conquistas.

—No es mala idea.

—Lo sé. Se me ocurrió a mí. Ya baja y he de decir que le queda el bikini mejor que a mí, maldita sea.

Se echó a reír y se levantó para ir a buscar a Harper. Era cierto, le gustaba y podría al menos intentar que ella sintiera algo por él. Dejó una toalla en la hamaca y él se acercó, de repente la tomó en brazos y se tiró a la piscina con ella. Ella gritó. Enseguida salió Charlie que se quitó la camiseta y se tiró con los pantalones cortos, seguido de Jacob. Leo se puso a Harper que tosía en la espalda y se enfrentó a sus hermanos.

—No me arrebatáis mi tesoro ni locos.

Ella gritó en su espalda y se agarró con piernas y brazos mientras los otros dos se acercaban amenazadores, pero entonces salió Sophie.

—¡Basta, niños! Que ella no se sabe vuestros juegos locos. Déjala en la orilla, Leo y os hacéis aguadillas como cuando erais tontos adolescentes.

Dejó que se fuera y sus hermanos se lanzaron a por él. Después de hacerle tragar agua varias veces y de que él bajara los pantalones a Charlie dejándolo en pelotas, acabaron el juego. Harper estaba sentada en una hamaca con Bella y Sophie, paseando por el borde de la piscina y mirándolos con una expresión de paciencia infinita. Se acercó a Harper cuando ellos salían,

enredando. Charlie volvió a caer a la piscina, empujado por los gemelos.

—Ya le hemos explicado que eso lo hacíais con Bella. Ahora sé por qué siempre se la pedía Jacob.

Ellos rieron. Leo se sacudió el pelo delante de las chicas, luego se colocó junto a Harper y ella se recostó en su pecho.

—Estás fresquito. Eso sí, si me vuelves a tirar a la piscina sin avisar no te extrañe que encuentres pimienta en tu ropa interior.

—Muy buena, Harper, esa no me la sabía —dijo Sophie aplaudiendo mientras se acomodaba con Bella.

—Oído cocina —contestó Leo. No sabía por qué, pero estaba muy feliz. La posibilidad que le había dado Bella no la había contemplado y le empezaba a encantar.

—Traigo limonada casera de Martha —dijo Mack llevando una bandeja con jarra y vasos. La dejó en una mesita y Lorelai salió con Fran, ambos en bañador. Se metieron en la piscina y Sophie fue corriendo y se lanzó de bomba. Mack se quitó la camiseta y sus hermanos silbaron, aunque la que más fue Lorelai que se metió ambos dedos y sonó como un hinchable de fútbol. Él, sonrojado, se lanzó a la piscina.

—Sois malos de verdad —dijo Bella. Luego se volvió a Harper—. Ya ves qué hermanitos tenemos. ¿Estás segura de querer pertenecer a esta familia?

—Me encanta, Bella. De verdad. Leo ya lo sabe, pero soy hija única y perdí a mi padre hace poco. Siempre me hubiera gustado tener hermanos, o primos. Este jaleo es perfecto.

Leo la abrazó por detrás y le dio un beso en el hombro. Ella no se movió y él se sintió más que satisfecho. Continuaron charlando. Ruby, que estaba dentro haciendo algo, salió y se unió a Charlie. Se miraron con un gesto cómplice y le guiñaron el ojo a Bella. Ella asintió. No sabía, pero algo estaban tramando.

Comieron una ensalada y pollo cajún que preparaba Martha y después todos se retiraron a descansar. Ellos decidieron dar un paseo hasta el muelle. Quería darle la opción de elegir, y le señaló el barco.

—Aunque era una sorpresa, nos han preparado el barco para navegar esta noche. ¿Te parece bien?

—Ah... bueno, sí. Me parece bien. Sabes pilotarlo o como se diga. Se echó a reír.

—Sí. Mi padre nos enseñó a llevarlo desde hace años. Me encanta navegar en barco. ¿No te has subido nunca a uno?

—Una vez me llevaron de crucero, pero me mareé. ¿Y si me vuelve a pasar?

—Entonces regresamos, es fácil. Pero les ha hecho mucha ilusión prepararlo. Solo que lo sepas.

—Claro, iremos en barco, sin problema. Estoy un poco nerviosa por todo esto de la no boda.

—Hasta ahora todo va bien, ¿no? Estás cómoda en casa.

—Demasiado —suspiró ella.

—Si hay algo que te haga sentir mal, solo dímelo.

—Es... todo perfecto, Leo.

Su teléfono comenzó a sonar. Su madre.

Lo miró.

—Quizá se ha enterado. ¿Mami?

—¿Cuándo me lo ibas a decir, Harper? Dios mío, esto es...

—Lo siento, mamá, fue algo rápido.

—Y tanto, ¿estás embarazada? Que hoy en día no hace falta casarse. Y eso que me parece un chico muy formal y guapetón. Tu tía y yo hemos mirado sus redes. Y nos hemos bajado del crucero. Ahora mismo tomaremos el avión para casa.

—No, mamá. O sea... no estoy en la ciudad.

—¿Y dónde estás?

—Hemos venido a... ver a su familia. O sea, Leo tuvo un percance y vine para ver qué tal y... ¿estarías aquí a las seis? ¿En los Hamptons? Puedo reservarte un hotel.

Lo miró y él asintió.

—Quieren hacer una fiesta, por su hermana pequeña, ¿sabes? Se quedó muy triste por no asistir a la boda y...

—A las seis estamos tu tía y yo y si hace falta secuestramos un coche. Y menos mal que tenemos vestidos de crucero. No empecéis sin nosotras.

Colgó y Harper miró el teléfono como si fuera un alienígena.

—Ay, mi madre. La que se va a liar. Se ha puesto como loca, ella no es así.

—No importa. Si hemos pasado el escrutinio de mi familia, también de tu madre, supongo.

—No tengo claro que Margot o Bella se lo hayan tragado. Son demasiado...

—Sí, son demasiado. No te preocupes por nada.

—Ah, aquí estáis. Me llevo a la novia —dijo Sophie—. Ruby ha dicho que tiene que hacerle tratamientos de belleza, aunque tenga una piel perfecta. Y tú te vas con los chicos a tomar una cerveza. Dicen que vais a hacer una no despedida de soltero. Incluso papá va a ir.

—Entonces, vamos allá. Te dejo en las buenas manos de Mini Villana —dijo él algo inseguro. Ella le guiñó el ojo y se fue de la mano de Sophie. Volvió a la casa para avisar de que la madre y la tía venían y Margot se puso muy contenta. Luego, se cambió y Jacob le cogió del brazo por un lado y Charlie por el otro. Caminaron hacia el pub La Sirena con Mack y su padre detrás.

—¿A qué viene todo eso?

—En esta familia se ha despreciado demasiado la noche de los solteros —dijo Charlie.

—Como si tú la hubieras celebrado. Ya estás comprometido.

—Hostia, es verdad. Todos los hermanos, menos Mini Villana lo estamos. Joder...

—Esa boca... —dijo Richard desde atrás. Se echaron a reír. Entre bromas, llegaron al bar. No había mucha gente a las cuatro de la tarde, pero sí estaba Stella, limpiando la barra. Se sobresaltó al verlos llegar y se quedó mirando fijamente a Richard.

—Señor Donovan, lo veo muy bien.

—Sí, y solo Richard, ya te dije —suspiró— Por fin parece que voy mejorando, gracias, Stella. Y tú, ¿cómo estás?

—La pierna se recuperó bien, aunque tendré que ir a alguna revisión. Gracias por preguntar —Se volvió hacia los chicos muy rápido—. ¿Qué os pongo?

—Creo que cafés de momento —dijo Mack. Los demás asintieron. Se fueron a una mesa, sentados y Stella les llevó los cafés.

—Gracias —dijo Jacob—, te veo bien.

—He ido recuperándome gracias a los cuidados de tu chica, Mack. Ni te imaginas lo agradecida que estoy.

—Ella te aprecia mucho, lo sabes —contestó él—, aunque no quiero meterme donde no me llaman, me dijo que no quisiste llamar a ningún familiar.

—O a Ben —dijo Leo.

Ella frunció el ceño. —Eso es, mejor no meterse donde a uno no le llaman.

Se marchó andando con intensidad y ellos la miraron divertidos.

—Dejadla, chicos. No sabemos sus circunstancias —dijo su padre.

—A ver, Lorelai solo quería ayudarla. Se ve que perdió a su madre hace poco y nunca le dijo si tenía más familia. Además, sufrió una aplasia medular, algo así como que su médula deja de producir suficientes células sanguíneas, ¿no? —Mack asintió y continuó explicando.

—Puede que necesite algún tipo de donación celular de algún familiar. Si enferma, sería bueno que alguien pudiera avisarlos, por si alguno es compatible. Pero me da que es cabezota como ella sola.

—Sí. Ben ya se ha desesperado. Se fue dos semanas a algún tipo de trabajo que no me quiso explicar, pero como ha hecho tanto por nosotros, no quise presionarlo. Es como un hermano para mí —dijo Jacob.

—No tan guapo como yo, pero vale.

—Capullo. Y bueno, háganos de Harper. Parece buena chica.

—Lo es. Además de lo que ya se ve, es inteligente, honesta y cariñosa.

—Estás super colgado —rio Jacob—, y yo que le dije a mi esposa que pensaba que era un truco de esos que hacen los famosos.

—Ella también se ve muy enamorada —dijo su padre.

—No sé qué pasará, tal vez nos hemos precipitado y sí, aprovechamos el tema para las redes, eso no lo negaré. Supongo que quien no arriesga, no gana. Y vosotros, excepto el intenso os enamorasteis rápido. Incluso papá.

—Ahí te doy la razón —dijo Mack—. No podría imaginar mi vida sin Lori. Y encima un bebé. Creo que tengo más náuseas que ella.

Se echaron a reír.

—Lo bueno es que tienes a Fran y a Sophie para practicar —dijo su padre—, y gracias a vosotros, tal vez esté un tiempo y conozca a mis nietos.

—Joder, papá —dijo Jacob tomándole de la mano. Él la puso en el centro y todos la colocaron encima.

—No pasa nada, algún día me marcharé, como lo haremos todos. No os imagináis lo orgulloso que me siento de todos y cada uno de vosotros, de todos mis hijos. Quería mucho a vuestra madre, pero estar con Margot ha sido maravilloso. Lo único que querría es que todos mis hijos fueran felices.

Se escuchó un ruido en la barra y se giraron. Stella había tirado unos vasos y recogía los pedazos. Jacob se levantó a ayudarla.

—Déjalo, me arreglo sola —casi gritó. Estaba bastante alterada.

—Perdona, no quería molestarte.

Ella se fue dentro y Jacob se volvió hacia los demás, confuso. Richard le hizo un gesto para que se acercase.

—Entonces, Harper —comentó Charlie—, sigamos hablando de tu esposa. Ella hace críticas gastronómicas, ¿no?

—Sí. Le gustaría trabajar en un restaurante, quizá algún día tener algo propio, pero prefiere comenzar desde abajo. Su padre era cocinero y tenía su propio local.

—Bueno, no es mala idea —dijo Richard—, ya sabes que esto de la creación de contenido no es para siempre.

—Sí. Justo yo estaba pensando en dejarlo de alguna forma, solo que... la verdad... no tengo claro por dónde seguir.

Lo soltó. Eran su familia. Ellos no se burlaron, solo lo escucharon. Su padre le tomó de la mano.

—Es normal, Leo. Uno avanza de verdad cuando tiene una crisis y se replantea la vida.

—Tú supiste desde siempre a qué te querías dedicar, o Jacob, o Mack. Incluso Charlie.

—Y tú también, querías viajar, documentar la vida, y te ha ido muy bien. Pero que te haya gustado una cosa durante mucho tiempo no significa que debas seguir porque sí. Puedes cambiar, porque no somos los mismos que hace dos años, ni siquiera dos meses. Ahora, por ejemplo, te has casado. Es una buena razón para examinar tu vida y decidir por dónde tirar.

—¿Y si no lo sé? —casi exclamó él. Jacob le puso la mano en su brazo, con un gesto cariñoso.

—Te ayudaremos en lo que sea. La familia está para lo bueno y para lo malo. Puede que necesites tomarte un tiempo, tal vez hacer un viaje con Harper y desconectar del mundo. Incluso de las redes. Parar y pensar, como dice papá.

—Es posible —suspiró—, y... ¿qué le iban a hacer a Harper Mini Villana y compañía?

Ellos se echaron a reír.

—Ponerla más guapa si cabe —dijo Charlie—, mi chica hace unos tratamientos de piel que son alucinantes. ¿No me veis lo guapo que estoy?

—Eso es el sexo —dijo Leo con sorna. Luego miró a su padre—, perdona, papá.

—Oh, si estoy de acuerdo. Es algo muy natural y hay que practicarlo a menudo.

—Déjalo, Richard —dijo Mack nervioso.

Se echaron a reír. Y de reojo vio a Stella que los miraba con una expresión que no acertaba a identificar. ¿Nostalgia? No sabía. Pidieron unas cervezas sin alcohol y siguieron charlando hasta que se hicieron las cinco y media. Luego, volvieron hacia la casa, para vestirse. Era la hora.

CAPÍTULO 12.

CELEBREMOS TODOS JUNTOS

Harper



Sophie se la llevó al piso de arriba donde estaban las mujeres de la casa. Habían preparado en la habitación de Bella un sillón y todas llevaban el cabello recogido con pinzas. Bella ya tenía una mascarilla en la cara y Ruby, con el rostro cubierto por una pasta verde, extendía otra rosada en la cara de Margot.

—Estáis geniales —dijo Sophie emocionada—. Siéntate que te van a dar crema.

Lorelai entró en la habitación.

—Ya estoy aquí. Fran quería ir al bar y también quería venir con nosotras. Martha lo convenció de quedarse en la cocina con un pedazo de tarta.

—¿Qué tal lleva lo de tener un hermanito? —preguntó Ruby mientras le señalaba una silla libre.

—Muy bien. Me ha preguntado si podría elegir tener una hermana. Ya le he dicho que eso no se puede elegir. Está haciendo

una lista de nombres. En su vida había anotado nada hasta que ha llegado Mack.

—Mi hermano es una influencia positiva en cuanto a hacer listas —rio Bella y todas la acompañaron. Ruby levantó la mano.

—Nada de reírse, que se agrieta la mascarilla. Te toca, Harper. Siéntate aquí.

Margot se levantó y se echó en la cama y ella se sentó. Le puso una cinta para apartar el cabello y bufó.

—¿Tan mal está?

—No he visto una piel tan bonita en años —dijo Ruby—, a ver qué mascarilla te pongo.

—Es genético. Verás mi madre cuando venga.

—Te pondré una hidratante.

Pasó un algodón humedecido en limpiador, luego tónico y extendió la mascarilla. Cuando ya todas estaban preparadas, incluso Sophie, se colocaron por diferentes lugares. Harper y Ruby acabaron echadas en el suelo con unos cojines. Margot suspiró.

—Este día lo apuntaré como uno de los mejores de mi vida. Chicas, ya sois mis hijas y ver que hacéis felices a los hombres de mi vida es simplemente perfecto. Os lo agradezco.

Ruby estiró la mano hacia Lorelai y hacia ella. Lorelai hacia Sophie, Sophie a Margot y ella a Bella. Todas se unieron de la mano.

—Dios, se me está moviendo la mascarilla —dijo Bella—. ¿No sabéis que las embarazadas lloramos mucho?

—Y las que no —dijo Ruby—. Vamos a quitarlas y a ducharse y lavarse el pelo todas para prepararnos.

—Que empiece la novia, luego las demás. Mientras, prepararé unos cócteles sin alcohol —dijo Margot levantándose.

Cuando salió de la ducha con el cabello mojado, Ruby le hizo sentarse en un tocador.

—¿Quieres que te haga un recogido o algo?

—Yo puedo secarme el pelo, si quieres.

—Se me da bien, si no te importa.

—Claro, adelante.

Lo cierto es que sí se le daba bien. Le hizo un semi recogido con cabellos sueltos que enmarcaban su rostro. Hizo un gesto y Sophie trajo una corona de flores. Ella abrió los ojos sorprendida.

—La hemos hecho entre todas, a juego con tu vestido. No sé si te gusta.

—Me encanta —dijo ella y limpió una lágrima emocionada. Margot se asomaba con Sophie. Ambas tenían los ojos enrojecidos.

Se la colocaron y Ruby distribuyó el cabello con mucho arte.

—Leo se va a desmayar cuando te vea —dijo Bella entrando ya con el cabello seco—. Hay que ver cómo te mira, Harper.

Ella se sonrojó y asintió. Leo era un gran actor, o eso suponía. No podía ni hablar. Ojalá todo esto fuera verdad. Ruby la giró y empezó a preparar su piel.

Margot apareció con una bandeja de copas con un líquido color coral y sombreritos de colores. Lorelai silbó, emocionada. Enseguida le pusieron una copa en la mano mientras Ruby extendía la prebase o la base, ya no lo sabía. Mientras ella buscaba algo, le dio un trago. Era dulce con un toque ácido. Delicioso.

—¿Qué lleva?

—Es una receta secreta, pero os la daré ya que sois mis hijas. ¿Alguien quiere ponerle algo de chispa?

Sacó una petaca de ron y Ruby y Harper alargaron la copa. Las demás las miraron resignadas. Brindaron después de añadir esa chispa.

—Está delicioso —dijo Ruby—, aunque no quiero maquillaros como un payaso, así que para mí es suficiente.

Volvieron a reír y Sophie buscó una lista de reproducción de música para bailar y todavía estaban más animadas. Ruby acabó y pasaron las demás.

—Te acompaño al estudio de Jacob para que te vayas vistiendo —dijo Margot que ya se había ido a vestir. Miró la hora. Eran las cinco y veinte.

—¿Estás preocupada por si no llega tu madre? Podemos esperarla.

—Sí, la verdad, todo esto me está resultando algo estresante.

—Tranquila, solo es una fiesta familiar.

Bajaron a la cocina y Martha aplaudió al verlas. Ella también se había arreglado y se afanaba en recoger las bandejas del cáterin en la despensa.

—Te ayudo —dijo Margot—. ¿Recuerdas dónde estaba el estudio? Si quieres puedes irte vistiendo. Luego acudirán las chicas.

—Claro, sin problema.

Estaba segura de que ella le estaba dando intimididad. Salió al jardín hiperventilando. Llegó al estudio y se quedó mirando el vestido. Cuando se casó por primera vez no estaba tan nerviosa. Tenía claro que era algo falso y que, aunque Leo era atractivo, no había nada de nada. En ese momento no estaba tan segura.

Suspiró al ver el precioso vestido y se desnudó para ponérselo. Al mirarse, con él, aunque todavía descalza, pensó en Leo. En su familia. ¿De verdad les iba a hacer esto? Y su madre estaba a punto de llegar. Le entraron ganas de llorar, de salir corriendo. Escuchó un ruido y se limpió la cara. Leo se asomó y al verla, se quedó pasmado.

—Joder, has arruinado la sorpresa.

—Estás tan preciosa que no tengo palabras. Y lo siento, pero pensé que tenía que venir a verte. Te he visto caminar sola hacia aquí. ¿Estás bien?

—Ay, Leo. Me siento muy mal.

—Ya. Lo mismo digo, pero no podemos hacerles esto. No hoy —dijo tomándole de las manos.

—Les haremos daño —insistió ella. Él negó.

—Nos daremos un tiempo, un par de meses. ¿Te parece bien?

—Será raro.

—No tanto. Kevin y Agatha nos pueden preparar una especie de itinerario en plan viaje de novios. Se lo he sugerido.

—No has contado conmigo.

—Te lo pregunto ahora. ¿Te apetece?

—Bueno, puede estar bien.

Leo acarició su rostro muy suave y levantó la barbilla. Le dio un suave beso en los labios que ella correspondió. ¿Qué estaba

haciendo? Se apartó.

—Mi maquillaje.

—Uy, sí, Ruby me matará.

—¡Leo Donovan! —el grito de Mini Villana les dio un susto de muerte—. ¿Qué narices haces aquí viendo a la novia? Era una sorpresa.

—Y me ha sorprendido. Nunca la había visto tan preciosa, como tú. ¿Lleváis las mismas flores en el pelo?

—No intentes distraerme, lárgate.

—Y pon cara de sorprendido —dijo Harper cuando se iba corriendo.

—Es que mi hermano es así. Siempre hace lo que quiere.

—Ya, no me digas.

Y, sin embargo, había sido muy tierno ir a ver cómo estaba. Las demás llegaron al poco y terminaron de arreglarse. Martha apareció con su madre y con su tía que estaban emocionadas. Hubo besos y abrazos a pesar de los bufidos de Ruby que andaba retocando caras.

—Vámonos todas a las sillas. Solo se queda la madre de Harper.

Margot las echó a todas y se fueron hacia el jardín donde estaba todo montado. Su madre la tomó de las manos.

—Son una familia encantadora y he conocido a Leo. Sé que ha sido muy rápido, pero tu rostro enamorado me dice que es el correcto. Papá y yo nos casamos en dos meses. Digamos que tú has sido más rápida, pero me vale. Espero que seas muy feliz.

Ella suspiró y sonrió. No podía darles ese disgusto con la ilusión que tenían todos. Esperarían un par de meses. Le echarían la culpa a la convivencia. Sí, eso harían.

—Me han dicho que esperemos a la música y que luego vayamos para allá.

—Cuéntame algo sobre el viaje, estoy nerviosa.

Su madre asintió y le comentó que su tía había ligado y que el capitán del barco le había echado los tejos. Dijo que se jubilaba este año y que si la podía visitar.

—Pero me parece demasiado, Harper. Yo no sé si estoy preparada.

—No tienes por qué casarte. Podéis empezar por conoceros.

Iba a replicar cuando sonó la música.

—Vamos, hija. Tu familia política es lo más. Ojalá papá estuviera aquí.

Ella tuvo que respirar hondo para no echarse a llorar. Las dos caminaron hacia el jardín. Kevin apareció para hacerles unas fotos, pero no le hizo ni caso. Ese día no lo hacía por las redes, sino por la familia.

La luz del atardecer iluminaba el jardín, sacando destellos de las flores azules que habían colocado por todas partes. No le habían dejado verlo y se quedó enamorada. Había un arco de flores al final de las sillas donde estaban sentados todos los hermanos y algunas personas que no conocía, pero que parecían igual de emocionadas. Levantó la vista y lo vio justo debajo del arco. Llevaba una camisa azul claro y pantalones oscuros y sonreía. ¿Cómo podía ser tan atractivo? Su cabello artísticamente revuelto brillaba al sol y ofrecía su mano para que ella la tomara. Habían preparado una plataforma y Richard estaba en medio, sonriendo.

Su madre, ya con el pañuelo en la mano, se colocó en la primera fila de las sillas, junto a su tía. Leo la tomó de las manos.

—Estás preciosa, Harper, llena de luz.

—Y tú estás cañón, Leo —dijo ella. Richard se echó a reír y también los de la primera fila.

No podía quitar la vista de ese hombre y todavía no se explicaba por qué.

Richard carraspeó y todos se giraron hacia él.

—Querida familia. Bienvenidos a esta no boda entre Leo y Harper.

Hubo risitas entre sus hermanos.

—La palabra felicidad se queda corta para expresar lo que siento al ver a mis hijos encontrando el amor de su vida. Jacob y Bella, Mack y Lorelai, Charlie y Ruby... y ahora, el que pensábamos que jamás se comprometería, Leo y Harper.

Las carcajadas de sus hermanos no parecieron importarle. No apartaba los ojos de ella.

—Hoy es un buen día para celebrar la vida, la salud, el amor, los bebés que van a llegar y, sobre todo, que nuestra familia se amplía. Es un día para recordar que lo más importante es amar.

Tuvo que limpiarse las lágrimas y Margot se colocó junto a él, tomándole de la mano.

—Somos muy felices de darle la bienvenida a Harper, pero también a Ruby, Lorelai, Fran y a toda la familia. A nuestros amigos queridos que también nos acompañan y a la madre de Harper por haber tenido una hija tan maravillosa. Y ahora, si los novios quieren decir algo...

Margot se llevó a Richard emocionados y Leo miró a sus hermanos, luego a Harper. Ella se sentía mal y él parecía que también.

—No voy a decir nada, que es privado. Solo gracias, familia.

—¡Será soso! —exclamó Jacob—. Al menos besarás a la novia.

—Eso sí.

Se acercó a ella y con cuidado, posó sus labios, sin profundizar, pero ella pasó los brazos por su nuca y lo atrajo. Él la abrazó y se escucharon silbidos hasta que, con desgana, se separaron.

Entonces Sophie fue hacia ellos y los abrazó, llorando. Leo subió a la pequeña y la volteó. La confusión de besos y felicitaciones se extendió durante un buen rato. Kevin lloraba y hacia fotos, igual que Agatha.

—¡A comer! —ordenó Bella acariciando su enorme vientre—. Alex se muere de hambre.

Entre risas, fueron hacia las mesas donde ya les esperaba el cáterin. Su madre les dio un abrazo y luego se fue a charlar con Margot, con quien había congeniado a la primera. Comieron un poco, pero vio que Leo estaba inquieto.

—¿Nos escapamos? —susurró. Ella asintió. Estaba un poco mareada. Habían puesto música y habían tenido que bailar una canción, ella con Richard y Leo con Margot. Sus hermanos querían bailar con la novia también.

La tomó de la mano y se escabulleron por el jardín. Jacob los pilló y le guiñó el ojo a su hermano. Llegaron al muelle y la ayudó a

subir, descalza. Quitó el amarre y de un salto, se puso en cubierta.

—Ven, te enseñaré cómo se maneja.

Ella lo siguió. El barco se echó hacia atrás despacito mientras empezaban a aparecer los miembros de su familia que les decían adiós emocionados.

—Se han dado cuenta —dijo Harper saludando.

—A mi familia no se les pasa nada. Iremos a una cala preciosa. Si vemos que hay turistas, nos quedamos en el barco.

—Me parece bien.

Aumentó la velocidad. Se había remangado y sus fuertes brazos agarraban esa manija con firmeza. Le gustó que el suave aire entrase por las ventanas abiertas y removiese su cabello. Quería acercarse a él, tal vez abrazarle por la cintura. Pero, ¿no era demasiado?

Él se giró con una gran sonrisa y aumentó la velocidad.

—Ven, ponte delante, así te sujetas.

La tomó de la cintura y la puso entre el panel y su cuerpo. Los suaves botes que daba el barco le hacían chocar con ese muro de atrás, y sí, sabía que Leo Donovan estaba en forma, pero le estaba gustando demasiado.

Bajó la velocidad y llegaron delante de una isla. Fue parando el motor y explicándole para qué servían los botones. Ella no se estaba enterando de mucho, porque el roce de su espalda con el pecho de Leo la estaba trastornando.

—Echemos el ancla. Tenemos una lancha pequeña por si queremos bajar a la cala. Ahora hay gente, tal vez mañana.

—¿Nos vamos a quedar aquí hasta mañana?

—Todo el tiempo que quieras, Harper. Nadie nos va a decir nada. Creo que las chicas te hicieron una pequeña maleta. Al menos mi hermano hizo la mía. Si no tienes ropa, te dejaré algo.

—Es demasiado —suspiró ella.

Él la tomó de la mano. —Ven que te enseñe el barco.

Bajaron por las escaleras, había una salita sencilla pero elegante con una mesa para comer y una mini cocina. Abajo, dos camarotes.

Uno de ellos con cama grande. Habían puesto pétalos de flores en ella. Suspiró. Podría haber sido bonito si fuera cierto.

—Si te apetece bañarte o algo, podemos bajar por las escaleras. Es toda una sensación meterse en el mar a la luz de la luna.

—¿Y no habrá bichos raros?

—Normalmente no —dijo él divertido.

Ella buscó en su bolsa y encontró el bikini azul. Se fue a la otra habitación para cambiarse y quitarse la preciosa corona de flores. Se hizo un moño y escuchó las maldiciones de Leo.

—Puto Jacob —dijo con los pantalones puestos. La ropa estaba extendida por la cama.

—¿Qué?

—Ni me ha puesto pijama ni bañador. Lo voy a matar.

Ella se sonrojó y se encogió de hombros.

—Puedes bañarte en pelotas. Te recuerdo que ya te he visto desnudo.

—Mmm, sí, cierto. Vale.

Se quitó todo y ella salió corriendo del camarote. Que ya lo hubiera visto así no significaba que no se sintiera cohibida por su atractivo cuerpo. Él la condujo hacia la zona de atrás y bajó las escaleras con cuidado. Él se lanzó al agua.

—Está deliciosa, Harper, vamos, tírate.

—Iré a mi ritmo, Leo.

Acabó en el agua, a pesar de que ver esa oscuridad le intimidaba. Se quedó cerca del barco, agarrada a la escalera que bajaba hasta el agua.

—No sabía que eras una cobardica —dijo él chapoteando frente a ella.

—Está oscuro. Pueden salir peces y morderte, ya sabes, si piensan que es un gusano.

—Demasiado grande para un gusano —dijo él nadando hacia ella. Se colocó delante, agarrado a la escala. Luego, hizo un gesto de dolor y se hundió en el agua.

—¡Leo! Joder.

Se soltó y se metió bajo el agua, buscándolo. Él estaba flotando, justo debajo de ella, con una sonrisa tonta en la boca. Salió del agua, tosiendo y subió las escaleras. Él emergió tan contento.

—Me has dado un susto de muerte, hombre. Ya no pienso bañarme más. Y mira mi pelo. Estaba precioso.

A él le cambió el gesto. Ella temblaba y lo miraba enfadada.

CAPÍTULO 13. ¿POR QUÉ OTRA VEZ?

Leo



Primera cagada, diría su hermano. Subió por la escalera y se sentó junto a ella, intentando abrazarla, pero ella le dio un pequeño manotazo. Temblaba.

—Lo siento, Harper. No pensé que te asustarías.

—Esas bromitas que te traes no me gustan nada. ¿No conoces el cuento de Pedro y el lobo?

—Ah, sí, papá solía contármelo a menudo.

—O sea que te viene de lejos. —Se encogió de hombros—. ¿Querías probarme? Si me iba a meter a buscarte o algo, ¿no?

—Discúlpame. A cambio, te prepararé un cóctel buenísimo, que imagino que comida habrán dejado.

—Al menos, tu culo es estupendo.

—Eso dicen —contestó sonriendo. Se fue a cambiar y se puso unos pantalones cortos. Su hermano se iba a enterar, aunque bien pensado, le gustaba que ella lo mirase desnudo. Había tenido que echarse al agua para enfriar el momento, porque se había excitado de verdad.

Abrió las botellas mientras Harper se metía en la habitación. Escuchó una exclamación y fue corriendo. Ella se había quitado la parte de arriba y se miraba al espejo. Se volvió.

—Todo el maquillaje corrido, joder —dijo. Él abrió la boca. Miró su rostro, luego su pecho que se erguía precioso. La reacción fue instantánea. Y ella lo notó.

—Me voy a... lo que estaba haciendo.

Se giró para ir hacia la pequeña cocina. Había aperitivos en abundancia y también champán y zumos. Si solo al ver su cuerpo medio desnudo reaccionaba así, ni se imaginaba qué sería si... mejor no pensarlo.

Ella pasó al baño y llevaba una camiseta ancha cuando salió, ya desmaquillada y con el cabello trenzado. No quiso mirar sus pechos, ni nada. Se concentró en preparar los aperitivos y el cóctel y lo puso en la mesa. El agua balanceaba suavemente el barco y no parecía que hubiera peligro de que se tumbasen.

Ella tomó su cóctel y dio un trago.

—Delicioso, Leo. Tenéis buena mano para ello. Margot nos hizo uno antes.

—Ella me enseñó.

Se sentó junto a ella y probó un aperitivo.

—Es que soy así, ¿sabes? Así de idiota, quiero decir, sobre todo, cuando me pongo nervioso.

—¿Estás nervioso?

—¿Por estar a tu lado? Sí.

Ella se giró para mirarlo a los ojos. Él desvió la mirada. No podía decirle que le gustaba mucho, porque no era lo que habían quedado para nada. Y probablemente, ella no sintiera lo mismo.

—Ya nos hemos casado antes, aunque es verdad que todo esto con nuestras familias ha resultado algo... intenso.

—Sí. ¿Quieres que duerma en otra habitación?

—No, da igual. No es como si no hubiéramos dormido juntos.

—Tu madre es encantadora. Y tu tía. Ambas me dieron muchos abrazos. Lloraron en la ceremonia, bueno, creo que nadie se libró. Y es que ver a mi padre tan feliz... y bien, nos toca el alma.

Suspiró y ella le dio un abrazo, él hundió el rostro en su cuello. Ella acarició su espalda y él dejó un suave beso. No pudo evitarlo. Sintió que la piel de Harper se erizaba, pero ella puso la mano en su pecho. Se apartó.

—No es que... no me agrades, Leo. Estás cañón, como dije en la boda, pero no sé si es lo más adecuado.

—¿No te has acostado con nadie porque te apetecía?

—Con alguien que me importase, no suelo.

—Entonces, te importo.

Ella se levantó, dejándole ver su sexy ropa interior y salió a la cubierta. La siguió. Se había sentado en un cojín y se puso a su lado.

—Harper, también me importas. No había pretendido... Que sucediera esto. Pero la idea de estar juntos, bueno, no está nada mal.

—Pero hemos partido de algo falso —dijo ella volviéndose. Él acarició su rostro y se acercó a un suspiro de su boca.

—No importa cómo comenzó sino cómo puede acabar. Ni siquiera tenemos que apresurarnos a nada. Solo ver dónde vamos.

—Y puede que debamos ver si somos compatibles.

—Sí, si te apetece, podrías mudarte a mi apartamento, es bastante grande —dijo y vio que ella sonreía.

—Hay que probar otras cosas, Leo. ¿No lo pillas?

Parecía tonto. Claro que lo había pillado. Justo en ese momento. Se levantó al instante y la tomó de la mano, bajando las escaleras con prisa. La deseaba con ferocidad. Sacudió las sábanas para quitar los pétalos de las flores y se bajó los pantalones. Ella se tapó la cara con las manos, entre risas.

—¿No hay preliminares románticos? —preguntó ella mientras se quitaba la camiseta. Leo abrió los ojos al ver que solo llevaba una minúscula y sexy braguita.

—Tenemos toda la noche para jugar, y el día. Lo que tú quieras, esposa.

Ella asintió y se acercó a él despacio, pasando los brazos por su nuca. Él la rodeó por la cintura y notó sus pechos endurecidos en su

torso. Suspiró.

—Seguro que eres deliciosa, Harper. Estoy deseando probar cada centímetro de tu piel.

—Eso suena bien —contestó ella mordisqueando su mandíbula. Él se agachó para atrapar sus labios. La tomó en brazos y ella se encaramó en su cadera. Era delgada y manejable, así que la depositó con suavidad sobre la cama, sin dejar de profundizar en su boca una y otra vez, sintiendo su dulce sabor y volviéndose loco de deseo.

Exploró el cuello y le dedicó una sesión especial a succionar y lamer sus pezones que hacían que ella se arquease complacida. Bajó por su vientre hasta encontrar su braguita. Rozó su centro, notando la humedad y pasó la lengua por el borde, haciéndola gemir. Ella levantó su cadera y él aprovechó para quitarle toda la ropa.

—Estoy en el paraíso —dijo cuando exploró su interior. Ella gimió y él acrecentó su velocidad—. Eres tan deliciosa...

Metió uno de sus dedos y notó que ella se contraía, pronto, consiguió su orgasmo. Escaló por su cuerpo con una sonrisa feliz. Ella estaba desmadejada.

—¿Seguimos?

—Por supuesto, Leo. Dios, ¿tienes condones?

—Claro. Mis hermanos han pensado en todo.

No dijo nada, pero se puso uno. Se colocó sobre ella, y muy despacio, se introdujo. La sentía apretada y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no acabar ya.

Se movió mientras ella gemía. Levantó sus piernas para introducirse más a fondo y notó que ella volvía a excitarse. Sonrió al verla tan entregada.

—No aguantaré mucho más, Harper, estoy... uff.

—Cuando sea, Leo.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y la miró a los ojos mientras su orgasmo le llevó a descargarse. Ella empezó a moverse y sintió que no podía parar. No supo cuánto rato había estado hasta que ella suspiró y se retiró a un lado. Se quitó el condón y lo tiró al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó girándose hacia ella. Sus cuerpos tenían una película de sudor y él pasó el dedo por su vientre, haciéndola estremecer.

—Muy bien, Leo Donovan. Más que bien. ¿Y tú?

—No tengo palabras. Pero quiero repetir esto, varias veces. Todo el día, si se puede.

Ella se echó a reír.

—Bueno, de momento tal vez sería mejor lavarse los dientes y dormir.

—Ayer hicimos la cucharita. Aunque estando desnudos... será difícil contenerse.

—No tenemos por qué contenernos. Pero ahora estoy muerta de sueño.

Ella se levantó para ir al baño y Leo sonrió casi embobado. Claro que había hecho el amor con otras mujeres, pero sentía que era distinto. Solo esperaba que también lo fuera para ella.

Salió y él recogió el condón y lo envolvió con papel para tirarlo a la papelera. Se lavó y fue al dormitorio. Ella ya estaba en la cama, tapada con una sábana. Cuando se metió, vio que no se había puesto nada. Se acurrucaron juntos. Él tenía en la punta de la lengua decirle algo. Me gustas mucho le parecía poco, decirle te quiero era demasiado.

Pasó el brazo por su cintura y ella se acomodó sin estar totalmente pegada y le pareció bien. Enseguida se quedaron dormidos, mecidos por el suave oleaje y totalmente feliz por haber tenido ese momento con Harper.

Se despertó con el ruido de la radio. Harper no estaba en la cama, así que se levantó desnudo, buscándola. Quizá estaba en el baño. Su hermano estaba en la radio.

—Aquí Estrella de Mar. ¿Qué coño quieres, Jacob?

—Siento molestarte, Leo. Pero han tenido que ingresar a papá. Esta mañana.

—¿Qué ha pasado?

—Dice Mack que ha podido ser un efecto secundario, aunque no está tan grave, de momento, pero creo que es mejor que vengas.

—Por supuesto, ahora mismo volvemos.

Cerró la comunicación.

—¡Harper!

—Estoy aquí —dijo desde el agua— ¿Te bañas conmigo?

—Tenemos que volver. Es mi padre. Vamos, sube.

Ella asintió y nadó deprisa hacia la escalera. Él la ayudó a subir y ambos se vistieron. Luego Leo condujo el barco hacia el muelle. Atracó golpeándolo, y no le importó. Lo amarró y ambos saltaron al suelo firme, sin coger nada. Iban descalzos y corrieron hacia la casa. Charlie los esperaba, con Ruby.

—Cambiamos, nos vamos al hospital.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido de madrugada. Lo están mirando.

—Vamos, Harper.

—¿Te acompaño?

—Por supuesto.

Se cambiaron en segundos y se montaron en uno de los coches. Charlie les explicó que el resto de la familia ya estaban allí. Harper le tomó de la mano y él acarició el dorso, sin dejar de mirar la carretera.

Llegaron y bajaron deprisa, hacia la sala de espera. Se abrazaron. Leo la dejó y se fue hacia Margot, que estaba sentada con Jacob, ambos cogidos de la mano.

—¿Qué sabéis?

—Ha dicho Mack que nos informará. No sé qué le pasó. Estaba muy feliz y se llevó las manos al pecho. Suerte que se quedó a dormir. Le hizo la RCP.

Hablaba como un robot y él se sentó a su lado. Sophie estaba en brazos de Ruby llorando en silencio. Harper se había quedado de pie, pasando el peso de un pie a otro. Lorelai entró y se puso delante de Margot, agachada.

—Mack iba a salir, pero se han metido al quirófano. Parece haber sido un infarto. En cuanto pueda nos va a informar. Voy a estar por

ahí cerca por si puedo saber algo más. ¿Estáis bien? ¿Necesitáis algo?

Ella negó.

Leo se levantó y miró a su familia. Tantas emociones le habían producido un infarto. Y eso era su responsabilidad. Esa tontería de la boda... joder. Cogió a Harper del brazo y salieron a la sala.

—Mira, yo creo que mi padre ha tenido un infarto por toda esta mierda de la boda. Demasiadas emociones y joder...

—¿Tú crees? —preguntó ella temblorosa.

—Sí. Ha sido una estupidez enorme. Sé que...

—No te preocupes, me voy al hotel de mi madre. Te enviaré mi dirección y me mandas mis cosas. Y por favor, dime cómo está Richard. De verdad que me interesa. Lo siento, Leo.

—Sí. Bueno. Adiós.

Ella lo miró con pena y él se giró. Si moría su padre iba a ser su responsabilidad. Y era mejor así. Cuando entró, la familia buscó a Harper.

—Le he dicho que se fuera. La boda nunca fue de verdad. Lo siento.

Se marchó fuera de la sala, apoyando la cabeza en la pared, aguantando las lágrimas. Jacob salió y se abrazaron. Justo cuando pensaban que iba a ir bien, volvía a ir mal.

—No creo que papá...

—Por favor, no quiero hablar de ello.

—Está bien, pero...

—Jacob, no.

Se quedó fuera todo el tiempo. No se atrevía a mirar a los ojos a nadie de la familia y menos a Sophie o a Margot. Seguro que todos estaban muy decepcionados. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba llorando. Se dejó caer en el suelo, con la cabeza entre las rodillas.

Lorelai se acercó y Jacob, que se había quedado de pie junto a él, le dio un toque en la cabeza. Se levantó deprisa.

—A ver, Richard está estable y eso es importante. Lo han dejado en la UCI y no van a permitir visitas de momento. Mack saldrá enseguida a informaros de cómo ha ido la operación.

No suspiraban de alivio del todo, pero al menos, estaba vivo. Ella abrazó a Margot y esperaron a Mack. Cuando salió, muy serio, los reunió a todos. Miró a Sophie, indeciso, pero Margot le dijo que hablase.

—Le ha fallado el corazón, quizá debido a un efecto secundario de la terapia oncológica. Pero la cardióloga le ha puesto un stent, por lo que aliviará la circulación. Debe guardar reposo absoluto y estar muy tranquilo. He hablado con un compañero y hay alguna posibilidad de mejorar el tema. Poco a poco.

—¿Cuándo podremos verlo?

—Es mejor que hoy duerma tranquilo. Mañana. Marchaos a casa. Yo me quedo.

—Y yo —dijo Jacob. Leo se puso a su lado.

—Que os quedéis no significa que podáis entrar a verlo. En realidad, es tonto porque hasta mañana no vais a entrar.

—Vamos a casa, chicos —dijo Margot—. Teniendo aquí a Mack nos avisará de lo que sea.

—Voy a monitorizar sus constantes todo el tiempo. No os preocupéis. Marchaos a casa.

Jacob tomó a Bella del brazo y él se acercó a Margot. Ella se quedó parada y dejó que todos salieran.

—Leo, escúchame bien, porque es importante.

—Dime —contestó él aguantando el tipo.

—No es tu responsabilidad por la fiesta si es lo que piensas y, además, ¿por qué has hecho eso con Harper?

—Claro que es mi culpa, Margot. Tanta excitación le ha sentado mal y encima... todo era falso. Y no... no...

—Vuestras miradas no eran falsas, Leo. Quizá puedas más adelante...

—No. He perdido mucho tiempo en esto. Me quedaré aquí y esperaremos... y rezaremos.

—Como tú quieras, Leo, aunque sigo pensando que ella te gusta.

—Me gusta, pero gustar no es amar, Margot y por favor, te pido que lo dejes.

Ella asintió y se encaminaron hacia el coche. Todos estaban en silencio, devastados. Llegaron a casa y cuando vio la ropa de Harper se sintió todavía peor. La recogió en su bolsa y se echó en la cama. No quería ver a nadie. Se sentía demasiado avergonzado por haberlos engañado. Menudo puto desastre.

Cuando su padre se recuperase iba a buscar un trabajo cerca, de lo que fuera. Si tenía que servir copas, lo haría. O si tenía que descargar camiones, le daba igual. Sus hermanos llamaron a su puerta, pero no contestó. Lo dejaron en paz.

No tenía ganas de ver a nadie. Incluso Agatha le había estado llamando. Acabó por apagar el teléfono. No sabía cuántas horas habían pasado, pero se estaba meando y quería ducharse, así que salió de la habitación y se dio una ducha larga, sin querer pensar en nada más. Se puso ropa limpia y salió. En la puerta de su habitación estaban todos sus hermanos. Sophie había extendido las manos para no dejarlo pasar y detrás estaban Jacob, Charlie y Bella.

—Apartaos.

—No, de eso nada —dijo Sophie medio llorando.

—Lo siento, peque, siento haberte decepcionado.

—No me has decepcionado por tu boda de mentiras, pero ahora sí. ¿Por qué te escondes?

Jacob puso la mano en el hombro de la niña y Charlie la cogió en brazos. Bella lo miraba con los brazos cruzados sobre su abultada barriga.

—Estás siendo un gilipollas, Leo —dijo su gemelo.

—Dejadme en paz.

Intentó entrar, pero su hermano se puso delante. Si quería pelea, la iba a tener.

—Ni se te ocurra comportarte como un idiota, Leo —dijo Bella enfadada—, aunque para eso ya es tarde. Mamá dice que te sientes responsable de lo que le ha pasado a tu padre, por el tema de la fiesta y tal y estás muy equivocado. ¿No prestaste atención a lo que dijo Mack? Es un efecto secundario del tratamiento. Fiesta o no, le hubiera pasado.

—De hecho, si Mack no hubiera estado en casa gracias a tu no boda, tal vez habría llegado tarde la reanimación —dijo Charlie.

Tragó saliva. Negó. Pero no le dejaron volver a encerrarse.

—Y encima le dices a Harper, que es la única mujer que te ha interesado de verdad que se marche —dijo Jacob—, hermano, te conozco y sé cuándo pones cara de tonto. Con ella era lo más, aunque empezaseis con un contrato de boda falso.

—Es como en las pelis románticas —suspiró Bella y luego se volvió a poner seria.

—Ella no siente lo mismo. Ni siquiera sé lo que siento yo.

—Averiguadlo —dijo Charlie tomándole del brazo—. No la alejes porque sí. Daos tiempo, ver dónde os lleva. Quizá te sorprendas.

—No lo sé, tío. Y ahora no puedo. Primero es papá. No puedo pensar en otra cosa.

—Está bien, te dejaremos por ahora, pero a ver si se te va a escapar una chica tan simpática —dijo Sophie—. Y te perdono por decirnos esa mentira, todos te perdonamos porque somos tu familia y te queremos. Me cae muy bien Harper y te miraba como Bella a Jacob, o como Ruby a Charlie o como...

—Vale, lo pillo, Mini Villana. Pero primero papá.

—Baja a comer algo. Mack ha dicho que igual esta tarde podemos ir a verlo.

Asintió y fue con ellos. Margot lo abrazó y también Martha. Ruby le mandó una sonrisa cálida. Comieron mientras miraban el teléfono. Agatha le había enviado algunos mensajes que al final decidió escuchar.

Leo, a ver si me contestas, que ya sé que estás fatal por lo de tu padre, pero hay cosas que tenemos que hablar. Me ha dicho Kevin que Harper ha vuelto a casa. Es un error. Los paparazzi andan rondándoos y han hecho fotos tuyas hasta en un barco.

Escuchó el mensaje dos.

Oye, que si descubren que fue un montaje será una putada. Vamos a publicar algunas fotos de la fiesta, y he quedado con Kevin

que ella tenía algunos compromisos, aunque está desolada por lo de tu padre, algo que es verdad. Pero joder. ¿La has echado? Dime qué vas a hacer.

Escuchó el mensaje 3.

Joder, Leo. Sé que estás mal, pero esto es una putada. Me ha enviado Kevin un reportaje sobre alguien que decía que era un montaje. Necesitáis aparecer los dos. Le diré que vuelva.

Harto, le envió otro mensaje.

Mira, Agatha, déjalo ya. Deja de organizar mi vida y la de ella. No le voy a pedir que vuelva y tú tampoco. Hemos acabado y que digan lo que quieran. Me da igual. Solo pienso en mi padre y en nada más. Lo demás me importa una mierda. Si no lo tienes claro, a lo mejor es hora de pasar página entre tú y yo.

Dejó el móvil enfadado en su habitación y se fue al muelle, a pensar. El barco estaba mal amarrado así que lo colocó bien y comenzó a recoger las cosas, a limpiar lo que habían ensuciado. ¿Era el final de todo? Pues a lo mejor. Recogió la ropa de Harper y cambió las sábanas. Al menos tenía un maravilloso recuerdo de esa parte del día. Sonrió cuando la vio descender al pensar que a él le había pasado algo. Luego, se fue a casa y echó a lavar la ropa, metió las cosas en la bolsa de Harper y se sentó en la cama. Había otro mensaje de Agatha. Tenía que disculparse por su rudeza, por ser tan borde.

Vale, Leo, si es lo que quieres, dejamos nuestro acuerdo comercial ya mismo. Te mandaré un contrato de renuncia. De todas formas, te has vuelto un capullo, más de lo normal. Que te vaya bien.

Dejó el móvil sin poder contestar. Se echó sobre la cama mirando al techo. Cojonudo. La puerta estaba abierta y se asomó Jacob.

—¿Qué te pasa?

—He acabado con Agatha, o sea, hemos roto nuestro contrato.

—¿Por qué?

—Me estaba presionando demasiado. Estoy hasta los cojones de todo esto, Jacob. Buscaré un trabajo normal.

—¿Ah, sí? ¿Uno en el que tengas que fichar de las ocho hasta las tres o las cuatro, sentarte en una oficina y estar entre papeles y hojas de Excel?

—No tiene por qué ser eso. Puedo hacer otras cosas. Acabé mis estudios de turismo y hablo cuatro idiomas. De algo servirá.

—No te digo que no. Pero te iba muy bien. ¿Y lo de ser actor?

—No creo que funcione. Ni siquiera he ido a ningún casting.

—Charlie ha ido a dos y no lo han cogido.

—Ah, no lo sabía.

—Sé que es complicado, a ver, puedes venir a trabajar a la galería.

—¿Y tenerte de jefe? Ni de coña. Me buscaré la vida como sea.

—Joder, Leo, eres un capullo.

—Me lo dicen mucho. ¿Ha llamado Mack?

—Todavía no. Pero nos hemos vestido para salir en cuanto llame.

—Vale, pues me visto yo también.

—¿Y Harper?

—Es tema pasado, vete con tu esposa y déjame en paz. Me voy a vestir.

—Como si no te hubiera visto veces en pelotas.

Lo miró mal y Jacob se levantó de la cama con un suspiro.

—Leo, eres mi hermano y te quiero, pero ahora mismo eres el tío más imbécil del universo. Has encontrado una chica que, a pesar de ti, le gustas y vas y la echas. Estás jodiendo tu carrera solo porque en tus dos neuronas piensas que lo de papá ha sido por ti cuando sabíamos que le quedaba poco y esa terapia fue algo que le mejoró lo suficiente como para disfrutar de... ese maravilloso día de fiesta que le dimos. ¿No lo viste? Estaba feliz, joder. Quédate con eso.

—Yo... no sé qué hacer, Jacob.

Su hermano se acercó y le dio un abrazo.

—Diría yo que esperemos a que papá mejore y que luego vayas arrastrándote detrás de Harper y de Agatha, les compres un anillo y flores, respectivamente, y dejes de ser tan capullo.

—¿Y si no mejora?

—Pues lo asumiremos como asumimos que mamá se fuera. Nadie sobrevive a la vida, Leo. Lo sabes.

—No estoy preparado.

—Cuando murió mamá, yo te tenía a ti. Sigo estando aquí, aunque ahora tenemos más hermanos y a Margot. Ella también nos necesitará en caso de que ocurra algo. Y Sophie.

—Lo sé. Maldita sea, Jacob. Te has vuelto demasiado sensato.

—Siempre lo he sido. Venga, cámbiate y baja a tomar un café. No aumentes su preocupación. Mini Villana no hace más que buscarte a ver si bajas.

—Soy su hermano favorito.

—Lo dudo, pero baja pronto.

Se puso unos vaqueros y una camiseta y bajó. Era cierto, todos lo esperaban con cariño. Sophie se levantó y le dio un abrazo y él la cogió. Pasó sus manitas por la nuca y enterró su rostro lloroso en el cuello.

—Vamos, *minivi*, que no es para tanto.

—Ya estoy mejor porque, aunque tus abrazos son menos esponjosos que los de Charlie, me gustan igual.

—¿Esponjosos? —preguntó Charlie mosqueado.

—Sí, cariño, eres muy esponjoso —dijo Ruby.

Él puso el rostro de mosqueo, pero entonces, Margot se echó a reír y todos la acompañaron. Eso distendió el ambiente y Leo se sentó con ellos en el banco de la cocina. Charlie le puso un café y se lo agradeció con una sonrisa.

Sophie se quedó en su rodilla dibujando en su cuaderno. Miró a su familia. Sí, ellos eran lo mejor y estaba muy orgulloso de que, hiciera las tonterías que hiciera, lo aceptaban.

CAPÍTULO 14. Y A VECES, LOS SUEÑOS LLEGAN

Harper



Cuando llegó al hotel, su madre no entendió nada. Tuvo que explicárselo dos veces a ambas. Esperaba que se molestaran, que se enfadasen con ella por mentirles, pero solo la abrazaron, recogieron sus cosas y se marcharon a casa.

—Ven unos días a mi casa, hija. Descansa de todo este lío.

—Kevin anda diciendo que tenemos que dar explicaciones. Estoy un poco harta, la verdad. Y me ha conseguido otro restaurante para dentro de poco.

—¿Cuándo?

—En cinco días.

—Perfecto, te quedas cinco días en casa y luego vuelves con energía renovada. Y, por cierto, o sois actores de un Óscar o hay algo entre vosotros. A tu madre no la engañas, y a Margot tampoco.

—Bueno, será eso.

—¿Te han informado sobre Richard?

—Sí, le ha tocado a Lorelai hacer de intermediaria. Leo no debe querer ni hablar conmigo, para que veas. Me ha dicho que sigue en

la UCI, pero al parecer fuera de peligro. Así que vale, recojo algunas cosas y nos vamos.

—Me parece fenomenal.

En la puerta vieron un par de paparazzi. En realidad, no era tan famosa como para que alguien la siguiera, así que salieron por el garaje de camino a Jersey, a la tranquila casa de su madre. Durante los cinco días que estuvo pudo ordenar sus pensamientos, con largos paseos sin el móvil. No supo nada de Leo, pero Lorelai le informó de que Richard había salido de la UCI y que ya estaba en casa con tratamiento. Puede que le operasen de nuevo en unos meses, cuando se encontrase mejor, pero estaba vivo y era lo que importaba.

Ella soltó un suspiro de alivio y se lo dijo a su madre. Se abrazaron.

—Hoy tengo que ir a ese restaurante, Kevin me mandará la ubicación cuando esté en la ciudad, y ya me quedaré, mamá. Me ha encantado pasar estos días aquí, haciendo galletas y paseando con la tía y contigo. Te quiero mucho.

—Y yo a ti. Llámame cuando llegues y también cuando acabes en ese restaurante. O si acabas tarde, al día siguiente.

—Claro, mamá.

Les dio un abrazo a ambas y se fue a su apartamento. Kevin la iba a pasar a buscar, y le dijo que se arreglase, que el sitio era elegante, aunque sin pasarse. Así que se puso un vestido ligero de tirantes en colores rosados, algo ajustado y no demasiado largo. En la cintura llevaba un gracioso adorno de mariposas. Se colocó un colgante con una mariposa también y miró su mano. Todavía no se había quitado el anillo de Leo. Estuvo a punto de hacerlo, pero todavía no habían hablado de cómo iban a romper, aunque él ya lo hubiera hecho por su cuenta. Se arregló el cabello y lo cogió en una coleta baja. Si iba a entrar en la cocina, no quería dejar ningún cabello suelto por allí. Cuando bajó a la calle, Kevin ya la esperaba. La miró entera y dio el OK.

Luego, se subió al coche, mirándola de reojo.

—¿Qué me quieres decir que no me dices?

—Ah, sí, —soltó una risita—, me conoces bien. Leo ha cancelado el contrato que lo unía a Agatha.

—No me digas —dijo ella sorprendida.

—Sí. Dijo que estaba harto de todo. Está pasando por un mal momento.

—Me dijo Lorelai que su padre había salido, que estaba mejor.

—Lo está. Pero él de alguna manera, se ha hundido en la miseria. Tal vez podrías hablar con él.

—¿Yo? Recuerda que me echó de su casa y de... su vida.

—Estaba bajo presión. Te miraba con...

—Mira, Kevin, no lo digas. Por favor. Déjalo ya. Tiene familia suficiente como para que puedan consolar al niño. Todos hemos perdido a personas queridas y seguimos adelante.

—Sentirse culpable es jodido, Harper.

—No voy a hablar del tema.

Él hizo el gesto de cerrarse la boca con cremallera y tirar la llave por la ventanilla. No pudo evitar sonreír. Kevin era como un hermano para ella. Llegaron al lugar y aparcaron detrás de una calle.

—¿Y por qué quieres venir a una de mis visitas?

—Es que tengo un evento luego y quiero que me acompañes, sin más. Así te distraes.

La entró por un callejón de atrás y ella enarcó las cejas. Normalmente solía pasar por la puerta principal, así hacía alguna foto de cómo era el lugar y el aspecto general. Ni siquiera se había fijado en qué calle estaba.

—Bienvenidos a mi cocina —dijo el chef. Era un tipo alto, atractivo y con gorro de cocinero. Aspecto limpio, eso le gustó.

—Encantada, chef. Soy Harper.

—Me llamo Caleb. Gracias por venir. Hace poco que hemos abierto y toda ayuda es buena.

—Antes de nada, quiero decirte que mis reseñas son sinceras, a pesar de que hayáis llegado a un acuerdo comercial, no mentiré.

—Y eso es lo que más me gusta, porque todo el mundo sabe que eres así. Creo que te gusta visitar las cocinas primero.

—Sí. Desde luego.

Le mostró la cocina completa. Había dos mujeres trabajando, todas con sus uniformes completos. Estaba muy ordenada e incluso lo que era la cámara refrigeradora, toda etiquetada. Hizo varias fotos y asintió con una sonrisa.

—¿Podré hacerte una entrevista corta?

—Sí, vamos al reservado y pregunta lo que quieras. ¿Te apetece un café o una copa de vino?

—Café estaría bien. He visto que tenéis algunas especialidades. ¿Me sorprendes?

—Por supuesto.

La llevó al reservado y desapareció. Al poco, ya estaba de vuelta.

—Las he encargado. Ya veo que has montado el trípode. Verás, soy bastante tímido para mostrarme en redes, pero mi marido dice que, si quiero prosperar en el negocio, debo hacerlo.

—Sí, estoy con él. Te guste o no, salir al mundo hará que conozcan este lugar tan bonito. Espero ver la sala más tarde.

—Desde luego, pero pensé que aquí estaríamos más tranquilos.

Un camarero les trajo dos cafés especiales, con un toque de nata y canela. Ella les hizo una foto y comenzaron la grabación.

—La editaré, así que siéntete cómodo con lo que digas y si hay algo que no quieres decir, no lo hagas. Si tenemos que repetir, lo haremos. Comencemos como si fuera una conversación natural. ¿Cómo llegaste a ser chef?

—Gracias, Harper. Verás, mi historia no es de lo más normal, creo. Te diré que estaba en el ejército, pero nunca me gustó del todo. Tradición familiar, ¿sabes? Y, además, soy gay, algo que a mis padres no les hizo ninguna gracia. Así que seguí mi pasión y mis sueños y aquí estoy.

—Vaya, eso es algo maravilloso. Entonces, ¿siempre te gustó cocinar?

—Sí. Mi madre viajaba mucho y como soy el hermano mayor, me tocaba hacer la comida. A mi padre no se le daba bien. Empecé a preparar más que una hamburguesa o una ensalada. Pero luego me enrolé y allí no pude hacer nada. Sin embargo, aprovechaba

cualquier día libre o incluso horas para ir a aprender allá donde estaba destinado.

—Montarse un restaurante es complicado y cuesta mucho dinero.

—Así es. Ahorré todo lo que pude y también he de decir que mi marido quiso invertir en mi negocio y entre los dos lo levantamos. Él es el socio ejecutivo, según dice, —comenta sonriendo—, pero somos muy felices.

—Trabajar en tu sueño es lo mejor para cualquier persona.

—¿Cuál es tu sueño, Harper? —preguntó él de repente.

—Bueno... yo también quería algo así, pero no tengo la suerte de tener un marido que me apoye y digamos que... tampoco me siento preparada.

—¿Querías ser chef?

—Me conformaría con trabajar en una cocina de momento.

—¿Y dejarías tu trabajo por ello?

Ella tragó saliva. No entendía muy bien por qué le estaba preguntando eso, pero asintió segura.

—Lo dejaría, Caleb. Lo dejaría de verdad.

—Entonces trabaja conmigo Harper. Necesito a alguien en la cocina.

—No me conoces, ni siquiera sabes cómo trabajo.

—Me han informado y he visto tus redes, antes preparabas platos con mucho estilo. Y, bueno, podemos empezar un par de meses a prueba, si ves que te convence, te quedas. Que no te gusta estar aquí o no te gusta como jefe, te vas. Tan fácil como eso.

Se quedó sin habla. ¿Por qué le estaba sucediendo esto?

—Puedes pensártelo, Harper, aunque primero me gustaría que probases mi menú especial.

—Por supuesto, Caleb, desde luego.

—No me contestes todavía, tienes unos días para pensarlo, aunque sí es cierto que necesito una ayudante de cocina que sepa hablar con la gente. Serías perfecta para ello, si te parece bien. Ya ves lo mal que se me da a mí.

—¿Quieres decir que trabajaría en la cocina y en la sala?

—Mucha gente solicita hablar con el chef. Y lo odio. O no lo odio, pero me produce una gran incomodidad. Me salvarías la vida.

—Yo...

—No me contestes ahora, pediré que traigan mi menú especial.

Salió un momento y ella miró a su alrededor. La sala era preciosa, la cocina un sueño... ¿sería posible? Y el chef era un encanto.

Entró una simpática camarera que le explicó lo que llevaba todo el plato. Era una sencilla sopa de tomate con hierbas y un helado salado. Le hizo fotos antes de comerla y después se grabó probándola. Se le abrieron los ojos como platos y solo pudo ronronear. Le pasó lo mismo con los demás platos. Además, sola en esa sala, se encontraba muy centrada en los sabores, los olores, las texturas. Con el postre, volvió a entrar el chef, algo nervioso.

—Dios santo, Caleb. ¿Esto dais en el menú?

—Mmm sí. Esto. Tal cual. ¿Qué te ha parecido?

—¿Los empleados pueden comer de vez en cuando estos platos?

Se echó a reír. —Claro, siempre los probamos antes de comenzar el servicio.

—Me quedo, me da igual lo que me pagues o si me das de comer, no hace falta que lo hagas.

Caleb soltó una carcajada. —Veo que te han gustado.

—Me va a ser muy difícil encontrar un fallo para que no parezca que no soy sincera. Llévame a la sala a ver si encuentro algo que no me guste.

Volvió a sonreír y la acompañó. Ella hizo algunas fotos y luego, refunfuñó al volver al lado del chef.

—Maldita sea, es perfecto.

El chef la abrazó con afecto. No le había parecido un tipo de esos que van dando abrazos, pero lo aceptó. Un hombre trajeado y muy atractivo apareció y le tendió la mano.

—Soy su esposo y socio. ¿Has comido bien?

—A las mil maravillas.

—¿Y con respecto a lo otro? Porque mi esposo es un as con las preparaciones, pero explicarlas... eso no se le da nada de bien. Me

parece que tú lo tienes todo, Harper.

Sí que la habían investigado, él también sabía su nombre.

—Esta es nuestra oferta —dijo Caleb pasándole un papel. Ella no esperaba tanto, pero sonrió. No es que fuera a ganar lo mismo que siendo creadora de contenido, pero le valía.

Tendió la mano y ellos la estrecharon.

—¡Bienvenida a la familia!

—Será raro publicar una crítica gastronómica perfecta y luego trabajar aquí, pero me da igual. Mis seguidores saben que soy sincera.

—Tenemos un cáterin en media hora, ¿quieres quedarte? ¿Te animas? Casi eres ya empleada.

Kevin se acercó con una sonrisa. —¿Has aceptado?

—También lo sabías.

—Por supuesto, mona. Seguiré siendo tu agente cuando salgas en medios, y vendré a comer aquí todas las semanas.

La metieron en la cocina y le dieron un uniforme que no le quedaba nada de mal. Se puso un gorro y se lavó las manos. Estaba emocionada. Kevin se fue a ese evento y ella aprendió, imitó y preparó cientos de cosas.

—Eres rápida, Harper. Me gusta —dijo llevando una bandeja a la cámara.

Pensó en su padre. Cómo habría disfrutado viéndola trabajar en una cocina. Uno de sus sueños se había hecho realidad y de lo otro... supuso que el tiempo y la distancia le ayudarían a solucionarlo.

CAPÍTULO 15. COINCIDENCIAS NO CASUALES

Leo



—Sobre lo que dijiste el otro día... necesito un favor.

Jacob había entrado en su habitación mientras él estaba tirado en la cama. Había estado parte de la noche entrando y saliendo de la habitación de su padre hasta que Margot le echó la bronca y se lo prohibió. Al menos, estaba bien.

—A ver, que no sé ni de qué me hablas, Mr. Intenso.

—Dijiste que no sabías qué hacer con tu vida. Y ahora tengo un problema.

—¿Te pasa algo? ¿A Bella? —preguntó incorporándose al ver el rostro serio de su hermano.

—Bueno, va a tener un bebé, si no te has dado cuenta.

—Eso ya lo sé. ¿Qué más?

—No seas borde. Verás, Bella quiere empezar a trabajar enseguida, aunque se tome sus pausas para amamantar al bebé y para ello necesita a alguien que se lo lleve y que lo cuide.

—No voy a ser vuestra niñera, ni de puta coña, Jacob.

—No, no es eso. Quiero cuidar de Alex yo mismo y Ben no puede solo con la galería. Por eso te quería pedir que mientras el peque tenga unos meses y hasta que vaya a la guardería, me sustituyeras.

—Yo no sé tanto de arte como tú, Jacob.

—Tenemos las exposiciones confirmadas de aquí a un año, tiempo suficiente para que el bebé sea más independiente. Solo tienes que estar ahí, ser amable y vender con encanto. Eso sí lo sabes hacer. Y puesto que hoy vienen invitados por la exposición del primo de Lorelai, me gustaría que vinieras para hacerte con el ambiente. Llevas días sin salir de casa.

—Ni ganas que tengo. ¿No se lo puedes pedir a Charlie? Es guapo, no tanto como yo...

—Me gustaría que fueras tú. ¿Cuántas veces te he pedido un favor?

Sacó los dedos para empezar a enumerar y su hermano le tiró el peluche de su equipo de fútbol a la cara.

—Si no lo haces por mí, hazlo por tu sobrino. Tener a sus padres cerca es importante. No quiero ser un padre ausente.

—Ya. Eso sí.

Suspiró mientras arreglaba la camiseta del osito. Su padre faltaba de casa durante meses y aunque cuando volvía los colmaba de atención, siempre lo echaban de menos.

—Está bien. ¿Tengo que ponerme traje?

—No, camisa y pantalón serán suficientes. Anda, date una ducha, te espero abajo en diez minutos.

—¿Y papá? —preguntó con pánico.

—Está Margot y Mack tiene guardia, pero podrías estar aquí en minutos. Charlie y Ruby acudirán, el restaurante de su hermano nos traerá el cáterin e incluso Sophie va a venir, dice que tiene que vigilar que todo esté bien. Es un familiar de Lorelai quien expone, hay que apoyarlo.

—Deja de hacerme chantaje emocional, Jacob, sí y sí, sí a todo, pesado. Total, no creo que tenga mucho que hacer de aquí a unos meses.

—Nunca se sabe. Pero dúchate por dios. O espantarás a los posibles clientes.

Le tiró el osito y salió volando. Se levantó con pocas ganas. No era totalmente ignorante de lo que hacían en la sala, porque cuando podía se pasaba, al final, era su hermano. Y entendía que quisiera pasar los primeros meses con su hijo, de forma que Bella pudiera retomar su puesto. Entendía muchas cosas, pero no cómo se sentía. Y no solo por lo de su padre, sino por haber sido tan cabrón de echar a Harper de esas maneras, de no volverle a hablar, de hacerle un *ghosting* de manual. Era despreciable, pero no sabía qué más hacer. Se habría ido quizá a otro lugar para hacer una reseña.

Se metió en la ducha y se afeitó. Lo iba a hacer. Se implicaría en la sala de su hermano y Ben, les echaría una mano y tal vez en unos meses encontraría su camino. Eso que tanto le gustaba, fuera lo que fuese.

Se puso una camisa y pantalones oscuros, para diferenciarse de su hermano, que siempre iba con camisa blanca y después de despedirse de su padre, se metió en el coche, al lado de Sophie que llevaba un precioso vestido azul. Lo miró de arriba abajo.

—No estás mal, Leo.

—¿Gracias?

Bella y Jacob se echaron a reír desde el asiento de delante. Llegaron a la capital solo con una parada porque la embarazada se hacía pis y aparcó cerca de la sala. Habían puesto unas guirnaldas muy elegantes y llamaban la atención desde la calle.

—Me voy al baño otra vez —dijo Bella y Sophie la acompañó.

—Y así cada dos horas. Es una faena, pero te aconsejo que, si alguna vez vas con alguien embarazada, no le sugieras ponerse pañales. Es mala idea.

Leo se echó a reír y le dio unas palmaditas a su hermano. Ben estaba terminando de colocar los catálogos y sonrió al verlos.

—Los Donovan han llegado. ¿Cómo está Richard?

—Mejorando —dijo Jacob—. ¿Ha llegado el artista?

—Sí, allá atrás —contestó de bastante mala gana.

Lo miraron con curiosidad. Se acercaron. Estaba Armando, el cuñado de Lorelai, el artista que era su primo y claro. Ambos se miraron comprendiendo. Stella estaba allí, preciosamente enfurruñada.

—Hola a todos, qué bien veros —dijo Jacob. Se saludaron con amabilidad, incluso Stella.

Toda la animadversión se la guardaba para Ben. Leo se acercó a ella.

—Algún día me contarás por qué odias tanto al mejor tío que conozco.

—Ja. Déjame en paz, Donovan. Que te den.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Lori y Armando me lo pidieron. Solo por ellos.

—Tienes un problema, Stella —dijo Leo molesto. Se marchó. Estaba seguro de que Ben jamás le haría daño. Además de haber sido policía y de los buenos, era un gran hombre. Duro, protector, pero buena gente. Y eso que ese día estaba con algún golpe que otro en la cara. Sin embargo, no les había explicado. Jacob le dijo que lo interrogarían más tarde.

Empezaron a venir los invitados. El primo de Lorelai parecía tímido, pero cuando explicaba su obra, su rostro se transformaba. Él y Jacob lo acompañaban y veía cómo se comportaba su hermano, para aprender. La verdad, lo hacía bien, aunque no se lo diría ni en sueños. Charlie se unió con Ruby a la fiesta. Luego hablaría con él. Parecía feliz, aunque claro, él siempre sonreía.

Se cerraron varias operaciones y después de dar las gracias a todos los asistentes, les invitó a pasar al rincón donde habían preparado unas mesas con bebidas.

—Van a venir los del cáterin, ábreles por detrás, Leo —indicó Jacob. Él asintió y se fue bajo la atenta mirada de sus hermanos. Solo era abrir una puerta, joder, no la iba a cagar.

Llegó hasta el final del pasillo y abrió. El hermano de Ruby entró con varias bandejas, también su esposo y una camarera. Siguió sujetando la puerta cuando se encontró cara a cara con ella.

—¿Harper?

—¿Leo?

—¿Por qué llevas el uniforme del restaurante del hermano de Ruby?

—Ay, mierda.

La camarera se acercó y le quitó la bandeja de la mano. Ella quiso darse media vuelta, pero Leo cerró la puerta.

—Hablemos. Es una buena oportunidad.

—No hay mucho de qué hablar, Leo. Me echaste de tu lado, rompiste el contrato y reniegas de todo lo que hicimos. Listo.

—No he publicado nada que diga eso. Estaba nervioso por mi padre.

—Eso lo puedo entender. Pero no lo demás. Y no te importa por qué estoy aquí, aunque está claro que ha sido premeditado. Seguramente ni el hermano de Ruby necesitaba a alguien.

Se quitó el delantal y el gorro con desgana. Decepcionada. Leo chasqueó la lengua.

—Esto han sido mis hermanas. Mini Villana. Jacob me pidió que le ayudase con la galería mientras él cuida a su hijo.

—Ya veo. Son demasiado...

—Sí, son demasiado, pero si me das un minuto, querría contarte algo.

—Un minuto, he quedado con Caleb en ayudarle y no quiero que piense que me escaqueo, si es que todavía lleva idea de contratarme.

—Seguro que sí —Leo suspiró y se rascó la cabeza, revolviéndose el cabello—. No sé cómo ha pasado. Yo... estoy muy confuso. Todo esto... me supera.

—¿Qué te supera? ¿Yo te supero? Te recuerdo que no somos nada...

—Eso también me supera. No eres tú. O sea, quiero ser algo.

—Madre mía, Leo, te explicas como un libro cerrado. Parece mentira con la labia que tienes en redes.

Se apoyó en la pared mientras ella lo miraba con los brazos cruzados, esperando. Al menos, no se había ido.

—Hacer creer que estábamos juntos me gustó mucho. Me hizo sentirme como nunca.

—Somos buenos actores.

—Al principio puede que actuase, luego no. Me gustas mucho, Harper, tanto que... me he enamorado de ti.

Ella se quedó quieta, con la boca abierta y sin responder. Él la tomó por los hombros.

—Pensé que no me iba a enamorar como mi hermano o los demás, que no encontraría a nadie que de verdad significase algo para mí. Y luego, voy y me caso con la mujer más perfecta que se ha cruzado por mi vida.

—No soy perfecta, Leo —susurró ella.

—Perfecta para mí si quieres decirlo así.

Ella se sacudió ligeramente y él apartó las manos.

—Estás influenciado por lo felices que son tus hermanos, pero estábamos fingiendo, tú también fingías —dijo enfadada.

—Entonces, ¿no sientes lo mismo que yo? —preguntó tomándole la mano y llevándola a su pecho donde su corazón latía apresurado.

—No me fío, Leo. No me fío de que dentro de una semana te largues y te des cuenta de que no quieres estar conmigo. O que ocurra algo y que me echés de tu lado. Una relación es para lo bueno y para lo malo. Si estás mal, yo debería acompañarte y tú a mí en el caso contrario.

—Me he comportado como un crío, lo sé. Tengo la inteligencia emocional de una ameba.

Ella sonrió con tristeza y movió la cabeza, pero no la mano.

—¿Lo ves? Bromeas hasta de lo que es demasiado serio. Dices que te has enamorado, ¿pero acaso has venido a buscarme? Si no hubieras coincidido conmigo aquí y ahora, ¿me habrías llamado?

Él le soltó la mano y ella la dejó caer. Suspiró y caminó hacia la sala.

—Madura, Leo Donovan.

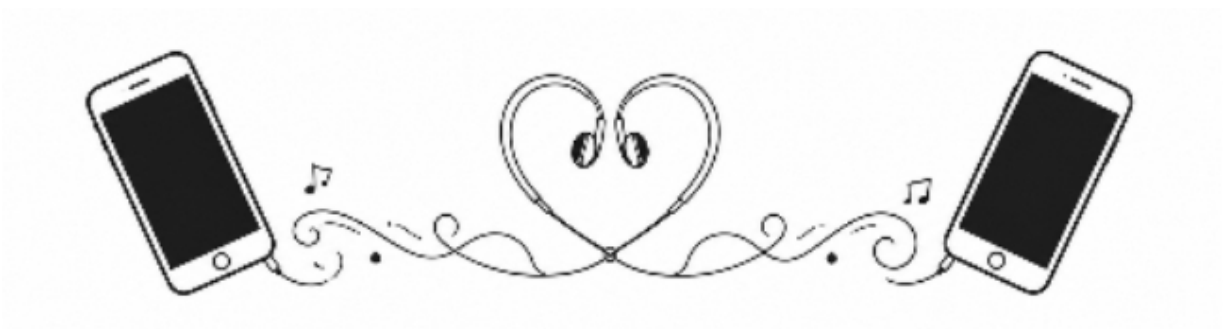
Salió de la sala y caminó por las calles sin rumbo. Y era verdad, Harper tenía toda la razón del mundo. No la había llamado porque estaba acojonado de sus propios sentimientos. Se le estaba bien. Se

había comportado como un imbécil y se merecía hasta la última palabra y eso que no había sido tan dura con él. Tal vez... si ella empezaba a trabajar en el restaurante y él en la galería...

Sonrió. Puede que hubiera un tal vez y él se encargaría de ello.

CAPÍTULO 16. HELADOS & CALOR

Harper



—¿En serio, Caleb? —preguntó ella limpiándose las manos.

—Es un cliente y paga. Tiene sus derechos.

—¿No hay un cartel que ponga reservado el derecho de admisión?

—No puedo hacer eso. Es mi familia. Anda, ve.

Salió murmurando. Leo llevaba más de un mes acudiendo a comer cada día y cada día le pedía a la camarera hablar con la chef y relaciones públicas para que le contase cómo estaba hecho el plato de turno. Al principio le sorprendió, se quedó callada, pero él parecía tomárselo muy en serio. Ahora, incluso las camareras y los clientes habituales soltaban una risita cuando ella salía.

Si algo podía decir de Leo Donovan es que era constante.

—Buenos días, caballero. ¿Qué se le ofrece hoy? —preguntó ella con voz fría.

Él le sonrió y tuvo que hacer un esfuerzo para que no le temblasen las manos. Llevaba una americana oscura, camisa azul y su cabello artísticamente despeinado.

—El guiso me ha parecido excelente, pero no he localizado los ingredientes, ¿puedes explicármelos?

Ella frunció el ceño al principio, pero al hablar del plato se le iluminaron las mejillas. Él asintió, escuchándola atentamente hasta que acabó.

—No esperaba que dos ingredientes tan distintos como la piña y la pimienta maridasen tan bien.

—¿Verdad? —dijo ella entusiasmada. Al ver su sonrisa, se puso seria—. ¿Algo más?

—Me ha dicho un pajarito que tienes fiesta esta noche. Sé dónde hacen unos helados de chocolate salados que son imposibles de reproducir.

Ella abrió los ojos y luego frunció el ceño.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—No, para nada. Solo tomar un helado. Creo que a Caleb le encantaría que pudieras espiar cómo se hacen, por si queréis cocinar algo parecido.

Se llevó las manos a la cara, pensativa.

—Bueno.

—Te recojo a las siete.

—Tengo que irme a cambiar a mi casa.

—Te recojo en tu casa.

—Está bien.

Se volvió y él alzó los brazos en señal de victoria. La camarera aplaudió y ella se giró para verlo cómo los bajaba con rapidez. Leo se encogió de hombros. Era un niño grande muchas veces. O todas. Pero joder, había ido cada día durante todo este tiempo. Según Caleb era muy romántico que la rondase, pero no tenía mérito, trabajaba al lado. Su marido Dan le había dicho que solo trabajaba dos días a la semana hasta que naciera su sobrino, pero igualmente iba a comer cada día. Y pagando.

Suspiró al entrar en la cocina. Caleb la tomó de los hombros.

—Has quedado. Casi he escuchado los aplausos.

—Por pesado. Y porque vamos a ir a esa heladería que quería... Un momento, ¿se lo has dicho?

—No sé. Tal vez en alguna conversación se lo comenté a mi esposo. Quizá él se lo dijo a Bella. Las noticias corren.

—Sois unos conspiradores. Pero ya que el chico se deja la pasta aquí, lo menos que puedo hacer es tomar un helado.

—Seguro que tiene una lengua muy juguetona —dijo una de las cocineras mientras ella se ponía a cortar cebolla.

—Sí.

Se echaron a reír y se sonrojó. Ni se había dado cuenta.

—Bueno, ya está, chef, tenemos que trabajar, ¿no?

—Por supuesto, dejad de darle a la lengua.

Volvieron a reírse todos. Ella esbozó una sonrisa. Lo cierto es que su vida estaba cambiando. Claro que publicó la reseña, donde mostró la limpieza del restaurante y los platos y también, a la semana, que iba a trabajar de prueba. Estuvo mostrando algunos platos y tenían reservas para más de un mes. Caleb estaba muy contento y se alegraba por ellos. Comenzar de cero no era fácil y se sentía muy agradecida por la oportunidad que le habían dado. Su madre y su tía habían ido a comer y cuando sacó un plato inspirado en uno que hacía su padre, se echaron a llorar.

Su vida parecía tomar sentido y, aunque la llamaban de otros lugares, estaba rechazando la mayoría de los proyectos. Le bastaba con el trabajo y, de todas formas, tenía su casa ya pagada e incluso ahorros. No necesitaba más.

O eso creía hasta que él empezó a ir a comer cada día. La escuchaba hablar de los platos y después nada. Ella empezó a frustrarse un poco, la verdad. ¿Para qué iba si luego no le decía nada más?

Se despidió de todos a las seis y caminó hacia su piso. Estaba solo a una parada de metro así que después de llegar y ducharse, se arregló. Ya no tenía la manicura perfecta. Ahora sus uñas eran cortas y sin pintar. Se había deshecho de su melena, para resultar más manejable y no solía maquillarse demasiado para ir a trabajar.

Kevin le decía que las seguidoras estaban encantadas con su cambio de vida y solían pedir que les contase cosas. No habían desmentido que la boda había sido falsa, pero sí que se habían

distanciado. De todas formas, ellos habían estado liados con el juicio que llevó a esos matones a la cárcel y también con lo de Richard.

Incluso siendo octubre, el tiempo estaba caluroso y se puso solo una cazadora fina con vaqueros y un jersey ancho. No quería que él pensara que se estaba arreglando demasiado para él. Y si iba con traje de chaqueta, era su problema.

A las siete menos cinco llamaron a la puerta. Todavía se estaba calzando. Abrió. Él llevaba una sudadera y vaqueros. Y con eso, estaba demasiado atractivo como para que no se le fuera la cabeza.

—Hola, espero que no te haya molestado que suba a buscarte.

—Sí, suelo dejar que los clientes pesados vengan a mi casa.

Él sonrió. —*Touché*.

—Pasa, tengo que calzarme.

—Tu casa es muy bonita, Harper.

Se empezó a poner las deportivas, nerviosa de tenerlo ahí. Porque se acordaba de ese momento en el barco cuando le hizo ver las estrellas. Se sonrojó y con los nervios, pisó el cordón y se cayó al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó él entrando. Ella estaba sentada y él le tendió la mano para levantarla, lo hizo con tal fuerza que ella se estrelló contra su pecho. Puso la mano en él y Leo acarició su rostro. Se apartó.

—Los helados.

—Sí, vamos a por los helados, chef.

—No soy chef todavía, estoy aprendiendo.

—Según he escuchado, eres buena.

—Caleb es un amor.

—Ja. Ese tío amenazó a Charlie con cortarles las pelotas y asarlas en la barbacoa si se portaba mal con Ruby. Parece un oso amoroso, pero es un *grizzly* en el fondo.

Se echó a reír. Leo le abrió la puerta y salieron. Caminaron por la ciudad, callados, mirando alrededor. Los árboles comenzaban a cambiar suavemente de color, todavía aguantando el calorcito de un tardío verano.

—Entonces, ¿estás contenta?

—Sí. Es mi verdadera vocación, Leo. ¿Y tú? ¿Cómo va la galería?

—No va mal. A Bella le falta cada vez menos y voy a ir más días. Puede que ella se quede en casa está enorme y le han recomendado reposo. Se queja de que no se ve los pies y mi hermano anda loco para conjuntar su ropa. Menos mal que han decidido mudarse a Los Hamptons para estar más tranquilos, aunque supongo que Bella seguirá trabajando online.

—¿Y tu padre?

—Mi padre, mi madre y Sophie están temblando porque una madre furiosa aterrice en su casa. Pero están bien. Lo siento, siempre haciendo bromas.

Ella le tomó del brazo.

—Está bien, Leo. Es tu forma de ser. La persona que te quiera debe aceptarlo. Luces y sombras, porque tus chistes son lo peor.

Él la miró ofendido y luego se echó a reír.

—Supongo que tengo un síndrome de Peter Pan mal llevado.

—¿Y tus redes?

—Bajaron, como era de esperar. He empezado a publicar sobre la galería y tal, pero no sé. No creo que vuelvan a subir. Y no me importa. Mira, ahí está la heladería. Pedimos uno y caminamos.

—Claro.

Entraron en el local. Ella se pidió uno de chocolate con café amargo y pimienta y él de fresas con mostaza. Lo cierto es que eran sabores muy extraños. Caminaron sin atreverse casi a probarlos.

—Seamos valientes —dijo Harper.

Le dieron un lengüetazo y ella cerró los ojos, buscando los sabores que le explotaban en la boca.

—Madre mía, esto es una pasada. Es un orgasmo de sabor.

—¿Un orgasmo? No me digas eso, Harper.

Ella lo miró con picardía.

—¿Quieres probarlo? —preguntó. Él asintió y se acercó a su bola de helado, pero ella le dio un mordisco—. ¿De mi... boca?

Leo abrió los ojos y se acercó a ella. Pasó la lengua por sus labios y ronroneó. Ella se agitó. Y es que se había cansado de resistirse a su atracción por él.

—Te dejaré que pruebes el mío.

Se extendió el helado por los labios como si fuera un carmín y ella se echó a reír. Él se agachó. La lengua de Harper recorrió los labios de Leo y él se estremeció.

—La verdad es que está delicioso.

Él se incorporó y la miró muy serio.

—Entonces, ¿esto significa que me das una oportunidad o que quieres comer más helado?

Ella bufó, pero asintió.

—Una pregunta con dos respuestas no se responde con un simple sí —dijo él nervioso.

—Es que se me ocurren formas muy creativas de comer un helado, a parte de los labios.

—Vamos a mi casa, que estamos más cerca —dijo él tomándola del brazo. Ella se echó a reír y lo paró por un momento.

—Escucha, Leo. Solo quiero... pedirte que, si tienes algún problema, duda, o si te sientes muy mal o muy bien, no me excluyas de tu vida. No me apartes.

—No lo haré, Harper. De verdad. Puedo ser un poco imbécil y hacer bromas porque me acojona ser serio, ser intenso como mi hermano. Lo he visto sufrir durante muchos años y me da miedo amar tanto a alguien que quizá no me corresponda y siempre acabo haciendo una tontería. Y ya no sé qué estoy diciendo.

—Tranquilo, Leo. Hay otra posibilidad.

—¿Cuál? —preguntó él alarmado.

—Que la otra persona te quiera de verdad y que desee pasar todo el tiempo contigo, a pesar de tus tontas bromas.

Él abrió la boca y luego la cerró.

—¿Me quieres de verdad? Harper, dime que no me he confundido.

—Claro, Leo. Te quiero de verdad. Para lo bueno y para lo malo. Ya no me voy a resistir más.

El helado se cayó al suelo porque ambos se fundieron en un abrazo. Él la tomó de las mejillas y la miró a los ojos.

—No puedo creerlo. Te amo, Harper, y no desde hace poco. Creo que desde que te vi en el balcón del hotel de Las Vegas.

—Yo creo que me enamoré de ti cuando despertaste en pelotas en mi cama. Tenías una cara de niño bueno que me dejó sin palabras.

—Y mi precioso culo, claro.

Se echó a reír. —Creo que quiero volver a verlo.

—Entonces, vamos ya. Aunque sea sin helado. Mañana volvemos a por más, pero ahora nos vamos.

Casi corrieron hacia el apartamento de Leo. Los besos en el ascensor fueron demasiado tórridos para no excitarlos. Harper metió la mano por debajo de la sudadera y Leo la cogió en brazos y se la puso en la cadera. Se abrió el ascensor y se escuchó un carraspeo.

—Ah, veo que estáis ocupados. Había venido para dejarte la llave del local, pero vamos, seguid, seguid.

Salió llevando a Harper encima mientras su hermano Jacob se partía de risa entrando en el ascensor.

—Lo sabrá toda tu familia.

—Mejor. Que lo sepan. Sigues siendo mi esposa.

—No mandaste los papeles —dijo ella. Él buscó las llaves mientras la sujetaba con una mano. Por fin abrió la puerta.

—No quería divorciarme y sigo sin quererlo. Organizaremos una boda de verdad.

—Ya hemos organizado dos —dijo ella agarrada a su nuca. Él cerró la puerta de una patada.

—Pues una cada año si es necesario. A mi familia le encantará.

La dejó en el suelo y se sacó la sudadera, la camisa, los pantalones. Ella se la quitaba a la misma velocidad. Cuando ambos estaban desnudos y descalzos, él la volvió a coger en brazos y se la llevó a la cama. La echó y se puso a su lado, respirando agitado.

—Pero lo del helado lo vamos a probar.

—Podemos probar muchas cosas, Leo. Pero creo que ahora deberías besarme.

Y la besó, con ganas, explorando cada centímetro de su cuerpo, durante toda la noche. Y después de dormir abrazados. O de

repetirle lo enamorado que estaba de ella. Muchas veces. O de entregarse al placer como nunca lo había sentido. ¿Eso era amor? Sí, debía de serlo.

CAPÍTULO 17. EL MALVADO PLAN

Leo



Se despertó con un timbrazo que lo asustó. Harper seguía dormida, desnuda y con una leve sonrisa en la cara. Y es que esa noche y las cinco anteriores habían sido más que buenas. Mejor que buenas.

Se puso un pantalón y salió a abrir. Quizá era Jacob, pero según recordaba, era domingo y las ocho de la mañana.

—¿Dónde está mi chica? —preguntó Kevin entrando en su apartamento.

—Pasa, hombre, no te cortes.

—¿Ocurre algo?

—Pues que tendríais que haberme dicho que estáis juntos de verdad. Han sacado unas fotos vuestras y yo no sabía nada.

Harper salió con una de sus camisetas, el cabello revuelto y cara de sueño. Normal porque llevaban varias noches durmiéndose tarde, no solo por el sexo, sino por hablar hasta que caían rendidos.

—Kevin, ¿qué hora es? ¿Las nueve? ¿Estás loco? Es mi día de fiesta.

—A ver, niños, si estáis juntos de nuevo hay que moverlo y también empezar a aprovecharlo. ¿Qué tal un viaje de novios por Maldivas? Hablaré con Caleb para que te dé fiesta.

—Ey, ey, para el carro, bonito. Que llevo poco tiempo con él.

—Y, además, aunque mi padre vaya mejor, Bella está a punto de dar a luz. Estoy cubriendo a mi hermano.

—Chicos, está todo controlado. Caleb te dará una semana seguro y a tu hermana le faltan como mínimo tres. Y luego está el estreno de la película que hiciste con Charlie. Agatha me lo ha dicho. Ya sabes porque habéis vuelto a ser amigos, que ahora estamos juntos en nuestra agencia.

—No sé, Kevin. Sin un café, no puedo pensar.

—Yo hago cafés —dijo Leo dándole un beso en la nariz.

—Sois una monada. Ya decíamos que os mirabais muy intensamente.

Leo bufó desde la cocina mientras enchufaba la cafetera. Ella se sentó en la mesa de desayuno con los pies debajo de su trasero. Kevin se puso a su lado mientras Leo los miraba. Sacó la cafetera y una botella de leche, algunas galletas de avena y se sentó con ellos. Harper le sonrió y él la miró conteniendo un suspiro. Todavía no se creía que estaban juntos. Margot no hacía más que decirle que fueran ambos, pero Harper se sentía algo avergonzada por todo lo que había pasado.

—Nuestra idea es que una semana cada cierto tiempo podáis ir de viaje y hacer un super reportaje, hotel y restaurantes, fotos bonitas, románticas, algo así.

—¿Te recuerdo que tengo otro trabajo? —dijo Harper tomando un sorbo de su café y suspirando.

—Escucha, si tienes más seguidores y luego publicas contenido del restaurante le vas a beneficiar. Todo el mundo querrá ir, ¿o acaso no han notado que han aumentado las reservas?

—Sí, pero no quiero abusar del buen carácter de mi jefe.

Leo bufó. —¿En serio? El otro día volvió a amenazar a Charlie para que se casaran de una vez. Es un tío que acojona.

—No conmigo —contestó—, pero podemos hablarlo.

—Vale. Entonces, estáis juntos, juntos, ¿no?

—Juntísimos —se apresuró a contestar Leo—, para lo bueno y lo malo. Aunque cabezota como es, todavía no se quiere mudar aquí. Es más práctico, grande y está más cerca del trabajo de ambos.

—Eso ya lo hablaremos más tarde. Prefiero mantener mi lugar.

Leo bufó y se levantó al baño. Ya no sabía cómo hacer para que ella diera por fin el paso. Pero tenía un plan. El siguiente fin de semana era el cumpleaños de Mack y la convencería para ir. Si tenía que utilizar a Mini Villana para ello, lo haría. Los dejó hablar mientras cerraba la puerta para llamar a Bella, imaginó que estaría al tanto de que estaban juntos, porque Jacob habría tardado cero segundos en decírselo. Ella se apuntó. El plan estaba en marcha.

El jueves quedaron para dar una vuelta, empezaba noviembre y el frío les hizo entrar en una cafetería cercana antes de ir a cenar a un nuevo lugar que Caleb les había recomendado. Y de paso, ella haría una reseña.

—¿Qué te pasa? Estás mustio como mis plantas.

—Sí, lo sé. Es que... —dijo mirándole con ojitos de cordero. Ah, sí, eso le salía de maravilla y siempre le había funcionado en casa.

Ella le tomó la mano.

—Háblame, Leo. Dijimos que me contarías todo.

—Ya, pero es que igual no te parece bien.

—Joder, dímelo.

El camarero les tomó nota y pidieron unas infusiones calientes. Ella se veía impaciente. Él, aguantando la sonrisa.

—Como no me lo cuentes te voy a torturar.

—Vale, vale. Es que este fin de semana celebramos el cumpleaños de Mack y la verdad, a mi familia le haría mucha ilusión que vinieras. Ya les he dicho que igual tienes trabajo...

—Ah. Es que todavía me siento avergonzada de haberlos engañado.

—Pero si tu madre lo lleva tan bien... ¿por qué los míos no lo iban a llevar igual? Te aprecian muchísimo. Y todos mis hermanos y hermanastros.

Ella se mordió el labio y él la tomó de la mano.

—No quiero obligarte a nada, pero me gustaría mucho. Sophie me pregunta mucho por ti. Ella no entiende... o sea, piensa que no vamos en serio o algo. Para mí sí lo vamos. ¿Y para ti?

—Sí, Leo. Joder. Eres un manipulador. Está bien, aunque no creas que me siento cómoda.

—Cuanto más esperes, peor.

—En eso te doy la razón —suspiró ella—, y bueno, estamos... casados.

—Ya, y te sigue pareciendo como si no lo estuviéramos.

—Porque fue una boda falsa, Leo. Es... extraño.

—Algún año nos volvemos a casar, Harper y entonces viviremos juntos. Si no quieres en mi apartamento, lo vendo y compramos uno juntos.

—No, si tu apartamento está bien —dijo ella tomando un sorbo. Él la miró. Ya no sabía qué más hacer. Se le ocurrió algo y cuando Harper fue al servicio, tecleó rápido a Bella y ella le mandó algunos aplausos y un enorme OK.

Se fueron a cenar y volvieron de la mano a casa. Ya no les importaba si los pillaban o publicaban sobre ellos, a pesar de las protestas de Kevin. En realidad, todavía no habían puesto fotos en común.

—¿Qué te parece si nos hacemos una foto delante del parque? Según Kevin deberíamos empezar a postear estar juntos.

—Está bien, Leo. Entiéndeme, no es que no quiera, pero me siento rara. Pero sí, dale y me la pasas.

Hicieron unas cuantas y subieron algunas a sus respectivas cuentas con el hashtag #harperleo y se fueron caminando a casa. Él había subido una en la que se daban un suave beso. Estaba algo torcida y mal encuadrada, pero no le importó. Su rostro feliz y sonriente es lo que más le gustaba.

En la cama, saltó un mensaje de Kevin en el grupo que tenían los tres. Enseguida, les llamó por teléfono.

—¡Me encanta esa foto! Ya era hora, chicos. ¿Habéis visto cuántos comentarios?

—Si acabamos de colgarla, Kevin —dijo Harper.

Echó un vistazo a su cuenta, miles de corazones y comentarios muy bonitos. Leo miró la suya y lo mismo.

—Es muy romántica, ¡me encanta! Podíamos colgar alguna de la no boda. Si os parece bien.

—Ya te diremos, Kevin, a dormir y deja de ver las redes sociales. Colgaron y se acurrucaron, dejando el móvil en silencio.

—Es raro que toda la gente sepa de tu vida íntima, ¿verdad? —dijo Harper.

—Es lo que tiene ser famoso. En realidad, compartes mucho más de tu vida que a lo mejor lo que le cuentas a tu propia familia. Alguna vez mi hermano me decía que sabía dónde estaba mirando mis redes.

—Suenas triste, Leo.

Frunció el ceño y se recostó. Ella se apoyó en su pecho para dormirse. —Lo es. Mucho.

Se quedó dormida enseguida y Leo siguió maquinando su plan. Bella ya le había enviado varias ideas y le estaba dando vueltas. Desde luego, con ellas tenía el éxito asegurado.

CAPÍTULO 18. DE NUEVO EN LOS HAMPTONS

Harper



Sabía que la familia de Leo la aceptaba, de hecho, se había comunicado con Lorelai, con quien sentía más afinidad, y ella la animaba para ir. Aun así...

Pero no podía seguir dándole largas a Leo. Si estaba con él, era con todas las consecuencias y aunque había hecho teatrillo, ya empezaba a conocerlo, tenía razón. Era peor esperar y tensar la relación. Así que ese fin de semana se enfrentaría a todo eso.

Hicieron una pequeña maleta para el fin de semana. Leo parecía como si le estuvieran dando calambres. Sonreía, la miraba cuando él pensaba que no lo veía y disimulaba cuando se giraba. Tal vez estaba tan nervioso como ella, algo normal, por otra parte.

Había hablado con Caleb, que también acudiría a la comida del sábado, sobre la posibilidad de viajar de vez en cuando, sin presionarle, pero a él le pareció bien. Ajustaría el sueldo, lo que era razonable, y si eso ocurría cada cuatro o cinco semanas, parecía asumible.

Respiró aliviada cuando lo hablaron. Estaba demasiado cómoda en ese trabajo y renunciaría al otro si era necesario, pero a la vez, se sentía mal por todo el tiempo que había invertido en conseguir el nivel que tenía. Se sentó en el coche junto a Leo, que llevaba un gorro calado hasta las orejas.

—¿Tienes frío?

—Tú qué crees. Se está mejor en estos meses en cualquier sitio que no sea Nueva York.

—Si es tan bonito, la nieve, el árbol de Navidad... a mí me encanta.

—No te digo que no, pero el calor me gusta más —contestó poniendo en marcha el coche—. En Los Hamptons se suaviza un poco, pero no demasiado. A papá le gusta tener la chimenea encendida todo el día. Dice que huele a hogar.

—Y así es, supongo. A mis padres no les convenció poner chimenea cuando compraron la casa, pero a mí también me gusta.

—¿Querías vivir en una casita con jardín y chimenea? —preguntó volviéndose por un instante hacia ella. Parecía nervioso.

—No, no digo eso. Me gusta vivir en la ciudad, porque tienes todo a mano, pero de vez en cuando, escaparse a una casita está bien.

—En eso te doy la razón y... no hemos hablado nunca de ello —dijo tamborileando con los dedos en el volante. Ya habían tomado la interestatal y no se encontraron con demasiado tráfico.

—¿De vivir en una casita?

—Ah, no, no de eso. De otra cosa —dijo él mirándola de refilón.

—Leo, si no me dices lo que piensas no lo voy a adivinar. No soy una vidente.

—Sí, claro. Harper, ¿te gustaría tener hijos conmigo?

Se giró hacia ella, pero luego tuvo que volver la vista a la carretera. Ella se quedó quieta, parada como si alguien la hubiera deslumbrado.

—No te ha dado un ataque, ¿verdad? Sigues respirando —dijo él con una sonrisa nerviosa.

—No sé si es el momento de hablarlo, Leo. O sea... acabamos de decidir estar juntos. ¿Quieres asustarme y que salga corriendo?

Él la miró con los ojos muy abiertos y el coche se desvió ligeramente. Lo enderezó y siguió mirando por la carretera.

—No, no. Solo, bueno, quería saber si en un futuro querrás niños.

—Supongo que en un futuro muy lejano sí. Tal vez en años. ¿Te vale esa respuesta?

—Me vale. Pero... Jacob limpió el barco el otro día y ... bueno, vació la papelería, algo que se me olvidó a mí y ¡dios!, tengo que parar.

Se acercó a un camino secundario y paró el coche. Se giró hacia ella.

—Jacob me ha escrito esta mañana. Limpió la papelería. Dijo que el condón estaba roto. El que usamos.

Ella abrió la boca, pero no dijo nada. Desbloqueó el móvil y miró la aplicación con la que controlaba sus reglas. Luego suspiró aliviada.

—No, imposible. Después de esos días tuve la regla. No... a ver son muy irregulares, por eso lo llevo apuntado, así que tranquilo, no hay bebé.

Él acarició su rostro de forma muy tierna y le dio un suave beso.

—No creas que me parecería mal. Aunque no tenga muy claro qué voy a hacer en el futuro, ser padre contigo sería un sueño. Me haría muy feliz.

—Ya, Leo, pero es demasiado pronto. Ya sé que tus... hermanos han tomado una decisión y que tal vez quieras llenar la casa de tu padre con niños, pero no ahora, ¿vale?

—Desde luego. No ahora. Cuando tú quieras. Yo estoy abierto a ello, de verdad.

—Es bueno saberlo. Tal vez deberíamos continuar.

—Sí, vamos.

Ella se recostó en el sillón. Leo puso música y miró por la ventanilla. Los árboles se movían con el fuerte y frío viento y el cielo

se había vuelto de un azul oscuro que le recordaba a los ojos de Leo cuando estaba contrariado. Como en ese momento.

Y sí, quería ser madre, pero no tan rápido. Necesitaba saber que él estaría siempre ahí y tal vez por ese miedo a que todo resultase ser un espejismo, no se había decidido a vivir con él. O a vender su piso. Confiaba en él... más o menos. Tampoco es que llevasen tanto tiempo como para decir que era el hombre de su vida. Kevin le había dicho que nada es eterno y lo entendía. Pero Leo... ¿la amaba tanto como para entregarse en cuerpo y alma a él?

Torció el gesto sin mirarlo. El problema es que ella se estaba enamorando de cada gesto, incluso de sus bromas tontas. De su suave piel, de cómo la abrasaba cuando pasaba sus labios por todo el cuerpo, de la cara de felicidad cuando dormía a su lado, de su cabezonería, de los detalles tontos cuando la iba a buscar o del amor verdadero que tenía por su familia. Cayó en la cuenta. Oh, sí. Estaba loca por él.

Lo miró de reojo mientras seguía el ritmo de la música en el volante, aunque la miraba fugazmente de reojo.

—Le das vueltas a algo, Harper. Tienes esa cara de cuando eché pimienta al filete de pollo. No te cuadraba.

—Ah, sí. Estoy preocupada.

—¿Por mi familia?

—¿Se va a vengar Mini Villana?

Él soltó una carcajada y puso la mano sobre su rodilla, acariciando la pierna hasta subir un poco más arriba, lo que le hizo jadear.

—Tal vez deberíamos haber aprovechado la parada para tranquilizarnos un rato, ya sabes —dijo él con una sonrisa maliciosa y moviendo las cejas arriba y abajo.

—No seas crío, Leo, que llega la policía y nos pilla o cualquiera o...

—Era broma, Harper. Yo me metería en algún bosquecillo, donde solo los osos pudieran vernos. Pero no, Sophie no se va a vengar de ti en absoluto. Ya lo verás.

—Me da que sabes algo que yo no.

—Es que he hablado con ellas y están deseando verte. Ya llegamos.

Entraron por la valla de la espaciosa finca y ella volvió a suspirar. El viento soplaba fuerte, aunque no tanto como en la ciudad y una fina llovizna caía sobre el césped, formando algún charco. Aparcaron bajo un tejadillo y sacaron las bolsas.

—¿Corremos hacia la puerta? —preguntó Leo con una risa. Ella asintió.

—Te ganaré a pesar de esas piernas largas y fuertes que tienes.

—¿Eso te pare...?

Ella aprovechó su desconcierto para echarse a correr hacia la puerta, riéndose de lo inocente que era a veces. Pero él salió detrás y justo cuando llegaba a la puerta, la cogió de la cintura y ahí mismo la besó. La puerta se abrió y alguien carraspeó.

—A ver, niños, que esto no lo debería estar viendo una menor —dijo Sophie con una sonrisa enorme—, pero me alegro de veros.

Ella abrió los brazos y Leo la subió encima, con sus protestas porque le estaba mojando la ropa. Entraron y luego la bajó al suelo. Harper se agachó y ella se lanzó a sus brazos.

—¡Qué ganas tenía de verte, Harper Donovan! —exclamó ella apretándola con sus bracitos. Ella apenas podía contener las lágrimas—. Me alegro de que seas la esposa de verdad de mi tonto hermano. Pero es bueno y te quiere mucho.

—Ey, peque, ¿cuándo te has hecho tan mayor? —preguntó Leo algo cohibido. Ella lo miró con suficiencia.

—Resulta que voy creciendo día a día, tontorrón. Pasad. Casi están todos.

Cogieron la bolsa y Leo le dio la mano con una sonrisa feliz. Ella también había suspirado aliviada. Le importaba mucho Sophie. En la cocina, Jacob y Bella se sentaban mirando el móvil que cerraron en cuanto ellos entraron, Charlie estaba en los fogones, Ruby hablaba con Margot y Richard sentados en una esquina sonriendo. Cuando ellos llegaron, todos se volvieron con una sonrisa.

Jamás había recibido tantos abrazos, ni siquiera en Navidad. Las sonrisas sinceras le estaban desarmando y aunque Leo no se

apartaba de su lado, estaba empezando a ponerse nerviosa.

—Venga, ya vale, abusones. Vamos a dejar la ropa.

Ella suspiró cuando subieron de la mano a la habitación de Leo. La habían reformado, sin quitar su personalidad, pero la cama era más grande y había otro armario. Ella lo miró y él le guiñó el ojo.

—Creo que quieren que vengamos más por aquí. ¿Qué te parece, amor?

—Es bonita y cómoda, aunque es cierto que el baño es común, pero... para unos días, me vale.

—Perfecto.

Recogieron la ropa y volvieron a bajar a la cocina. Mack y Lorelai con Fran habían llegado y de nuevo un millón de abrazos. Felicitaron al doctor por su cumpleaños.

—Tenemos una sorpresa —dijo Sophie—. Papá ha mandado cubrir una zona del jardín y ha puesto una chimenea. Es como un invernadero. Mañana lo iremos a ver todos.

—A sus órdenes —dijo Charlie entre risas.

—Es que ahí se hacen mejor las fiestas y como somos tantos ya y más que vendrán, pues así tenemos un sitio para estar cómodos.

Con esa explicación, nadie objetó nada. Ruby y Lorelai se sentaron junto a ella y comenzaron a hablar sobre el restaurante, sobre el trabajo, un poco de todo. Mientras, Leo había desaparecido, pero bueno, tampoco le dio importancia. Ella estaba cómoda y tal vez quería hablar con su padre.

Jacob puso un café delante de cada una de ellas. —Para ti descafeinado, Lori.

Ella asintió y acabaron hablando de embarazos, aunque ni ella ni Ruby parecían demasiado interesadas en esa posibilidad para ellas. Tomaron unos sándwiches y decidieron ir al pub. Había dejado de llover e incluso el aire se estaba calmando.

—No creas que me tengo muchas ganas de ir allí, cada vez que vamos, se arma una gorda —dijo Charlie.

—Tranquilo, cariño, que vas conmigo —soltó Ruby con una sonrisa que adivinaba juegos nocturnos.

Mack y Lori se cogieron de la mano. Los únicos que no estaban era Jacob y Bella, a la que le costaba caminar.

Charlie se acercó a ellos con una sonrisa. —Entonces, juntos, juntos.

—Sí —se apresuró a decir Leo mientras apretaba su mano—, juntos del todo, aunque esta cabezota de mujer no quiere venir a casa a vivir, por mucho que duerma conmigo seis días de siete.

—Todo llegará —replicó ella un poco molesta. ¿Les iba a airear a todos su situación? Charlie le dio una palmada a su hermano y ella se soltó, dejándolos caminar a los tres hombres juntos. Lori se puso a su lado.

—¿Dudas de Leo? —susurró Ruby.

—No es eso, pero... llevamos poco tiempo.

—Nosotras no somos quienes para aconsejarte porque nos fuimos a vivir con ellos demasiado pronto, quizá —dijo Ruby—, pero no me arrepiento. Levantarme cada día con un hombre así, con alguien que te mira como si fueras el sol de su universo, joder, no tiene nombre.

—Lo mismo para mí —dijo Lori—. Mack parece un tío serio y lo es, pero cuando está en la cama, con el cabello revuelto y su mirada miope, en fin, es adorable. Y no digamos cuando se entregan al sexo.

Ruby soltó una carcajada que los hizo volverse. Leo le sonrió y siguieron caminando.

—No, si yo no me quejo, chicas. Todo está bien. *Demasiado* bien. Aunque a veces dice muchas tonterías, incluso eso me gusta.

—Según Charlie, Leo siempre ha sido un poco cínico, pero era por defenderse del mundo —suspiró—, ahora le da por leer libros de psicología. Aunque también dice que desde que está contigo ha cambiado y no es tan capullo.

Volvieron a reírse.

—No creo que sea necesario ir deprisa, o sea, podemos ir viviendo juntos y ver qué pasa.

—En eso te doy la razón —volvió a decir Ruby y suspiró algo más seria.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lori.

—Nada. Charlie. O sea, quería formalizar nuestra situación y de repente... ya no dice nada de eso.

—Mack dice que tendríamos que casarnos antes de que llegase el bebé, pero creo que no es necesario.

—Leo me preguntó si quería tener hijos... en un futuro.

—Ay, diosito, que nos quieren cazar, pero bien —rio Lori—, aunque bueno, yo ya soy suya.

—Y yo —suspiró Ruby—. Me tiene loca este tío. No se puede ser tan buena gente. Joder, si es que hasta ayuda a la gente a cruzar la calle. Es un amor y a la vez una fiera en la cama. Me acuesto todos los días con los ojos cruzados.

Lori soltó una carcajada escandalosa y ellos se volvieron de nuevo. Ruby miró a Charlie y le mandó un beso. Él hizo el gesto de cazarlo y ponérselo en la boca, lo que le costó una colleja de Leo, que sonreía mirando a Harper. Luego, siguieron caminando.

—A ver, yo no tengo queja ni en la cama ni en la convivencia. ¿Os enterasteis de que vino cada día a comer al restaurante hasta que acepté salir con él?

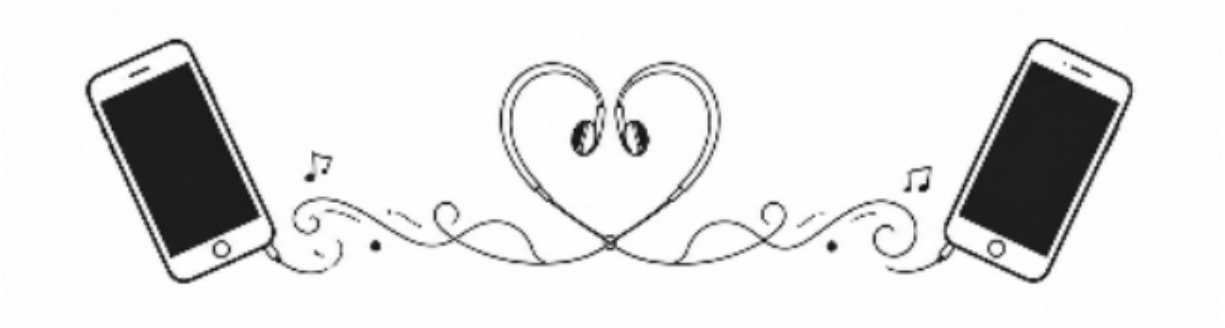
—Ah, sí, me lo contó mi hermano. Nadie apostaba por ti, lo siento. Todos sabían que acabarías con él.

Harper bufó con una sonrisa y se encogió de hombros. —¿Lo veis? Es demasiado en todos los sentidos.

Atravesaron la calle y Mack abrió la puerta de La Sirena. Había bastante jaleo y gente en ella. Entraron y Leo consiguió una mesa en el rincón. Se notaba un buen ambiente y esperaba que ese día no ocurriera nada.

CAPÍTULO 19. ¿Y ESO...?

Leo



Hacía bastantes días que no se pasaba por La Sirena y esperaba encontrarse con Ben. Últimamente estaba de mejor humor y no sabía si era porque había conocido a alguien. Pero con el poco caso que le hacía Stella, más le valía olvidarse de ella.

Se acerco a la barra para pedir bebidas y Charlie le acompañó, dándole una buena palmada en la espalda.

—Así que... por fin el soltero más codiciado se decide a sentar la cabeza.

—Eso parece. Aunque la sentaría del todo, la verdad. Para siempre, Charlie, solo que...

Miró de reojo a Harper que charlaba animada con las chicas y Mack.

—Solo que... —dijo Charlie para animarlo.

Stella salió del almacén despeinada y atándose el delantal. Se acercó a ellos con una mueca extraña.

—¿Qué queréis? ¿Cervezas?

—Para casi todos, para Lori un zumo —pidió Charlie.

Ben salió del almacén con la camisa mal abrochada. Leo sonrió. Miró el rostro sonrojado de Stella.

—Voy a saludar a Ben, ahora vuelvo. No pagues, que pago yo.

—Vale, tío.

Charlie se quedó hablando con Stella mientras esta le abría los botellines. Dio dos pasos, interceptando al grandullón de Ben.

—Vaya, vaya —dijo, sobresaltándolo. Él lo miró, nervioso—. Pensé que ella no te quería ni ver.

—Bueno, las cosas cambian... a veces.

—¿A veces? Diría o que os habéis dado de hostias o echado un polvo.

—Joder, puto niño inoportuno. Más te vale que te calles y no hagas una de tus bromitas. El lunes te lo cuento.

—Vale, tío —dijo Leo levantando las manos—, pero el lunes me cuentas. Vendrás mañana, ¿no?

—Sí, ahí estaré. Y si me aprecias, te callarás la boca.

—Es que un chisme tan jugoso... Dios, será imposible hacerlo.

—Tú sabrás, Leo. Puedo hablar con Harper ahora mismo y te jodo tu día.

—No te pongas así, solo estaba...

—Sí, bromeando, como siempre. Me largo —dijo apuntándole con el dedo.

Leo sonrió y volvió a la barra. Stella lo miró enfurruñada.

—¿No ves a Ben todos los días? ¿De qué hablabais?

—Creo que no te importa. De trabajo. ¿De qué más podríamos hablar? —dijo con una sonrisa burlona.

—Gilipollas —contestó ella marchándose. Charlie se lo quedó mirando.

—No tengo ni idea de lo que ha pasado.

—No ha pasado nada. Ya sabes la manía que le tiene a Ben. Sin más —dijo en voz alta para que ella, que estaba vuelta, lo escuchase. Tampoco es que quisiera joder a su amigo. Ella pareció destensar los hombros y llevaron las cervezas a la mesa.

Stella se acercó y les trajo dos cuencos de frutos secos. Parecía más tranquila y sonrió a las mujeres, especialmente a Lori con quien tenía una estupenda relación.

—La semana que viene quedamos a tomar algo, Stella —dijo Lori cuando se iba a marchar. Ella sonrió y se fue.

—Lo cierto es que es preciosa —dijo Charlie. Ruby le dio un codazo y él se frotó el brazo con gesto teatral—. Me refiero a que es preciosa cuando sonríe, porque siempre está de mal humor.

—Eso no es así, Charlie —dijo Lorelai—, no os voy a contar su historia porque no os importa, pero es una mujer encantadora. Quizá con mala suerte y algunos prejuicios contra la gente de pasta, pero creo que está más tranquila. Aunque... —miró a Mack que se encogió de hombros.

—Esperemos que no desarrolle la aplasia porque si no tiene parientes vivos, será complicado.

—¿Y donantes? —preguntó Leo.

—Es una posibilidad, pero para según qué cosas es mejor familiares. Recemos para que no sea nada.

Se quedaron un momento callados, hasta que Charlie recibió un mensaje. Casi aulló feliz.

—¿Qué?

—Joder, que la película se va a estrenar a primeros de diciembre, para captar el público que quiere romance en Navidad. La han adelantado todo lo posible y saldrá entonces.

—Es un buen momento —dijo Ruby. Todos coincidieron.

—Espero que os vaya muy bien, chicos —dijo Mack levantando su botella de cerveza sin alcohol—, os merecéis que os pasen cosas muy buenas, además de haber encontrado a las mujeres de vuestra vida.

—Eso sí es cierto —dijo Leo convencido. Atrajo a Harper hacia su costado y ella sonrió.

—Entonces, mañana celebramos tu cumpleaños —preguntó Charlie.

—Sí, pero están preparando una fiesta sorpresa en la nueva carpa y ni Bella ni Mini Villana nos dejan entrar —dijo Lori—. Incluso Fran ha entrado.

—Ya sabes cómo son, cariño —dijo Mack tomándole de la mano—. Creo que a mi hermana le hacía mucha ilusión montar una fiesta

especial. Hay muchas cosas que celebrar. Richard se ha recuperado bastante bien.

—Intentaremos no provocarle muchas emociones —suspiró Leo. Harper le tomó de la mano.

—Leo, la recaída que tuvo fue por el tratamiento. Cambiamos algunos parámetros y va mejor. Si alguien es responsable, soy yo.

—Tampoco tú, doctorcito —dijo Lorelai acariciando su brazo—, son efectos secundarios que pueden suceder.

—No creo que ninguno de los dos seáis responsables —comentó Harper—, porque le estáis dando una vida estupenda y os volcáis con toda la familia. La verdad, pensé que en mi familia estábamos unidas, pero solo somos dos y mi tía. Lo vuestro es algo fuera de lo normal.

—Estoy de acuerdo —dijo Ruby—. En mi caso, excepto con Caleb, no tengo mucha relación y oye, que me ha costado que estén todo el día abrazándose.

Charlie se acercó a ella y le dio un beso en el cuello. Leo se levantó a pagar. Stella lo miró de reojo y le puso la cuenta.

—Oye, que me da igual lo que hagas. Solo no jodas a Ben.

—No pensaba —dijo ella con cierta tristeza. Él quiso preguntarle más, pero una vez que tomó los billetes, se marchó de su lado.

Después, caminaron hacia la casa de nuevo. Iban atentos, cada uno con su pareja, pero afortunadamente no pasó nada. Se dirigieron a su habitación mientras que Mack y Lorelai acogían a Charlie y Ruby.

—Mañana nos vemos a primera hora —dijo Leo—. Sophie quiere que desayunemos todos juntos. Y con respecto a la fiesta, hay que venir todos de blanco.

—Joder, de blanco —protestó Ruby—. No tengo nada.

—Yo te dejaré alguna cosa —comentó Lorelai.

Se marcharon y subieron a la habitación. Margot estaba en el sofá, leyendo y los saludó, aliviada de verlos. Después de ir al baño, se recostaron en la cama.

—¿Tienes algo blanco?

—Una camisa, pero no pantalones. Aunque tengo unos color coral claro, ¿sirve?

—No sé, tendremos que preguntarle a Mini Villana.

—Si lo hubieras dicho antes, lo habría traído.

—Un fallo, pero no pasa nada. Lo arreglaremos. ¿Lo has pasado bien? ¿Ves como no era para tanto?

—Lo veo —dijo acurrucándose contra su pecho. Él la abrazó.

—Harper, soy muy feliz contigo, y sé que llevamos poco tiempo, pero sinceramente espero que sea para siempre.

Ella levantó la cabeza. La miró con todo su amor y esperaba que ella entendiera que la amaba. Pasó un dedo por su cabello y descendió hasta la mandíbula. Ella jadeó suavemente y luego se retiró.

—No, en tu casa, no. Pueden escucharnos.

—Estamos casados, Harper. Hasta mi hermanita lo entiende. Pero si no quieres, está bien.

—Por querer... —dijo ella colocándose encima. Él sonrió. Ya estaba más que excitado. Acarició su espalda y la colocó justo en la zona donde ella se daría cuenta de cuánto la deseaba. Ella lo miró con una sonrisa traviesa.

—Yo sí quiero, y puedo ser muy silencioso. Además, ya he probado y esta cama no hace ruido.

—Demuéstramelo —dijo Harper.

Llevó las manos al precioso trasero de su esposa y la atrajo hacia su boca. Se unieron en un beso suave que comenzó a hacerse más profundo y él le dio la vuelta para colocarse encima de ella. Se echó a reír y él atacó el cuello, metió la mano por debajo de la camiseta de pijama y atrapó uno de sus pechos. Ella se retorció debajo de él para levantarle la camiseta y pasar la mano por su espalda. Él se estremeció.

—Me matas, Harper. Me matas cada vez que me tocas. Solo de pensarlo, voy todo el día empalmado.

Ella volvió a reírse. —Exagerado. Igual se te pasa en un tiempo.

—Yo diría que no —dijo sacando la mano y bajando el pantalón de ella. Acarició por encima de sus braguitas y ella se arqueó—.

Hace rato que te deseo y tengo que disimular todo el tiempo o mis hermanos se partirían conmigo.

—Me halagas, Donovan.

Metió el dedo debajo de la braguita y notó la humedad.

—Tampoco tú vas mal, amor.

—Eres... eficiente —dijo ella y luego jadeó cuando los dedos de él masajearon su centro de placer.

—Mira, ya no aguanto más —dijo él y se bajó los pantalones, mientras ella hacía lo mismo. Se colocó sobre ella y entró—. Estoy en el cielo, Harper.

—Y yo —jadeó ella.

Leo se movió despacio, profundo, pero luego aumentó el ritmo. Se agachó para besar su cuello mientras se movía.

—Te amo, Harper.

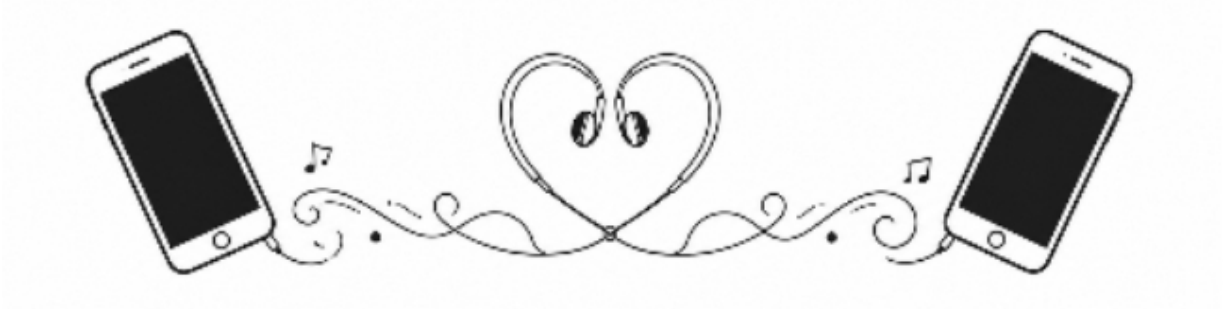
Ella se dejó ir y él la acompañó. Respiraban agitados, mirándose a la cara. Ella acarició su rostro.

—Y yo también, Leo. Te amo. De verdad.

Enterró la cara en su cuello porque no quería que lo viera llorar. ¿Eso era real? Solo esperaba que al día siguiente no la cagase.

CAPÍTULO 20. UNA SORPRESA QUE NO ESPERABA

Harper



Se despidió en la cama y extendió la mano. Leo no estaba. Eran casi las nueve y sabía que a él le gustaba madrugar, seguro que estaba aprovechando para hablar con su familia.

Cogió la toalla y varias cosas y se fue a la ducha. La noche había sido muy intensa. Después de que él le dijera que la amaba con esa dulzura, se le había revuelto el cuerpo y no en mal sentido. Era cierto, él podría ser algo... ¿inmaduro? En algunos aspectos, pero lo aceptaba. Tenía un carácter alegre, algo irónico y desde luego, lo que veía claro es que no iba a seguir en ese plan. Si él seguía queriendo, se mudaría a su casa y tal vez podrían dejarle el piso a Charlie y Ruby. Leo había dicho que vivían en un sitio indecente. A ella no le importaba.

Se vistió con un jersey y vaqueros y bajó a desayunar. Leo estaba hablando en un rincón con Charlie y Mack y parecían estar conspirando. Charlie le dio un toque al verla y él se giró con una sonrisa. Ella levantó una ceja.

—¿Un café? Charlie ha hecho tortitas.

—¡Qué bien! ¿Dónde están los demás?

Los tres se encogieron de hombros a la vez. Eso era sospechoso. Mack carraspeó.

—Creo que andan preparando mi fiesta sorpresa. Ruby y Lori han ido al supermercado con Margot y Sophie. Richard está por el jardín con Jacob y Bella.

—Entonces, todos controlados —dijo Leo y se sentó con ella con una sonrisa amplia. Mack y Charlie se quedaron quietos, confusos.

—¿Me vas a decir qué pasa? Y no me mientas.

—Joder, Harper, déjame darte una sorpresa. A las once lo sabrás todo. Y no es nada malo, ya lo verás.

Charlie y Mack se fueron por la puerta con un rápido hasta luego. Ella lo miró y Leo se encogió de hombros.

—Se les ha olvidado comprar algo para la fiesta. ¿Damos un paseo por la playa?

—¿No veré tu sorpresa?

—No, está en el jardín de atrás. Vamos, ten paciencia.

—A veces eres como un niño pequeño —dijo ella viéndolo tan sonriente.

—Lo sé y por eso me quieres.

Salieron de la mano caminando por la playa. A pocos metros, se paró en una valla, mirando una casa a la que le hacía falta una mano de pintura. Era preciosa. Sus tablas color azul desvaído acababan en un tejado blanco a dos aguas, con chimenea. Tenía un pequeño jardín alrededor, con más hierbajos que flores. Dieron la vuelta, de la mano y le mostró una zona arbolada, donde había un columpio.

—Es preciosa, Leo. Pero...

—Es nuestra, Harper. La he comprado para cuando vengamos a Los Hamptons, así podremos hacer todo el ruido que queramos. Es una casita de playa con dos habitaciones y un baño, pero...

—Leo —interrumpió ella—. ¿La has comprado?

—Sí, y tiene chimenea. Podemos venir cuando queramos.

—Estoy sin habla. No sé qué decir.

—Dime si quieres verla por dentro, Harper. Hay que reformar algo, pero podemos decírselo a Bella si quieres.

Estaba sin palabras. Él sacó una llave de su bolsillo y entraron. Era toda una zona abierta con cocina que daba a un salón sencillo, forrado en madera blanca y con muebles un poco desvencijados. La llevó a ver los dormitorios, uno más grande y otro pequeño, que estaban sin muebles. El baño era completo y le señaló el rincón.

—Podríamos poner una bañera con patas. Y vamos a ver el jardín.

La arrastraba hacia la cocina y salieron a esa diminuta y preciosa zona arbolada. La llevó hasta sentarse en el columpio.

—Es seguro, Jacob lo ha probado.

Se sentó mirando todo y sin poder hablar. Él se balanceó de una pierna a otra, delante de ella. Acabó agachándose para ponerse de cuclillas y apoyarse en sus piernas.

—Dime algo, Harper. ¿Me he pasado? ¿Te parece horrible?

Dios, de verdad estaba terriblemente preocupado. Acarició su rostro y dos gruesas lágrimas bajaron sin poder evitarlo.

—Es... maravilloso, Leo. Increíble.

Él se dejó caer de culo y respiró aliviado.

—¿Pero por qué?

—Sé que es una casa pequeñita, pero estamos cerca de mi padre y del resto de la familia. Tampoco es que quiera pasar todo el tiempo con ellos, pero me pareció absurdo tener una casa en Miami y no aquí —soltó de golpe, como si le faltase el aire—, y no te digo que... estemos aquí a todas horas. De hecho, tu madre y tu tía podrían usarla para pasar unos días en la playa.

—Basta, Leo, está bien. Me gusta y me encantará que Bella me recomiende algunas cosas, aunque si me das carta blanca, me gustaría decorarla a mi modo.

—Por supuesto. Lo mío es tuyo —dijo él levantándose. Se sacudió el trasero y tendió la mano—. Lástima que no tengamos una cama, porque la estrenaríamos. El sofá... bueno, es de segunda mano.

—Ya llegará el día. No te preocupes. Gracias, esto es demasiado, pero me encantará poder venir a verlos a todos y luego quedarnos aquí.

La abrazó con ganas y luego se apartó, mirando el reloj.

—Vamos a casa, hay que preparar la fiesta no sorpresa para Mack.

—Miedo me das.

—Más miedo te debe de dar Margot, porque es experta en preparar fiestas a lo grande y Bella lo ha heredado.

—Pero si es un cumpleaños. Qué no harán cuando sea algo más.

Se pusieron en marcha de vuelta. Leo le cogió de la mano. — Desde lo de mi padre, cualquier motivo es bueno para celebrar.

—Lo entiendo. Oye... creo que quizá sería bueno... ya sabes, que me mudase. Y podría dejarles mi apartamento a Charlie y a Ruby.

Se giró tan brusco que ella se quedó quieta.

—¿Lo dices en serio? Vaya, mi hermanastro se alegrará. Viven en un cuchitril.

—Perfecto entonces.

Él la miró y siguieron caminando. O sea, ¿le había dicho que se mudaba y no iba a hacer ningún comentario? No lo entendía. Cuando llegaron a la casa, Sophie salió a su encuentro y la tomó de la mano.

—Vamos, momento de chicas. Leo, ya sabes qué tienes que hacer.

—A sus órdenes, general villana —dijo él y se marchó dándole un suave beso. Seguía sin entender nada, pero la siguió.

No la llevó a la casa, sino al estudio de Jacob. Las otras mujeres de la casa ya estaban allí, con unas mesitas con maquillaje, zapatos y una percha con al menos una docena de vestidos blancos. Margot sonrió.

—Como he imaginado que ninguna habríais traído alguno y nuestra fiesta es de temática en blanco, le he pedido prestado algunos vestidos a mi amiga. Luego, el que os guste, o si os gustan varios, podéis quedároslos.

Ruby, Lorelai y ella se miraron, las tres muy cortadas. Bella se acercó con su enorme barriga.

—Hay tres de cada una de vuestras tallas, para que podáis elegir. No nos ha dado tiempo a más —dijo sentándose. Ella también llevaba un vestido blanco de punto muy elegante.

—Es que esto es demasiado —dijo Ruby.

—Mi madre está muy acostumbrada a mandar, pero todo tiene una buena razón, de verdad. Y tenemos flores para el pelo —dijo Sophie. Ella corrió hacia otra percha para ponerse su propio vestido blanco.

—Hagámoslo, chicas. Somos casi de la familia —dijo Lorelai.

Ruby no parecía demasiado convencida, y ella... bueno, estaba todavía en shock por la casa. Al parecer, esta familia lo hacía así. Por decir algo, de forma abrumadora.

Revisó los tres vestidos y los miró asombrada. Le encantaban. Era como si ella misma los hubiera elegido. Margot se acercó.

—¿Te gustan? De verdad, Harper.

—Me encantan. Tienes un gusto excelente.

—Mis hijas me ayudaron, Sophie es muy observadora y se da cuenta de lo que os gusta.

—De mayor dominará el mundo.

Ella se echó a reír. —Eso dicen. Si quieres, puedes quedarte los tres. Voy a ver a las demás.

Decidió ponerse uno, el más elegante, aunque no estaba convencida de quedarse los tres. Se cambió y miró a Lorelai. Ella ya llevaba uno de corte sirena que se ajustaba a sus curvas.

—He elegido este porque dentro de poco no me veré los pies.

—Ni que lo digas —contestó Bella resignada.

Se volvieron hacia Ruby que sonreía. Llevaba un conjunto de camisa y pantalones blancos, sin duda, de seda. Hasta en eso habían acertado. Sabían que a ella no le gustaban demasiado los vestidos.

—Estáis perfectas, hijas —dijo Margot emocionada. Sophie la abrazó.

—Ahora toca maquillarse y poner flores en el pelo —dijo emocionada.

Sacó una cajita donde había varias coronas con flores y las fue repartiendo. Ruby la miró, dudosa, pero ella buscó en su caja y sacó dos broches con delicadas flores blancas.

—Son preciosos, pequeñaja —dijo Ruby a punto de echarse a llorar.

Harper se puso una corona de flores azules y Lorelai las escogió rosas. Después, comenzaron a maquillarse, entre risas. Margot miró la hora.

—Vamos, chicas. ¿Os parece que entremos en fila? Así los chicos se quedarán asombrados. Sophie, luego Bella, luego yo, Lorelai, Harper y como eres la más alta, si no te importa, luego Ruby.

—Sin problemas —dijo ella—, pero ¿vamos a desfilas?

—Bueno, es para las fotos —comentó Sophie—, venga, vamos ya.

—Eso, que si no tendré que ir al baño otra vez —protestó Bella.

Se miraron, pero aceptaron. Sophie les dio una rosa a cada una y otra para las demás.

Esto empezaba a parecerle algo raro, pero salieron y no les quedó otro remedio que seguir las. Avanzaron por el jardín en fila india. A Lorelai se le escapaba alguna risa y ella se giró para ver a Ruby, que se encogió de hombros. No tenían ni idea de lo que estaba pasando.

Llegaron a la famosa carpa y menos mal porque estaba haciendo bastante fresco. Sophie abrió la puerta. Las sillas estaban ordenadas y había gente sentada que se levantó cuando entraron. Harper miró a todos los lados y su madre la saludó con la mano, también su tía. No entendía nada.

Cuando pudo mirar al frente, ya que Margot la tapaba, los vio. Mack, Leo y Charlie estaban en fila, esperándolas, vestidos de blanco y con una gran sonrisa.

—Ay, diosito, que nos vamos a casar —dijo Lorelai.

Ruby hizo un ruido extraño con la boca y ella se quedó mirando a Leo que parecía inmensamente feliz.

Sophie se quedó delante, Bella y Margot se sentaron en la primera fila y ella llevó a cada novia con su novio. Y sí, había un sacerdote.

Leo le dio la mano.

—¿En serio? —susurró ella.

—¿Quieres casarte conmigo otra vez?

—Anda que si te digo que no.

Leo se echó a reír. Luego se puso serio.

—¿Me vas a decir que no?

—Pues claro que no, tonto.

Se giraron, Charlie estaba de rodillas, delante de Ruby y ella lo miraba emocionada. Mack ya besaba a Lorelai. El sacerdote carraspeó.

—Estas cosas se hacen después de la boda, señores.

Se escucharon unas risas y se colocaron en posición. El sacerdote habló sobre el amor, pero ella no lo escuchaba apenas. Con aguantar las lágrimas tenía bastante. Leo la sujetaba de la mano y acariciaba con el pulgar su muñeca.

—Mack Cresswell, ¿tomas por esposa a Lorelai Whitacker?

—Sí, la tomo.

—Yo también lo tomo —dijo ella sin esperar. Mack se echó a reír.

—Charlie Cresswell, ¿tomas a Ruby Smithson como esposa?

—Desde luego que sí.

—Ruby Smithson, ¿tomas a Charlie Cresswell como esposo?

—Sí, lo tomo.

—Leo Donovan, ¿tomas a Harper Wallace como esposa?

—Afirmativo.

Se escucharon risas. El sacerdote se volvió hacia ella y le preguntó. Ella se quedó callada. O sea, ya estaba casada, pero esto era de verdad. Miró a Leo y se volvió hacia el sacerdote.

—Sí, lo tomo.

Escuchó un suspiro de alivio mientras los declaraban marido y mujer y Leo casi sin esperar, la besó. Si escuchó silbidos, aplausos o risas, le dio igual. Estaba con el hombre al que amaba.

EPÍLOGO

Sophie se lo llevó mientras ella, su esposa de verdad, reía con las otras chicas.

—¿Pasa algo? —preguntó serio. Ella le hizo sentarse junto a Charlie, Mack y Jacob. Los había reunido.

—A ver, Sophie, dinos si te pasa algo —preguntó Jacob preocupado. Charlie le acarició su rostro y la niña se sentó junto a ellos.

—Es que... ya estáis todos casados.

—Eso no es malo, cariño —dijo Mack. Ella asintió.

—Lo sé. Pero... ¿seguiréis viniendo a casa?

—¿No te has hartado de nosotros? —preguntó Jacob. Ella negó, casi a punto de echarse a llorar.

—Minivi, he comprado la casita azul de la playa, así que Harper y yo vendremos a menudo.

—Yo me quedo con el cuarto de Leo, ahora que se marcha y así no hará falta que vayamos a dormir a casa de Mack.

—Y yo vivo muy cerca, Sophie.

—Lo sé, pero... ¿y si tenéis muchas cosas que hacer? A lo mejor no podéis venir tanto. Cuando nazca el bebé, os iréis a la ciudad, y también los demás. Y Mack tendrá mucho trabajo en el hospital.

Los hermanos se miraron, preocupados.

—Vas a tener pronto dos sobrinos y seguro que necesitamos que nos eches una mano a cuidarlos. Y de verdad, vendremos aquí —aseguró Jacob.

Bella se acercó y él apartó la silla, para que se sentase sobre él.

—¿Qué te pasa, Sophie? Te he visto seria.

—Cree que vamos a dejar de venir —contestó Leo. Bella frunció el ceño.

—De eso nada. Si piensas que te vas a librar de nosotros, lo tienes claro.

Ella sonrió. Bella puso la mano sobre la mesa y todos la colocaron, una encima de otra.

—Hermanos Cresswell-Donovan —gritó Charlie y ellos aullaron. Sophie soltó una carcajada.

Las chicas se acercaron, y también Ben. Stella estaba en un lado, hablando con Armando. Repartieron unas copas y sonrieron felices. Al parecer, la crisis había pasado.

Entonces, escucharon un grito. Armando sostenía a Stella.

—¿Qué pasa? —dijo Mack corriendo hacia ella. Le tomó el pulso y miró a Charlie que estaba cerca—. Llama a una ambulancia. Stella, reacciona.

Ben se puso nervioso, a su lado, sujeto por Jacob.

—Apartaos, es un colapso. Leo, tráeme mi maletín. En el coche.

Salió corriendo y le trajo lo que pidió. Él la examinó y chasqueó la lengua.

—Stella, hay que llamar a tus parientes. Es urgente. Es lo que nos temíamos.

Ella abrió los ojos y miró alrededor. Luego, miró a Richard.

—Él es mi padre.

El sonido de la ambulancia evitó que pudieran hablar. O tal vez la noticia tan impactante. Se la llevaron. Mack la acompañó y su padre lo miró.

—Vamos al hospital.

Margot asintió y se subieron con Leo y Jacob al coche. Esto había que aclararlo.

FIN

ESTE NO ERA MI PLAN (Y TÚ TAMPOCO)

Capítulo 1.

Stella

—No lo entiendo, mamá. ¿Por qué volver a Los Hamptons? Hay mejores hospitales en una ciudad grande que en este pueblo lleno de ricachones a los que no les importamos nada.

Sacó la maleta del armario con bastante fuerza y la tiró sobre la cama. Su madre se sentó y la miró con cierto reproche.

—¿Has terminado, Stella? Eres tan cabezota que no sé a quién has salido.

—¿Tal vez a ese padre al que nunca te has molestado en decirme quién es?

Su madre se retrajo, con los ojos dolidos. Ella se arrepintió al instante.

—Lo siento, mamá. Sé que pasaste un mal momento, alguien te dejó embarazada y pasó de ti... y por eso no me siento bien por volver.

—Te equivocas, fueron buenos momentos y cuando estuvimos viviendo allí, tú también los tuviste. Ibas a clase, conociste a algunas personas. Te vi feliz. Hiciste amigas.

—La mayoría de esas personas me miraban por encima del hombro.

—Ya sabes cómo son. Viven en su mundo... casi todos.

Su madre suspiró y continuó guardando sus cosas en las cajas, como si la decisión estuviera tomada desde hacía mucho y ya no

quedara nada que discutir. Stella, en cambio, seguía sin comprenderla. Después de tantos años lejos de los Hamptons, no encontraba ninguna razón lógica para regresar allí, y mucho menos ahora que la enfermedad había empeorado y necesitaba un seguimiento médico constante.

Se habían mudado varias veces, pero siempre volvían allí. Incluso habían viajado de excursión. Era como si su madre pensara que era el lugar adecuado, y de repente, cambiase de opinión y se marcharan.

Había nacido en Nueva York, y, cuando Stella tenía unos seis años, regresaron otra vez al pueblo costero. Ahora, casi de la misma manera brusca en que se habían marchado cuando cumplió los diecisiete, su madre había decidido volver.

Aquello no podía ser solo por el clima ni por la tranquilidad.

Tenía que existir otra razón.

Tal vez, una vez instaladas, su madre se decidiera por fin a contarle la verdad. Quizá aquel regreso tuviera algo que ver con el hombre del que nunca hablaba, con ese padre sin nombre que había permanecido durante años como un hueco incómodo en su vida. La posibilidad de encontrarlo la inquietaba casi tanto como la enfadaba.

Stella soltó un suspiro exagerado, esperando provocar alguna reacción, pero su madre ni siquiera levantó la vista. Siguió recogiendo los pocos enseres que habían acumulado en el pequeño piso de alquiler: ropa, fotografías, sus novelas, y poco más. En realidad, era algo triste ver que toda su vida se resumía en cinco o seis cajas.

Al menos, intentó convencerse, los Hamptons ofrecían algunas ventajas. Tendrían la playa cerca, un clima algo más agradable y un lugar tranquilo donde su madre podría descansar. Lo malo era todo lo demás: las enormes casas, los coches de lujo y aquella gente que caminaba como si el mundo les perteneciera y los demás solo estuvieran allí para servirles.

Por suerte, Stella ya había conseguido trabajo en el pub La Sirena. Lo conocía desde niña. Su madre había trabajado durante años ayudando en la cocina y, cuando no tenía con quién dejarla,

Stella pasaba las tardes sentada en un extremo de la barra, observando entrar y salir a los clientes. Había crecido viendo a esas personas: cómo hablaban, se movían o ignoraban a todos los que no eran como ellos.

Vivieron allí hasta que Stella tuvo dieciséis o diecisiete años, justo cuando comenzaba a salir sola por las noches y a sentir que, por primera vez, aquel lugar también podía pertenecerle. Entonces, casi de un día para otro y sin ofrecerle ninguna explicación convincente, su madre hizo las maletas y regresaron a Nueva York.

Allí encontró trabajo en otra cafetería y Stella comenzó la universidad, aunque nunca dejó de preguntarse qué había ocurrido para que su madre huyera de los Hamptons con tanta prisa.

Y, sobre todo, qué había cambiado ahora para que quisiera regresar.

Había estudiado dos años de derecho, pero tuvo que dejarlo finalmente porque ya no consiguió beca y su economía no estaba como para hacer ese esfuerzo. Ni siquiera pudo solicitar un crédito estudiantil. Su madre se veía cada año más cansada, así que ella encontró trabajo de camarera. Al menos, subsistían. Por eso, ver a esos niños que pululaban por Los Hamptons presumiendo de sus cochazos o sus casas, le ponía enferma.

—Me han alquilado una casita a bajo precio, es una amiga de cuando estuvimos viviendo allí. Por favor, Stella. Hazlo por mí.

¿Y cómo se iba a negar? No entendía por qué, pero si su madre le pedía la luna solo le preguntaría cómo la quería. Terminó de empacar en silencio y subieron a su destartado coche. En cuanto llegaron, tras tres horas y media de conducir, acudieron a la casita. Era un sitio donde la dueña había creado tres apartamentos en la misma casa. El suyo tenía una habitación con dos camas, una cocina con salón y un baño. Menos de cincuenta metros entre todo, pero no le importó. Estaban a diez minutos de la playa y tenían un pequeño jardín común donde sabía que su madre disfrutaría.

Esa misma tarde se acercó al pub La Sirena. El dueño, Hans, era muy amable, hijo del que conocieron entonces y enseguida le explicó dónde estaba todo, aunque ella lo recordaba. En realidad, no

había cambiado tanto. Era un trabajo como otro cualquiera. Aunque estuvieran esos estúpidos que la miraban como si fuera un gusano.

Ya llevaba una semana trabajando sin incidentes cuando aparecieron ellos. Los Donovan. Y su amigo Ben. Con veintitantos años ya se les veía tan seguros de sí mismos como los demás de su calaña. Su madre le había advertido, ella era bonita y cualquiera que pasase por el bar no tendrían problema en acostarse y dejarla tirada. Le había prohibido que se acercase a los gemelos o a su grupo. Y sí era cierto que cuando era una cría le hacían gracia verlos tan guapos los dos. Ya no. Uno de ellos seguía siendo más parado, el otro, seguía tan imbécil como siempre. Y Ben... se mordió el labio. Se había desarrollado mucho y crecido. Oh, sí. Ella era alta, pero ese tipo debía de medir metro noventa de músculos. Bajó la mirada para que no la pillaran.

Se acercaron los tres al sitio de la barra donde le tocaba y ella, con un suave bufido, les preguntó qué querían tomar.

—Cervezas para todos —le guiñó el ojo Leo.

—¿Ya habéis cumplido los veintiuno? Porque me parecéis bastante jóvenes.

—Si quieres saber mi edad o dónde vivo solo tienes que preguntármelo —dijo Leo. Ben le dio un suave puñetazo. Los conocía de los veranos que había pasado allí. Ellos llegaron a los diecisiete y enseguida se hicieron amigos de Ben. Ella iba a las hogueras de playa, incluso cuando era más joven. Tenía que reconocer que le fascinaba esa gente. Luego, los odió.

Les puso las tres cervezas y Ben sonrió.

—No les hagas caso, son un caso perdido, o él lo es, por lo menos. Me alegro de verte, Stella. Si trabajas es que has vuelto por aquí.

—Muy listo, Ben.

—No te metas con él, que está en la academia de policía —dijo Leo, Jacob se lo llevó y Ben movió la cabeza.

—Es bastante idiota, pero buena gente. Que digo que... si algún día te apetece quedar... conmigo para ponernos al día y no, no con

ellos. Podríamos ir a dar una vuelta.

—¿Me estás pidiendo una cita? Porque yo no salgo con clientes y menos, de vuestro tipo.

—¿De nuestro tipo? ¿Y a qué tipo pertenecemos si puede saberse?

—De los ricachones. Ahora se te ha apetecido hacerte policía, luego qué será.

—Es vocacional, Stella y no tienes ni idea de mis circunstancias, la verdad. Pero oye, sigue con tus prejuicios y piérdete conocer a gente buena.

Se marchó, molesto. Ella se giró hacia la caja y tomó nota de las bebidas. Su jefe, Hans, se acercó a ella.

—Los gemelos son un poco capullos, o más bien Leo, pero Ben es un buen tipo. Si te ha pedido una cita...

—No te metas donde no te conviene, jefe. Es mi vida privada.

—Tú misma, Stella, pero eres muy joven para estar sola...

—Voy a limpiar el baño.

Dejó el delantal sobre el mostrador y cogió las cosas para limpiarlo. Estaba tan enfadada que no se dio cuenta de que entró en el de chicos. O que Ben estaba de pie, usándolo.

—Joder —dijo él al verla aparecer.

Ella se quedó parada. Se giró y él se subió la cremallera y se lavó las manos. Punto para él.

—¿Pasa algo?

—No, iba a limpiar el baño. Si no te importa. Algunas trabajamos.

Él se puso delante de ella y Stella dio un paso hacia atrás, apoyándose en el lavabo. El tipo le sacaba casi una cabeza y estaba bastante fuerte. Sus ojos, color miel, la miraban fijamente. Llevaba el cabello rubio revuelto, ligeramente largo.

—Te lo decía en serio, Stella, solo salir a dar una vuelta, nada más. Pero si no te interesa, no pasa nada.

Se marchó y la dejó con el corazón desbocado. Y sí, claro que le interesaba, pero era como los demás. Su madre le había confesado que se quedó embarazada allí y en el fondo, quería saber quién era

su padre. Si era uno de los ricachones que vivían por allí, tal vez alguno de estos podría ser su hermano. No. No iba a salir con nadie.

Y al cabo del tiempo, ocurrió.

Y hasta aquí llegamos....

Si quieres seguir leyendo, puedes acceder por este enlace:

<https://link.amazon/B09VzcRI6>

Espero que estés deseando leerla, que sigas averiguando qué les pasa a la nueva parejita, a los demás y también más sobre el resto de la familia.

¡Nos vemos en la próxima!

AGRADECIMIENTOS

Aunque Leo siempre parecía un poco superficial y a veces demasiado bromista, resultó ser que dentro de él había un gran corazón envuelto en una capa de tontería, como diría su hermano Jacob.

Y ahora llega la historia de Stella, como has podido ver, la hija secreta de Richard Donovan.

El problema, es que ella tiene bastante manía a toda esa «gente», y es un tema que le viene desde pequeña.

Así que te invito a que disfrutes de la siguiente novela (y última) de la familia Cresswell-Donovan.

Sí, los echaremos de menos (aunque hay una sorpresa al final de esta última novela que no te desvelaré).

Quiero agradecerte que sigas por aquí, que me hayas elegido entre todas las novelas que hay en el mercado. Somos muchos los autores que publicamos y muchas historias que salen cada mes, cada semana, cada día. Por eso, de todo corazón, te doy las gracias.

Gracias a todas las personas que me rodean, que me apoyan. Lo he dicho muchas veces: la profesión de escritor es un trabajo introspectivo y como en todos, debes invertir muchas horas al día. Pasas meses sumergida en un mundo, a la vez que (o al menos en mi caso), ando maquetando, revisando o gestionando cualquier cosa. Amaría escribir todo el tiempo, pero hay que realizar otras tareas.

Por eso es tan importante el apoyo de la pareja, de la familia, de las amigas, de las hermanas. Os aseguro que todos ellos forman un conjunto imprescindible, como tú, lectora. Sin ti, no tendría sentido nada.

A todos mis lectores, (lectoras, básicamente), que hacéis que cada día sienta más fuerza y ánimo para seguir escribiendo. Tú eres el motivo por el que publico una novela tras otra.

A todas aquellas personas que me seguís en redes, que dejáis comentarios, que me escribís correos, (y aquí también podría nombrar unas cuantas maravillosas lectoras con las que mantengo comunicación y que, en cuanto saco un libro, me escriben para decirme que ya lo tienen, bien en su Kindle o en papel). Realmente, no sería nada sin vosotras.

Ahora, os hablo de mí, por si alguien no me conoce.

Me llamo Yolanda Pallás, aunque como sabes, escribo con el seudónimo de Anne Aband para romantasy y Anne R. Aband para romántica contemporánea.

A las fechas de escribir esta biografía llevo muchas novelas publicadas, incluso en portugués e inglés, y también unos cuantos libros con otros seudónimos.

Si te apetece saber alguna cosa más o descargar una novela gratuita, te invito a que te pases por mi web:

www.anneaband.com y en caso de la romántica encontrarás también un regalo en www.anneraband.com

También tengo Instagram y otras redes, pero te dejo la de Instagram porque es en la que más activa estoy: @anneaband_escritora

Y poco más, me despido, de nuevo dándote las gracias por leer mi novela, por aguantar hasta aquí y me apostarí la mano y no la perdería, por ser una persona maravillosa que mejora el mundo.

OTROS LIBROS QUE SÉ QUE TE VAN A GUSTAR

Si te gustan los millonarios sexys, puedo recomendarte El pacto del millonario, una novela que ha tenido muchas lectoras y se ha colocado en varias ocasiones con la etiqueta naranja.



Leer muestra

Sigue al autor

Sinopsis:

🔥 UNA MENTIRA INOFENSIVA. UN ACUERDO PELIGROSO. UNA PASIÓN IMPOSIBLE DE IGNORAR. 🔥

Emma Carter solo quería hacer su trabajo. Cámara en mano, debía capturar la esencia de una fiesta exclusiva, no lidiar con su ex haciéndole la vida imposible. Así que suelta una mentira desesperada: está con alguien más. Lo que no esperaba era que

El pacto del Millonario

de Anne R. Aband (Autor) | Fc

4,0 ★★★★★ (276)

Libro 1 de 6: Historias románticas

El n.º 1 más vendido en Romance f

🔥 UNA MENTIRA INOFENSIVA

Emma Carter solo quería hacer su trabajo. Cámara en mano, debía capturar la esencia de una fiesta exclusiva, no lidiar con su ex haciéndole la vida imposible. Así que suelta una mentira desesperada: está con alguien más. Lo que no esperaba era que

Para Liam, fingir ser el novio de Emma Carter era solo una cuestión de sentimientos. Sin complicaciones por su lado. Fácil. ¿O no?

Porque Emma no es fría ni calculadora. Él tiene un corazón de hielo. Ella

Si amas los romances intensos, conviértelos en incendio, esta historia

Libro 1 de 6



Liam Blackwood, el implacable magnate conocido como *Iceman*, decidiera jugar su juego... y subir la apuesta.

Para Liam, fingir ser el novio de Emma es la jugada maestra. Él necesita desviar la atención, ella necesita salir airosa. Sin sentimientos. Sin complicaciones. Solo una **relación falsa**, cuatro meses de apariencias en Nueva York y después, cada uno por su lado. Fácil. ¿O no?

Porque Emma no es fría ni calculadora. Es luz, calor y todo lo que Liam ha evitado toda su vida.

Él tiene un corazón de hielo. Ella está jugando con fuego. ¿Quién ganará esta batalla... y quién se quemará primero?

Si amas los **romances intensos, los malentendidos, los falsos novios que se salen de control y las chispas que se convierten en incendio**, esta historia es para ti.

ENLACE: <https://amzn.to/3QvfXxU>

Y si quieres una comedia fresquita en un crucero, no puedo dejar de recomendarte esta otra:

Anne R. Aband

*Un mar
de razones
para amarte*

Imagínate, un crucero donde van los trabajadores de un edificio. Un noviazgo falso, una jefa implacable y un guiri hipocondríaco. ¡La fórmula que te dará unas cuantas risas!

<https://amzn.to/4lfSsWX>

Como te he comentado antes, tienes todas las novelas románticas en una sola página web (cuando estoy escribiendo esto, todavía no la tengo completa, pero estará).

Es www.anneraband.com

Y ya me despido.

Mil gracias por llegar hasta aquí. Si te ha gustado la historia, me haría muchísima ilusión que dejaras un comentario en la plataforma donde la estés leyendo. Saber tu opinión y sentir tu apoyo es algo que realmente me llena el corazón.
